

OBRAS COMPLETAS DE MARIO ROSO DE LUNA

BIBLIOTECA TEOSÓFICA DE LAS MARAVILLAS

DE SEVILLA AL YUCATÁN

(VIAJE OCULTISTA A TRAVÉS DE LA ATLÁNTIDA)

PRÓLOGO POR

CÉSAR LUIS DE MONTALBÁN



Andrés Mellado, 42
Madrid-15 - España

Editorial EYRAS dedica todos sus esfuerzos a explorar el potencial interno del hombre a través de la publicación de libros de indiscutible calidad, tanto de grandes Maestros que por sus elevados conocimientos están en posición de indicarnos el camino como así también de todos aquellos que a través de sus pensamientos o sus experiencias han abierto un sendero hacia las posibilidades infinitas que son patrimonio del ser humano.

Diseño de portada:

ELSA E. REGO

PRIMERA EDICION: 1924

© Editorial Eyras, S. A.
Andrés Mellado, 42
28015 Madrid

Reservados todos los derechos
de habla española. Prohibida la
reproducción total o parcial
del presente libro, ya sea en forma
escrita o audiovisual.

ISBN: 84-85269-44-6
Depósito Legal: M. 9090-1985

Impreso en: Gráficas FUTURA, Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23
Pol. Ind. Cobo Calleja FUENLABRADA (Madrid)

A mi noble amigo el gran radiólogo sevillano Dr. Puellas, que en su revista Vida y Ciencia ilustró y publicó la primera edición de este libro.

M. ROSO DE LUNA.

Madrid 1 noviembre 1924.

Es intención de esta Editorial reimprimir toda la obra de Mario Roso de Luna.

Los títulos ya agotados sólo serán reeditados una vez cumplida la misión de hacer conocer en su totalidad la obra de este insigne escritor e investigador universal.

LA EDITORIAL

PRÓLOGO

Para que todo sea raro y paradójico en esta *Biblioteca de las Maravillas*, debida a la consagrada pluma de *El Mago de Logrosán*, no es el prólogo quien representa al libro, sino a la inversa, razón por la cual el desconocido prologuista de este tomo XV de aquella ya popular publicación resulta un verdadero trasunto de *El médico á palos*, francés, o de *El Alguacil alguacilado*, de nuestro clásico (1).

¿Cómo hablar, en efecto, de Roso de Luna, cuando tan conocidísimo es en España y en el Extranjero en las siete más altas manifestaciones del pensamiento humano, como son la cátedra, la conferencia, el periódico, la revista, el libro, la investigación y lo que vale muchísimo más: la conducta modelo? Si ha descubierto él varios astros, pretender descubrirle yo a él sería algo así como querer descubrir el Mediterráneo. Si ha dado por docenas las conferencias más sugestivas y profundas, de cuyos efectos posteriores en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile he sido testigo, hacer yo su elogio

(1) En este punto peca de modestia don César Luis de Montalbán, porque no es él ni un indocumentado ni un desconocido, sino un moderno Livingston español, que, prescindiendo de sus viajes por Europa y por Asia Menor y también de su travesía del continente africano desde el Transvaal al Atlas, conoce palmo a palmo las más misteriosas regiones de América, que ha recorrido en diversos sentidos, como las recorrieran siempre nuestros descubridores y colonizadores por los siglos XV y XVI, es decir, solo, sin abundancia nunca de dinero y expuesto a peligros inauditos, aun más por los hombres que por las fieras y el clima. Su viaje más célebre fué desde Puerto Limón, en Costa Rica, hasta Puerto-Padre en la Tierra de Fuego, pasando por las regiones menos conocidas de Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y la Patagonia, donde más de una vez fué preso como sospechoso, ora por las facciones políticas, ora por los necromantes *pístacos* o sacerdotes-caciques del interior, y a cuyo lado gozó también del dudoso privilegio de presenciar sacrificios humanos en los dólmenes, ni más ni menos que hace miles de siglos los celebraran nuestros antepasados atlantes y druidas crueles. Otro recorrido complementario de nuestro explorador fué el de la Patagonia al valle

sería redundancia necia. Si es, en fin, un sugestivo narrador, con la palabra casi más aún que con la pluma, haciendo con su espíritu fraternal un amigo de aquel a quien por vez primera habla, parecería hasta poner en duda respecto a él lo que ya ha pasado en autoridad de cosa juzgada, que dicen los juristas.

Pero si hablar del autor es cosa difícil, hablar de su actual obra novelesca, de su fantástico viaje ocultista a través de la «Atlántida» de Platón, es punto menos que imposible...

¡Atlántida! ¿Quién en su *alma ancestral*, en la más honda capa de la geología de su inconsciente, no sintió, al oírla pronunciar por vez primera, el mágico efecto evocador de tal palabra?

Desde los tiempos más remotos se sabe de ella; se viene hablando de ella; mas, ¿existió realmente la Atlántida y puede probarse su existencia? —Sí, pero hay que interrogar para ello al mar, en cuyo seno yacen sus restos; a la montaña costera; a la ruina azteca y maya, como a la ruina celta e ibérica; a la tradición popular y a los viejos cultos; al sacerdote-pistaco y a la sacerdotisa druída; a la encina germana del Donar cortada por San Bonifacio, como al dolmen marroquí y al templo yucateca, porque todo ello constituye el fósil de las edades y la lengua de los misterios perdidos, lengua de la que yo escribiría todo un libro si pudiera hacerlo con la maravillosa pluma del gran Roso de Luna.

Si lo dudas, sal un día, lector, y llega al Guadarrama. Cuando ya en la cumbre tengas ante tu vista la meseta castellana, detente a contemplarla,

de la Araucana, entrando por los Andes de la Argentina, para buscar en el temible Chaco central los restos de la desdichadísima expedición del célebre botánico español Ubanreta, víctima de la justicia guaraní, y rescatar las armas, papeles y demás efectos del sabio. La nobleza castellana de Montalbán con aquellos indígenas les sirvió de kármico salvo-conducto para retornar al Brasil a través de las tribus del interior, por las comarcas de los grandes ríos, donde aún no se atreven a aventurarse los europeos. Un tercer recorrido del valiente segoviano les llevó a las Antillas, Venezuela, Costa-Rica, Nicaragua, Honduras, Salvador, México, Estados Unidos y Canadá, hasta Alaska, tomando en México el gusto a los estudios de prehistoria atlante que hoy le ocupan en Madrid a base del Códice Cortesiano, al que se refiere la obra de Roso de Luna *La ciencia hierática de los mayas* y de la *Piedra numeraria de los incas*, con la que el gran pueblo de los quiptos pudo contar gráficamente lo mismo que hoy nosotros, y de las inscripciones iberas acerca de las que tienen ya, según parece, las claves de su lenguaje, que hasta aquí ha desafiado la perspicacia de arqueólogos y filólogos.

(Nota del editor.)

y, reconcentrándole místicamente en tu yo más íntimo, experimentarás sensaciones desconocidas; tu alma se pondrá en puro contacto con la Naturaleza, y tu yo, elevándose por encima de las miserias humanas, no vivirá más que para la contemplación de la belleza, fiel imagen del Dios único, del Dios sustentador del tolteca y del tihuaguanaco, del Dios Egipcio, del Dios Atlante, encarnado en el culto de la verdad, tan admirablemente intuido por la perspicacia ocultista de nuestro amigo.

Entonces, en tu retina se reflejará un paisaje espléndido, verás lejos, muy lejos, pueblecillos diminutos; caminos que serpentean por colinas y valles; prados de esmeralda, vegetaciones exuberantes, árboles milenarios, tejados rojos, casitas blancas, campanarios centenarios, y percibirás ruidos misteriosos, algo que llega al alma, embriaga tu yo y te pone en puro contacto con la verdad; sentirás así algo desconocido y, estando solo, te verás en compañía; comprenderás el lenguaje eterno e insonoro; se rasgará en tu cerebro un espeso velo, y con los ojos del alma llegarás hasta el reino Jina, cantado en la obra de nuestro polígrafo, *De gentes del otro mundo*, y entonces, al examinar lo que te rodea, verás picachos en forma de seres monstruosos; piedras que son estatuas; acantilados en forma de palacios; jardines elíseos... y hasta tu alma más que a tu tímpano llegarán ruidos melódicos, que el viento arranca de las peñas y árboles; ruidos vagos, que son como cantos druidas, como salmodias litúrgicas, como trovas de amor y sentires de arcadianos pastores primitivos.

Alguna vez oirás también marchas de guerra; músicas como maldiciones, instrumentos que blasfeman, lloran, ríen y aman, porque hay algo wagneriano, místico, romántico, todo como un bello conglomerado de lo grande y lo pequeño, de lo monstruoso con lo racional, de lo incomprendible con lo comprendido, que embriaga, subyuga, encanta y transporta al ser, convirtiéndole en otro ser distinto, haciéndole gritar, hablar a las plantas, a las rocas, a las montañas, mientras que las montañas, las rocas y las plantas a la vez, también le hablan.

Si en estos momentos preguntáis a las montañas: «Seres misteriosos, que con vuestras cúspides llegáis al azul del infinito, que nacisteis de las grandes convulsiones del planeta, ¿qué sois? ¿Qué hacéis? ¿Sois seres o no? ¿Sabéis que existen hombres que os contemplan?» Veréis entonces que vuestra voz va repercutiendo por las concavidades rocosas, que el eco multiplica y transforma; que los ruidos del bosque cesan luego, y que un silencio augusto os envuelve un instante, apenas interrumpido por el charlar de la fuente, por la corriente del arroyo, que con cánticos llama a sus hermanos. Ruidos de besos fraternales; uniones de aguas y resonancias

de cataratas y torrentes, que entre su charla y el susurrar del bosque os transportan a lo infinito. Y luego de este silencio, percibís en el alma el lenguaje de la montaña que os responde:

«¿Veís que representamos la tranquilidad austera y la temible contextura de la muerte? Pues bien, de esta muerte aparente nace la vida del globo entero. Nosotros detenemos los vientos y las aguas; éstas vienen de lejos, muy lejos, y nosotros las ofrecemos un lecho de descanso, para su blanca nieve, cual albo turbante que se pone en nuestras cumbres, y de ellas nacen las fuentes y los arroyos. Estos arroyos, unidos en torrentes, bajan al valle para formar los ríos que dan vida a los pueblos, a los campos, a la agricultura, a la ganadería, y muchas veces estos ríos hasta presentan decisivo papel en la vida política de los pueblos. Nosotros damos vida y muerte con las aguas y los vientos, con los volcanes impetuosos... Somos seres aparentemente muertos, pero que damos vida, regulando la existencia entera del planeta.»

Y tu yo, lector, comprenderá así lo que antes le fué incomprendible, y habrás sentido en tu alma el lenguaje de las montañas y recreado tu espíritu ante la verdad suprema, ante la naturaleza brava, pujante, lujuriosa y terrible, ante la naturaleza sin ficción, sin que el hombre la haya transformado o contribuido para su desarrollo.

Y así como te hablan las montañas, te hablarán las ruinas. Ve si no una noche a nuestra Alhambra y aprecia lo grande, lo intenso de la emoción de lo que fué.

El patio de la Alberca, todo silencio y sombras, nada perturbará tu sér. Todo es plácido en aquel ambiente tibio y perfumado. Hasta ti llegarán los ruidos del Darro y el Genil, y el armonioso cántico del ruiseñor junto a su nido. Las sombras se agigantan, se ven *las sombras de las sombras*, jirones vagos en fondos grises. Los mármoles se proyectan en los negros corredores y se desdibujan las siluetas de los arcos; las aguas toman tintes de misterio, haciendo claros sus colores, y en su fondo se proyectan los perfiles de los muros. Las sombras se mueven; se las ve crecer y menguar por los corredores con una marcha lenta... Y cuando se está ya así embriagado con el sentir del alma, un rudo golpe transporta al sér a otro sér y le pone en contacto con el alarife que forjó en su mente tan prodigioso edificio, y que, desgarrando su alma, dejó por arcadas y ventanales, entre corredores y patios, en hornacinas y estancias, jirones que hablarán a tu sér; que te darán la clave del lenguaje de las ruinas y monumentos, y verás cómo el alma del artista hablará a tu alma, y en su misteriosa voz, entre los ruidos del Darro, el cantar del Genil y del

ruiseñor, el alma del alarife dirá a tu oído que no hizo más que copiar el alma árabe, pura, clavándola en el suelo español; y al sentir el sentir de alma árabe, verás esclavas y cautivas, abencerrajes bravos; divinos rostros de mujeres; guerreros del desierto, artistas y sabios que quedan mudos ante la belleza del alma árabe, que se plantó para siempre en el carmen granadino para vivir con su hermana el alma ibera.

Y si después de sentir a las ruinas y montañas escuchas una tradición alusiva a la Alhambra, verás cómo desfilan por tu mente personajes y sucesos que pasaron miles de años ha, y en tu espíritu sentirás el lenguaje de la tradición, como se siente el de la religión en sus prácticas, ritos y rezos misteriosos, y cuando tu alma comprenda las ruinas y montañas, las religiones y tradiciones, comprenderá también no sólo la misteriosa desaparición de la Atlántida, sino que hallará la prueba íntima que buscarás acerca de su existencia.

En el museo de San Petersburgo encontró Mr. Edelmiro Félix un rollo de papiros que fué escrito durante el reinado del Faraón Sent, de la segunda dinastía, 4571 años antes de J. C. En él se explican las investigaciones que hizo una expedición que Faraón Sent mandó en busca de la tierra de la Atlántida, de la que llegaron al Nilo los antecesores de los egipcios, 3350 años antes de la fecha mencionada, o sea que la Atlántida existió 7921 años antes de Cristo, siendo de suponer que desde el 3350 hasta su hundimiento en el Atlántico, tardara algún tiempo en sufrir la catástrofe que hubo de sepultarla.

En mi visita a la biblioteca de Constantinopla trabé amistad con un sér raro, un árabe de edad avanzada, que era un políglota admirable, conocía todas las lenguas de Europa, y un sin fin de lenguas muertas; vivía casi de limosna, y su único trabajo era el estudio de los códices y papiros antiguos, en los que leía con gran facilidad su contenido.

Una tarde me sorprendió leyendo un papiro egipcio; me habló primero en francés, y al decirle que era español, cambió el francés por un hermoso castellano cervantino. Conversamos de todo, y, por último, sobre la riqueza que había en la biblioteca, y me dijo que al día siguiente me enseñaría un códice notable para todo español, pues hablaba de nuestra península, pero que yo le daría los datos necesarios para comprobar la veracidad del códice.

Eran las nueve del día siguiente y ambos nos encontrábamos en la biblioteca ante el famoso códice. Nuestra conversación fué la siguiente:

—¿Qué volcanes tiene España?

—En actividad, ninguno.

—¿Se pudieron ver desde el mar?

—Sí, los de Olot, en Cataluña, se podrían ver desde el mar, si éstos estuvieran en actividad; los que existieron en Ciudad Real no es posible verlos desde el Mediterráneo.

Pues bien; no miente el códice, si desde el mar se pueden ver los volcanes de Olot.

—¿Qué dice el códice entonces?

—Escucha. El Mediterráneo, 8000 años antes de Cristo, era un lago, por él hizo una expedición un navegante asirio, por encargo de su rey, para ver de dónde llegaban los Montes; navegó por toda la costa y se encontró a los dos años en el punto de partida, y en su obra descubrió después lo más notable que vió, mencionando como notable los fuegos de Sicilia y los fuegos astules.

—¿Dice Astures o Astules?

—Astules está escrito en el papiro, y no Astures.

—Es que existe en un país una región que se llama Asturias y que está habitada por un pueblo cuyos habitantes se llaman Astures, un pueblo cuya costa está bañada por las aguas del Atlántico.

—Pues lee tú, o mejor dicho, este signo es el A, este otro la s, este la t, este la u, este la l y no la r vuestra; así que es astul y no Astur como hoy decís. Yo no necesitaba mas que reconocer la actividad prehistórica de los volcanes españoles para darle fe, lo demás lo tengo comprobado y nada me importa la diferencia de nombre.

Cuando visité el Egipto tuve ocasión de convivir con sacerdotes del alto Nilo; éstos me contaron sus tradiciones; todos coincidían en un punto y una fecha; todos decían que el apogeo de los Atlantes era 11790 años antes de J. C., y que ellos descendían de aquéllos; que su civilización, sus ciencias, leyes, artes y religión eran las ciencias, leyes, artes y religión de los Atlantes, pues que éstos trajeron al Egipto todo cuanto en él existió.

Te dije, lector, que las ruinas hablaban, y te dije una verdad. Todas me hablaron a mí, menos las ruinas del templo de IO, en el alto Nilo. Las del bajo Egipto, las que tienen influencia asiria, caldea, babilónica y griega, transportan al sér al tiempo faraónico. En el templo de IO, en el alto Egipto, siente el alma, si no una desgarradura, porque se ve ya fuera de contacto, de todo cuanto antes conocía. Hay un abismo incomprensible, insondable, una emoción que no se explica.

Se ven tinieblas, pretende uno ver y no puede; trabaja el cerebro, el alma y el corazón; los nervios se ponen en tensión; la vista pretende grabar en la mente cuanto se refleja en su retina, pero es tan espantoso el

velo que cubre a nuestra mente que los esfuerzos de ésta son impotentes para descifrar lo que ante nosotros se presenta, pues ello es tan grande que destruye una historia de seculares prejuicios, que en mala hora nos enseñaron mentirosos libros. ¡Es un templo atlante!, exclamamos al fin, y con la palabra mágica de Atlante las tinieblas se rasgan, huyen las sombras y la luz ilumina el entendimiento, las ruinas hablan y el sér se transporta a miles y miles de años antes de nuestra Era.

Todas las civilizaciones de todos los pueblos y en todas las épocas clavarón sobre la corteza terrestre jalones que demuestran su paso; su cultura, sus ciencias, sus leyes y sus artes, y los Atlantes no fueron distintos de los demás pueblos. Sus jalones están sobre la corteza terrestre, y hay que ser miopes para no verlos y comprenderlos.

Las ruinas del gran pueblo tihuanaco y tolteca, las de México y las Canarias son jalones de la civilización Atlante. Las pirámides de Egipto, que fueron monumentos sagrados, templos de iniciación y astronómicos, como los del Monte Libano y las pirámides de México, templos que con sus sombras, al proyectarse en el suelo, servían también para dividir el día en cuatro períodos, igual que sus obeliscos, e igual que los obeliscos americanos nos demuestran en su corte y construcción tres cosas: 1.º, que tienen el mismo origen; 2.º, que tuvieron igual empleo, y 3.º, que sus constructores tenían pasmosos conocimientos de las matemáticas aplicadas a la arquitectura.

Si alguna vez visitas, lector, el museo de las Palmas (Gran Canaria) verás que entre los objetos sacados de las sepulturas guanches existe la *Pintadera*, sello de cerámica que emplearon los tihuaguanacos y toltecas que conocieron los egipcios y que es invención atlante, yo llamo a las pintaderas caracteres de la primitiva imprenta. Los sabios las clasificaron con el nombre de *pintaderas* porque servían para pintar; yo les pregunto a los sabios: ¿Qué pintaban? ¿Con qué objeto? ¿Vieron éstos alguna vez al indígena americano emplearlas? Yo sí lo vi. En las cumbres de los Andes, en la República de Guatemala, en el lugar denominado con el nombre de Ferrol, vi a los *Pistacos* (sacerdotes) emplearlas, les vi escribir en papiros fabricados con papel de pita o de Maguey; vi los antiguos códices estilo del Cortesiano, los tuve en la mano, y no pude conseguir que me dieran la clave para su lectura. Sólo supe de ellos algunas de sus tradiciones a cambio de noticias de los conquistadores. Por ellos supe de la Atlántida tradiciones que comprueban su existencia, tradiciones con que cierro este prólogo, que espero sea una preparación para que puedas seguir con tu mente la prodigiosa mente de Roso de Luna, de este hombre

incomprendido para muchos, y que es el escritor que más gloria dará en el mañana a las letras patrias.

En mis viajes sudamericanos me había remontado hasta el nacimiento del terrible Orinoco. En los contrafuertes de los Andes Orientales había conocido al padre de mi guía. Este era el sacerdote de más fama de todo el territorio; pertenecía a una dinastía sacerdotal desde tiempo inmemorial, en la que el hijo primogénito abrazaba el sacerdocio y recibía del autor de sus días la historia de su raza, las tradiciones secretas de su pueblo.

Pronto fuimos buenos amigos, perseguimos juntos al gamo y al sagino (cerdo salvaje) y dimos caza al tigre de los Andes y al puma americano; al regreso de nuestras cacerías yo encauzaba la conversación y la hacía recaer en el pasado; él, a su vez, me pedía noticias de mi país y yo del suyo. Un día le hablé de Jesús de Nazaret, le conté su historia y sus predicaciones, y le pinté tal como le concibe la mente humana. Con religioso silencio me escuchó el Pistaco; ni una sola vez fui por él interrumpido, y cuando terminé, con acento entrecortado, con voz casi profética, me dijo:

—¡Cuán diferente me le pintas tú que otros de tu raza! Los sacerdotes que hasta mí llegaron, con nombre de hijos de Jesús de Nazaret, no me hablaron de él con la grandeza que tú le pintas. Tú me hablas de él como un Sér divino; bueno con la bondad suma; grande como su Padre, el Dios sustentador. Ellos me hablaron sólo de sus venganzas y sus castigos, tú de su grandeza, amores y bondades infinitas. Ese es mi Dios, el Dios de mis padres encarnado en el culto Atlante de IO; el habitante del *Templo transparente*; el Padre de todo, con el espíritu del bien en el alma; el único Grande entre todos los grandes y el Justo de los justos, que conociendo el culto de IO, casi extinguido ya por el mundo, lo tratara de implantar, sin que el dolor, la ingratitud y el crimen fueran capaces de detenerle en su empresa.

Y quedé absorto al escuchar estas palabras de un indio, y traté por mil modos de que me explicara cómo él tenía conocimiento de la Atlántida y del culto Atlante. Todo fué en vano; el indio responde siempre sólo aquello que le conviene, y jamás es excesivo en sus noticias. Tuve, pues, que esperar mejor ocasión y tener paciencia.

Mi guía y su padre me acompañaron hasta la península de la Guaira. Querían ambos ver el mar y yo acepté con placer la proposición. Ellos marcarían la ruta que yo no tenía autoridad para cambiar, so pena de ser abandonado en plena selva; como sabía lo que significa la palabra de un

indio y lo fiel que es a ella, seguía dócil el camino que me trazaban el Pistaco y su hijo.

Muchos días pernoctábamos en las ruinas de algún templo, otros en tolderías donde el Pistaco era recibido como un Dios, y algunos en pleno campo, en bosques vírgenes o en magníficas praderas donde la caza era abundante y donde reponíamos nuestras provisiones de carne y grasa.

A los veintisiete días de marcha llegamos a poblados de la república de Venezuela, y la vida cambió. Fui yo desde entonces el guía y ellos los guiados. Nos deteníamos lo imprescindible para el descanso, y al amanecer emprendíamos la marcha. Un día llegamos a la vista del Guaira (puerto de Venezuela en el Atlántico). Nos encontrábamos a 3.100 metros sobre el nivel del mar, y éste rompía sus bravas olas en la costa, a un tiro de fusil, a nuestros pies.

Los Andes se habían roto, y el dilatado mar se hallaba a nuestra vista. Estábamos ante un panorama precioso: en el fondo, un fondo rojo rodeado de una vegetación exuberante, estaba el puerto de la Guaira. Al poniente, un sol rojo, como un ascua, se ocultaba en el horizonte, en un mar esmeraldino y bravo.

Yo había avanzado, me había situado en un lugar desde donde mi vista abarcaba un paisaje espléndido. Abstraído, no sentía lo que me rodeaba; mi yo no vivía más que para la contemplación, y mi alma, embriagada de tanta belleza, gozaba de un placer infinito. ¿Cuánto tiempo estuve abstraído? Lo ignoro. De mi abstracción me sacó el Pistaco, colocando una mano en mi hombro y diciéndome:

—Esas aguas son el sudario que cubre la sepultura de mis mayores. Prolongando esta montaña lejos, muy lejos, hasta el confin de la Atlántida y el principio de otra tierra, estaba enclavado el país de los míos. Ellos vivieron en la hundida tierra, en la que está en el fondo del mar, muy felices, al principio, porque entonces fueron buenos y justos, y sus ciencias alcanzaron un grado de progreso grande. Luego, el vicio y la maldad se enseñorearon del país y empezaron los días malos y difíciles, poco a poco perdiendo la fe y el recuerdo del pasado; rompiendo así el hilo que nos enlazaba con la antigua historia. Quisimos moldes nuevos, renegamos de todo y el desbarajuste reinó en el país de la verdad posponiendo ésta a la mentira, y haciendo templos al embuste, al crimen y a la maldad como antes al Dios sin nombre y Único.

Un día, la tierra osciló en su base, los altos picachos cubiertos de nieve fueron coronados por grandes penachos de fuego; el mar, furioso, se tragaba las costas; las gentes, huyendo, subían a las cúspides; por caminar

de prisa, matábanse los unos a los otros. Todo era desolación y pánico; toda la Atlántida estaba invadida por el crimen y su madre la muerte; así vivió la tierra de mis mayores: se fué desmoronando rápidamente hasta que en un crujido espantoso ahogó los demás gritos de muerte y angustia, ruido terrible de las aguas de dos mares que se funden en abrazo macabro, cubriendo la tierra de la Atlántida, la tierra de las artes y las ciencias, la tierra de los templos de IO; las ciudades de las pirámides y obeliscos; la tierra de los bellos palacios; la tierra de los sabios, la que conoció la verdad única; la que pereció por olvidar su historia; la que quedó sepultada para siempre por las aguas de su mar Atlante, único nombre que recuerda el pasado de la patria de mis mayores...

Calló el Pistaco, por su rostro cayeron abundantes lágrimas y de su boca salían las palabras que el atlante pronunciaba en sus oraciones... El indio sacerdote y su hijo invocaban en su corazón al Dios Único de sus mayores con un fervor religioso tan sincero e íntimo que me hizo descubrir mi cabeza saludando al pasado glorioso de un pueblo que de modo tan terrible y apocalíptico fué así raído por sus crímenes de la superficie del planeta.

CÉSAR LUIS DE MONTALBÁN.

Madrid 15 de marzo de 1918.

PRIMERA PARTE

El «ario del monte» y los jinas tartesios.

CAPÍTULO PRIMERO

LOS DUENDES DE UN VARGUEÑO EN EL BAR DEL TORREÓN

Un sevillano con muchísimo «ángel».—La compra de una vieja joya.—En el bar de Felipe Jiménez.—La sombra de un italiano misterioso.—La carcoma de Demetrio Áurispá.—Un elemental travieso.—Lo que tenía escrito detrás el entrepaño del vargueño.—Frio hiperfísico.

El Destino manda. Quiero decir que en aquella tarde de londinense niebla del 22 de diciembre de 1916, y en el momento preciso en que el divino *Horus*, o séase el sol del nuevo año nacía, salía yo de un cafetucho del *Madrid austral* tirando de uno de esos *chicotes* o «cigarros de a veinte antiguos» que yo llamo *apoteóticos* porque suelo fumarlos en los momentos de apoteosis, es decir, de gran calma espiritual, cuando tropecé con el sevillano de *más ángel* que ha cobijado la capa del cielo.

Era el joven Mario Cotta, a quien siempre he llamado *Rodrigo de Cotta*, el *Viejo*, en recuerdo de aquel pícaro autor todo saberes, a quien la crítica suele atribuir la paternidad de *La Celestina* o *tragicomedia de Calisto y Melíbea*, obra de la que Cervantes dijo, como es sabido:

Libro, a mi entender, divino
si ocultase más lo humano.

Un peinado hacia atrás de violinista virtuoso; unas gafas de alquimista *de cuidado*; una estatura de gnomo o *jina*; una vivacidad de ardilla; una locuacidad de cotorra embriagada, y un saber de polígrafo que sería imposible en un joven de veinticinco años a no ser por las muchas vidas anteriores que *el mozo* se traía, ora bajo las místicas enseñanzas de Priscilia-

no, ora bajo las médicas de Hipócrates, ora bajo las gallardas de Juliano el mal llamado Apóstata, eran las características más salientes de aquel corazón de oro y de aquella imaginación volcánica, para quien el arte magistral de Postel y de Sendivoxius podría tener secretos, pero para quien ya no los tenían esos dos plexos del gran simpático nacional que llamamos Sevilla y Madrid, en sus antros más recónditos y en sus pliegues más misteriosos y sugestivos.

Al preguntarme mi grandipequeño amigo, tras el más cordial saludo, que adónde caminaba, le informé brevemente que a la compra de un vargueño nada menos, que un paisano caprichoso, rico y medio loco me encargara. Prestóse entonces el jina Rodrigo de Cotta—que así, en adelante, le llamaremos—a servirme de guía en mi difícil empresa, con más saberes sobre el particular que el viejo Mesonero Romanos o el nuevo Pedro de Répide.

Bajamos, pues, entrambos, en animada conversación acerca de nuestros fraternales amigos de la Ciudad del Betis, hacia la clásica Plaza del Rastro, admirando a derecha e izquierda aquellas tenduchas de zoco marroquí, atiborradas de mil cosas heteróclitas, astrales restos de hermosas grandezas que fueron: la repujada armazón orinienta de una farola señorial que vió acaso pasar, bajo las irisaciones de sus cristales de colores, embajadores al modo del pícaro Buckingham, o de los no menos pícaros de Richelieu y de Mazarino; arneses cordobeses de potros que caracoleaban un día en aire de torneo en plena fiesta de la Plaza Mayor, áureas hebillas que antaño fuesen de episcopal sandalia; cadenas esposadoras de algún pobre liberalote, estilo Riego, Torrijos o el *Empecinado*, camino del suplicio en nombre de un Dios clemente y misericordioso; broches, acaso de oro, efectivas bocas sin dientes, quiero decir, armazón sin las piedras que en tiempos les exornasen; camafeos, relicarios, tontillos, trípticos rafaelianos con pátinas de dolores y manchas que eran toda una historia; restos, trozos, fragmentos, piezas, armazones, nonadas, de esas que las humanas urracas que llamamos chamarileros y anticuarios pescan en los remansos del torrente cenagoso de la vida... *in torrente vivis vitae*, contribuyendo con ello, tanto o más quizá que el más encopetado académico de la Historia de San Fernando, a salvar de la muerte tesoros inapreciables de los tiempos que fueron.

Mi amigo, como buen jina, era un maravilloso psiquiatra, a quien bastaba el ver el más ínfimo despojo del pasado para reconstituir, erudito e intuitivo, una historia entera, *fotografiada en la luz sideral del aura del objeto en cuestión*, como él decía. Así que me condujo sin vacilar por en-

tre el laberinto de las malolientes callejuelas vecinas, hasta meterme en un antro, tugurio, cueva de lenocinio, zaquizamí, bodegón o como deba llamársele, dentro del centenar de las palabras afines que para cualquier cosa atesora nuestra divina fabla castellana. Allí un viejo rugoso, de pelos blancos e hirsutos, singular cabeza hebrea de estudio, con nariz de apagavelas, boca de amarillentos incisivos al modo de brujescos menhires que más que para comer, servíanle sólo para mantener constantemente sujeto el deformable saxofón de su pipa, nos recibió con esa sonrisa indefinible del hombre de malas artes que ve caer en sus redes de codicia un incauto más de tantos caprichosos que pagar suelen cientos de pesetas por lo que a él no le ha costado sino un mal vaso de vino dado a tiempo a un traperero estúpido.

Gracias a la omnipotencia, un tanto mágica de Cotta acerca de aquellos tesoreros usurarios de lo que nadie quiso, pronto nos pusimos en trato respecto de un hermoso vargueño de caoba, cedro y palosanto, con filetes de concha, cerraduras históricas repujadas de cobre y sostenido sobre cuatro como serpientes aladas que parecían mantener en el aire todo aquel artístico conjunto de ebanistería y orfebrería. Ignorante en materias artísticas, juzgaba yo, a bulto, que aquello podría, en efecto, ser una gran cosa; pero mi amigo, una vez en la calle, aseguróme que el vargueño, que apenas me había costado 200 pesetas, era un tesoro artístico que no desmerecería de aquellos otros salidos de las manos de tallistas al estilo de Montañés, de Durero o de Benvenuto Cellini. El viejo, o era tonto o andaba falto de dinero, sin duda, y así, para estudiar mejor el mueble como para someterle a una limpieza harto requerida, le hicimos llevar al famoso *Bar del Torreón*, junto a la Plaza de San Ildefonso, donde posaba, cuando tenía algo que comer en él, cierto italiano habilísimo, verdadera interrogante en punto a misterios ocultistas y que tenía manos de mago en todo lo referente a restauraciones artísticas. Cotta aseguraba de él que, en la propia India, había sido iniciado con pruebas aterradoras, que duraron siete días, en los misterios ultraprodigiosos de los *jinás* y sus obras subterráneas estalácticas, de las que la propia Alhambra granadina o el Alcázar sevillano no son sino remedos infelices... El cenar con Cotta en el *Bar del Torreón* y al lado del vargueño era, pues, corolario inevitable de todo lo acaecido.

El italiano de la India y el bar del Torreón eran, por decirlo así, una cosa misma. Tenían tanto de iniciático y de misterioso el uno como el otro, y el uno sin el otro casi que no podían concebirse. Toda la clásica bohemia parisiense, toda la ilustre hampa de Madrid y provincias, toda la herencia picaresca de los Percheles, Zocodoveres, Trianas y Lavapiés, ha-

brá desfilado por el bar antaño, cuando el dueño, el lustroso avilés Felipe Jiménez, era ignorante y pobre; pero había desaparecido felizmente ahora que sabía ya más que Lepe y era el Creso de la Plaza y Mercado de San Ildefonso, íntimo protegido de prohombres liberales y candidato seguro a una concejalía de Madrid... Sólo quedaba por derecho propio el italiano anónimo, como resto de aquellas glorias pretéritas, digo mal, como símbolo de ellas y como alma de aquel complejo recinto, en cuya tienda se tomaba café por 15 céntimos; en cuya trastienda se comían judías o cocido por 50; en cuya cueva se habían reunido con el dueño anterior conspiradores primero y pseudoespiritistas después, y en cuyos altos habían asentado sus reales el círculo liberal del distrito, con su sabor democrático admirable y un *confort* y decencia que envidiarían otros centros de más nombre y campanillas.

En la *supertrastienda*, lugar predilecto donde el italiano escribía, comía y a veces dormía, emulando las glorias infalsificables del gran Emilio Carrere, instalaron nuestro vargueño, y, pocas horas después, nos instalamos nosotros, en torno de una cómoda camillita con brasero, que daba gloria en aquella noche tan fría. Hacía tiempo que Cotta y yo no nos veíamos, y la casera cena mano a mano fué cordial, larga, gratísima, sin más falta que la de nuestro italiano, quien hacía quince días que *no había sido habido*, según aseguró Felipe, pero a quien, con todo respeto y afecto, habíamos puesto silla y cubierto, como al comendador de marra.

No hay cocina como la clásica cocina española de las pepitorias, los fritos de pescado cual buñuelos, las paellas, los potes *et ejusdem furfuris*. La tradición de todo ello era el alma y la vida del *Bar del Torreón*, y con ello había levantado el buen Felipe una gran fortuna y una altísima azotea, desde donde veíase a los pies el complicado panorama de todo Madrid en las divinas noches de luna del estío.

Por natural adaptación al medio, cuanto por seguir el curso de las aficiones de entrambos, nuestra conversación, cordial y continua, versó sobre mil cosas teosóficas, hasta meternos más y más hondo, después de apurar el café y encender un habano, en problema de franco ocultismo teórico, único que nos está permitido.

De repente, en el silencio de una leve pausa, acaso la única de toda la noche, un ruido inquietante, mezcla de chirrido de ratas y de estridencia metálica, resonó en los entrepaños del vargueño, mudo testigo de nuestro modesto ágape fraternal.

—¡Cáspital!—exclamó el grandipequeño Cotta, saltando sobre su asiento—, eso es algo como la carcoma del lecho de Demetrio Aurispa, el sui-

cida de D'Annuncio, carcoma cuyo chirrido detuvo aterrizado a su sobrino Jorge cuando iba a suicidarse también en él!

—Sí. Cosas del italiano, sin duda, que aunque no está ahora aquí en cuerpo físico, lo está siempre en astral y quiere darnos una amistosa broma—repuse, pero sin cocérseme el pan ya, como vulgarmente se dice.

—Puede—contestó Cotta, concentrando su mirada con extrañeza bajo aquellos quevedos que daban aire de sabio investigador a toda su vivaz fisonomía.

—¿Será—añadí yo—que, poco habituados a beber, «se acrecienten los candiles», que dijo el clásico, con el vinillo?

Por sí o por no, abrí, con mi poquitín de *pelusa*, uno por uno, los vacíos departamentos del mueble, sin hallar nada que justificase nuestra alarma. Pegamos, pues, el hilo de nuestra conversación, más animados que nunca, contándome mi amigo no sé qué historia que le acaciese con cierta vieja hechicera de los Cuatro Caminos; pero, en lo mejor de ella, cuando llegaba al punto culminante del relato, en que aquella mala bruja se le apareció de noche en su doble etéreo para hacerle una vengativa juguetona y él le tiró un pisa-papeles a los hocicos, el chirrido espeluznante tornóse a oír, pero esta vez más claro, angustioso e inconfundible, seguido de tres golpes secos y firmes.

—¡Es algo más que una rata!—exclamé escalofriado, sin fuerzas de curiosidad para levantarme del asiento—. ¡Un elemental burlón de la peor especie!

—Sí, un elemental complaciente, un *pequeño horror*, como aquel que, según el coronel Olcott, festejase servicial a madame Blavatsky hasta una docena de servilletas.

—¡Veamos, pues, de una vez vuestra *bella faz*, joven y elemental o elemental!—murmuró Cotta, levantándose de un salto, como un gato, hacia el vargueño.

Nos pusimos a revisar cuidadosamente todos los rincones y entrepaños de la alhaja, llenándonos las manos de ese *polvo de archivos*, causa de tantas tisis. Nada absolutamente había; pero nosotros en aquella templada habitación seguíamos teniendo, pese a nuestra energía, un verdadero frío hiperfísico.

Cotta, como intuitivo y psiquiatra que era en alto grado, no se resignaba a soltar la presa; pero no había ni resorte secreto, ni viejos papeles allí perdidos, ni nada que justificase nuestros temores, ni los chirridos.

—Vamos—dije, renunciando a la empresa—, una bromita y nada más de nuestro italiano, agradecido al cubierto que le hemos puesto. ¿Quién

sabe si a estas horas el infeliz artista asceta ha pasado ya al mundo de *los jinas*?

Sucedió entonces algo como para echar a correr de puro miedo. Ya no eran chirridos ni golpes, sino como zumbar de abejorros en siesta por toda la masa de las tablas del mueble, análogo al bordoneo premonitor de la aparición de la asturiana *Huestia*. Aterrado e inmóvil, yo no sabía ya si éste vibraba o eran los zumbidos el cobarde sacudir de todos mis nervios como cuerdas de una guitarra rasgueada por un loco en fiera danza macabra.

Cotta, demonio humano, sin duda, tomó impávido una vela en sus manos, y a riesgo de incendiarle, revisó tabla por tabla todo el mueble. Al detenerse en el testero del fondo despojado de los cajones, exclamó con aire de triunfo, señalándome unas borrosas letras del tablero.

—¡*Eureka!* ¡Ya dimos con el intrínquilis!

En efecto, no muy claras, pero aún inteligibles, vimos estas solas letras, de sentido incomprensible.

AR	A
	15
	ARA

El tablero resultaba cortado hacia la derecha por el borde mismo de las letras, con muestras claras de haber sufrido una restauración en toda la mitad derecha del testero del fondo.

—¡Pues sí que es donoso el caso! ¡Buena cosa puede componerse con ese *Ara* de sacrificio!—dije.

—Callad, anciano necio de Israel—me reconvino festivamente Cotta—. Buscaré al italiano, desarmaré el vargueño pieza por pieza, someteré a tormento al buen Felipe si es preciso y no comeré pan a manteles y me volveré cien veces loco hasta que hallemos esto que me figuro es un gran secreto de dolor y de sacrificio. Yo nada sé, pero doctores tiene ya nuestra Iglesia que sabrán definirnoslo... ¿Habéis olvidado, por ventura, que usted y yo, con todo lo que valgamos, somos los últimos de nuestra familia ibérico-teosófica?

—A las pruebas, pues—dije aturdido.

—A dormir, primero, y a las pruebas luego—terminó gallardo Cotta, dándome el abrazo de despedida, hasta el otro día.

Salimos y tiramos por callejuelas distintas. La fría niebla del ambiente no estaba tan helada como lo estaba por el terror mi propio corazón. La figura del italiano se me agrandaba y cual espectro de Brockin creía verla en los escasos transeuntes con quien me cruzase. En cuanto al vargueño causante de los ruidos, me infundía más espanto que todo un antro de brujas en plena noche de Walpurgis.

CAPÍTULO II

EXTRAÑAS TELEPATÍAS

Inquietante telegrama.—La carta del presidente Peinado, y los terrores astrales de la Sociedad de Amantes de lo hiperfísico.—Muebles endemoniados y mujeres medrosas.—Las almas gemelas de dos vargueños.—Telepatía de lo inerte.—Una resolución inmediata y enérgica.

Pasé una efectiva mala noche. Las impresiones astrales experimentadas con el misterioso vargueño en la no menos misteriosa estancia del italiano tuvieron tensos largas horas mis nervios como cuerdas de guitarra. Así que dormía profundamente todavía cuando a las tres me despertaron entregándome un extraño telegrama, puesto poco antes en Sevilla y que decía así:

«Ratifico plenamente carta de ayer. Anoche fenómenos del mueble mucho más imponentes e inexplicables que nunca.» Y firmaba, *«Luis Peinado.»*

Me quedé petrificado, cual la mujer de Lot, ante tan indescifrable telegrama, que por una secreta intuición relacioné desde el primer momento con los fenómenos de nuestro vargueño de la víspera. Ciertamente que nada en concreto se decía en aquel respecto de cuáles y cuántos fuesen los «fenómenos inexplicables e imponentes» a que mi gran amigo Peinado aludía, pero el hecho de la coincidencia en cuanto a la hora, pues no podía dudar de que ellos habían acaecido también la víspera en Sevilla, por estar puesto el parte a media noche como telegrama de madrugada, y el hecho, aún más alarmante, de la profesión misma de anticuario que dicho amigo ejercía en la perla del Guadalquivir, no me dejaba margen para duda alguna... Después de todo, era cosa de esperar sólo unas horas a que llegase la anunciada carta de aquel hombre tan artista como bueno, alma de todo el movimiento teosófico de Sevilla.

Cómo pasé aquellas horas no acertaré a decirlo. Mandé llamar telefó-

nicamente a Cotta, y entre tanto venían aquel jina y la deseada carta, el tabaco y el café hicieron el gasto, como es lógico en todas las grandes impaciencias.

La carta y el genial *homúnculo* llegaron al fin casi a un tiempo mismo, y no hay para qué describir la ansiedad terrible con que rasgamos el sobre y devoramos su alarmante contenido.

Con la clara y nobiliaria letra del experto anticuario, la carta decía:

«Mi fraternal amigo: Tomo la pluma lleno de emoción para narrarle y pedirle opinión acerca de un caso muy curioso que viene ocurriendo hace unos días en mi estudio y taller de anticuario, donde usted sabe solemos tener las reuniones de nuestra *«Sociedad de amantes de lo hiperfísico»*.

»Entre el centenar de cuadros y el millar de cosas tan viejas como artísticas que sabe le avaloran, tengo desde hace años un hermoso vargueño de cedro, caoba y palosanto con históricas cerraduras; vargueño que, sin saber por qué, he dado en conservar, a pesar de las tentadoras proposiciones que se me han hecho muchas veces para su venta. Es más, ni siquiera he procedido a realizar en él alguna que otra restauración, que juzgo precisa.

»Gallardo, sobre las serpientes de su artístico pie, hermoso en sus detalles todos como su conjunto, la alhaja ha presidido desde su sitio muchas reuniones de la Sociedad, y escuchado no pocas elocuentes conferencias teosóficas de sus miembros, con esa muda majestad de las cosas que fueron y hoy siguen siendo, por encima de lo que sospecha el vulgo.

»¿Qué huellas de su vario contenido a través de los tiempos ofrece el valioso mueble? ¿Qué recuerdos múltiples y extraños atesorará su aura magnética, y qué ignorados *clichés* astrales guardarán sus paredes y vacíos entrepaños?... No lo sé, pero si es cierto lo que dijo el gran don Luis de Mañara, vulgo don Juan Tenorio, «que siempre vive con grandeza, quien hecho a grandeza está», semejantes tesoros artísticos siempre han sido grandes, y vivido entre grandes y visto cosas grandes, séanse grandes virtudes o infernales miserias de sus señoriales poseedores...

»Pero, no filosofemos, y vamos al asunto.

»El inerte testigo de nuestras reuniones teosóficas de ahora, mudo siempre con la elocuencia del silencio, ha dado en la flor desde hace poco más de un mes de producir, sin causa aparente alguna, uno o dos pequeños chasquidos al empezar la sesión, como si la abriese, y otros dos o tres al yo cerrarla, como si él quisiera cerrarla también.

»Al principio, la socorrida diosa *Casualidad*, panacea de cobardes y de fontos, nos movió a no dar importancia a los chasquidos, pero su regularidad y constante repetición al abrir y cerrar las sesiones nos mueven a sospechar que se trata de uno de tantos fenómenos como aquellos de Rochester con la familia Fox que dieron nacimiento al Espiritismo, y esto, aquí para *inter nos*, en una Sociedad teosófica es un tanto humillante para nosotros, pues no es cosa de apelar al velador o a la mediumnidad para preguntar por las causas de un fenómeno que, si fuéramos nosotros lo bastante sabios, no necesitaríamos interrogar sobre él a los *elementales* o *elementarios*, moradores sin duda del vacío vargueño, sino interrogarnos a nosotros mismos, con aquel «Emite lucem tuam et veritatem tuam», que se dice en la Misa.

»Si el joven Cotta, que creo anda ahora en errático estado cometerio por ese misterioso Madrid, estuviera entre nosotros, ya nos habría lanzado una teoría científica diciendo que entre la caoba, el cedro, palosanto y diversos metales del mueble en cuestión, de conductibilidad eléctrica y calorífica tan distinta y de tan vario coeficiente higroscópico, se produce algo así como una pequeña pila termoelectrónica, operadora de los chasquidos a cada cambio de tiempo, a lo que yo me sigo preguntando el por qué de la regularidad de los golpes en cuanto al momento de apertura y de clausura de las sesiones, sea cualquiera el tiempo reinante, prueba notoria de que media en el asunto una causa inteligente, máxime cuando días pasados, al acabar nuestro hermano Hipócrates su sabia conferencia sobre las *charras*, el mueble crujió de un modo aparatoso, cual si aplaudiese

»Excuso añadirle que de nuestras queridas hermanas, mujeres, sin duda, antes que teosofistas, no viene ya una a las reuniones. El diablo de antaño podrá haber muerto acaso ya en esta hermosa Sevilla, pero su *doble* o al menos su reminiscencia ancestral aún yace quizá en algún pliegue del inconsciente femenino en forma de un saludable miedo a lo desconocido. Y, por mi parte, tampoco he tratado de hacer volver a nuestras bellas hermanas, por si acaso alguna de ellas sufre crisis nerviosas ignoradas al modo de las de las jóvenes de la familia Fox, antes aludidas, y así queda descartada otra posibilidad de índole psíquica.

»Para no prolongar demasiado esta carta hago a usted gracia, hermano querido, de los libros que he revuelto, los insomnios que me han devorado y las hipótesis que desde hace un mes he barajado en mi anublada mente. Por eso, hoy hago consultivo el problema con usted y con quien, entre los hermanos de ésa, puedan darme alguna luz.

»Sólo me resta, después de ésto, decirle que he procedido a desarmar

el mueble pieza por pieza y nada he encontrado de particular, a excepción de estas letras, casi ilegibles, hacia el fondo, y verdadera abracadabra quizá del asunto:

MONTA

59

CAINA

»Las letras empiezan en el borde mismo del tablero derecho y más pequeño de los dos que constituyen la trasera del mueble, y sobre su contenido han sido vanas cuantas cábalas llevamos los hermanos hechas.

»Confíemos en el Destino. Su Ley inexorable, justa y providente, nos dará, estoy seguro, la clave del enigma.

»Entre tanto, y en amistosa espera de su carta, sabe es suyo leal amigo y hermano que le abraza.—*Luis Peinado.*»

Al acabar la interesantísima epístola, más emocionante aún para nosotros después de los sucesos análogos nuestros de la víspera en el Bar del Torreón, Cotta y yo nos miramos perplejos, entenebrecidos, sumidos en uno, o mejor dicho, en dos mares de conjeturas.

Al fin dijimos, casi a un tiempo mismo:

—¡Con el italiano o sin él, pero mañana mismo en el rápido y a Sevilla!

No ignoramos, ni Cotta ni yo, que así hay que proceder siempre, si se quiere cumplir bien y pronto en todos los problemas de ocultismo.

CAPÍTULO III

EN ALAS DE LA QUIMERA

De Madrid a Sevilla.—El italiano de marras.—La bribonada del chamarilero.—Un mar de conjeturas.—Aranjuez, Alcázar, Santa Cruz de Mudela y la Venta de Cárdenas.—La divina vega de Jaén y la sultana cordobesa.—La mágica Palma del Río.—En brazos de nuestros amigos.—Comentarios en el café Nacional.—Peligros posibles.

El rápido Madrid-Sevilla volaba por la llanura en aquella álgida mañana, última del año de 1916. Al instalarnos Cotta y yo en el cómodo vagón, nos miramos fijamente interrogándonos. ¿Por qué nos encontrábamos allí, a qué y por cuál motivo íbamos a la gloriosa ciudad de San Fernando y de San Isidoro?... Juguetes del Destino, como siempre lo son los hombres, sólo sabíamos que debíamos de ir, e íbamos, para esclarecer sobre el terreno, en unión de nuestros hermanos del Betis, un misterio que parecía menos digno quizá de meros ocultistas teóricos que de espiritistas experimentadores. En cuanto al brujesco italiano no había él sido habido ni en el bar ni en parte alguna. Sin duda, como Cotta decía, «no estaba ya en el mapa», sino en el glorioso supermundo de los jinas o de los muertos, y los golpes de los vargueños gemelos no eran sino avisos misteriosos con los que aquel inconmensurable bohemio estilo Edgard Poé, Baudelaire o Verlaine, quería comunicarnos algo trascendente y superliminar, relacionado con nuestro sencillo karma y con el suyo complicadísimo.

Entre Pinto y Valdemoro, cual el borracho del cuento, rompimos al fin el silencio, y aprovechando nuestra soledad en aquel departamento, planteamos la ecuación con todos sus datos y sus incógnitas.

Por las emocionales indicaciones de la carta del presidente Peinado nos parecía indudable que en poder suyo obraba otro vargueño idéntico al nuestro con sus extraños chirridos e inexplicables golpes astrales que nos habían puesto los pelos de punta la antevíspera. Dadas las coincidencias de aquellos fenómenos tiptológicos en uno y en otro mueble a distancia de muchas leguas, no nos cabía duda de que entre ambas mediaba un fuer-

te lazo telepático, una sinfonía astral, una comunidad pasional o kármica, a la manera de aquella eterna armonía entre *el canto y el cuento*, inmortalizada por Zorrilla cuando en el día de su coronación y despedida en Granada, rimó:

Dos corzas que huellan idéntica senda,
dos garzas que siguen un rumbo al volar,
dos flores que aroman la misma vivienda,
dos naves que llevan un rumbo en la mar...

—Por eso el bribón del chamarilero le vendió a usted por tan bajo precio el vargueño. Sin duda que el cuitado pecador de la pipa había tomado miedo a sus ruidos—dijo, intuitivo, Cotta.

—Y por eso—añadí—nos asaltó aquella idea de llevarle al Bar del Torreón y a la estancia del cabalista, astrólogo, cartomante y embaucador del italiano Luzatti, que era algo peor que meterse en el antro de una pitonisa o en la boca del lobo.

—Y por eso también—completó Cotta—se nos ocurrió cenar juntos al lado del mueble y conversar tan hondamente de asuntos ocultistas, y al presidente Peinado el hacer consultivo con usted, aquel mismo día, sus terribles perplejidades con el suyo.

—¿Qué pensáis, pues, buen Cotta, del asunto?

—Ello no me deja ya vivir de pura curiosidad insana, y os voy a comunicar la síntesis de mis nebulosas concepciones. Ni Peinado, ni nosotros hemos hallado en los vargueños otra cosa que unas tristes letras desprovistas, al parecer, de todo sentido, letras que debemos tratar de juntar.

—Así es, en efecto—repuse, preparándome para oír.

—Unas letras, repito, que aparecen en los bordes de dos tableros. La del nuestro en el derecho y la del de Peinado en el izquierdo.

—Cierto—afirmé, sacando la carta de éste y nuestros apuntes—. Aquí tenéis los datos precisos.

—Sí. Un primer renglón que dice ARA y el otro primer renglón que dice MONTA. Un tercer renglón que vuelve a rezar ARA y el correlativo que dice CAINA, con otro rengloncillo intermediario que reúne cuatro cifras. Esto—añadió Cotta festivamente—nos muestra que debemos *arar* dos veces, *montar* una y *cainar* en fin el número de veces expresado por la cifra de millares que componen los dos números...

—Guasón estáis, y esta vez habría que mataros por lo malo del chiste.

—¿Qué queréis que haga ante las dos abracadabras, dignas de aquel bandido necromante, felizmente ya difunto, que se ríen de nosotros diciéndonos ARAMONTA y ARACAINA?

—¿Y si invirtiésemos el orden de los respectivos tableros?

—Imposible, porque entonces no juntarían las letras y además tropezarían las dos AA, contra toda regla de fonética castellana. La cifra 15-59 expresa para mí además un año, el 1559, y no la de 5915 que se formaría uniéndolas como decís.

—¡Es indudable!—exclamé lleno de esperanza ante aquella revelación—. Aquí tenemos el hilo del ovillo. Pero, ¿qué es *aramonta* y quién *aracaina*?

—Mi querido hermano—replicó Cotta, lleno de fe—, no nos torturemos la imaginación ahora. Maestros tiene nuestra *Iglesia* que nos sabrán iluminar. Aguardemos el entrevistarnos con nuestros queridos sevillanos y con ese faro de ocultista luz que se llama el doctor de Brin, que ignora sólo aquello que le da la gana de ignorar.

La conversación quedó cortada allí mismo por la intempestiva entrada de otro viajero en Aranjuez.

La fronda de aquel sitio real, gemelo de San Fernando del Yarama y San Carlos de la Rápita junto a Tortosa, pasó fugaz con sus árboles sin hojas y su manto de escarcha y neblina. Una hora más tarde, tras los cristales del coche—restorán desfiló un momento Alcázar de San Juan, hundiéndose poco después el tren valle abajo de Santa Cruz de Mudela, donde se encajonaba entre los precipicios cámbrico-silurianos de esas Termópilas de entrada a la meseta castellana que se llaman Despeñaperros. La típica Venta de Cárdenas, famosa en los fastos arrieriles, quedóse pronto atrás con todas las glorias históricas de Bailén y de las Navas de Tolosa...

En Francia dicen ¡*mon dieu!*,
y en Italia ¡*justo cello!*;
aquí decimos, ¡*caramba!*
y se junde el mundo entero,

que un mozo de *chipén* cantara gallardo en la opereta *La Venta de Cárdenas*, encanto de nuestros abuelos.

Pronto desarrolló a nuestros pies su panorama mágico la divina vega de Jaén, con el Guadalquivir en el fondo y las montañas de Mágina en su frente, como avanzadas de la Sierra Nevada granadina. Mas fueron quedando las ruinas romanas y prehistóricas vecinas a Espeluy: Marmolejo, Andújar, Alcolea, Montoro..., en la vega dominada por las alturas de Ja-

balquinto, que para el expreso moderno es verdadera aquella frase consagrada de

andar, andar
y Jabalquinto a la par,

alusiva al territorio amplísimo que domina la alegre aldeíta, visible desde toda la vega alta del Guadalquivir.

—Esto no es el río—decía despectivamente, con todo su orgullo sevillano, Cotta—, esto es una miseria...

Y cuando la luz del creciente lunar había borrado todo rastro de aquel espléndido crepúsculo andaluz, todo arreboles, Córdoba, la gran sultana, surgió desdibujada a la izquierda con ese encanto divino de las cosas que fueron y que rediviven siempre en nuestra imaginación creadora cuando les ilumina la luz de la luna, madre del misterio añejo, de la ilusión perdida o de la ilusión que nace, de la dicha inalcanzable en un mundo de supremos encantos incompatibles ¡ay! con los impíos realismos del día.

Una hora más y ya cruzábamos frente a esa Peña solitaria, gallarda, lamida por el Guadalquivir, coronada por un castillo de hadas que afrontando la sierra de Córdoba por aquella parte es llamada con justicia *Palma del Río*.

—Ahí tenéis a la luz de la luna toda la escena wagneriana del Anillo del Nibelungo—exclamó Cotta, con entusiasmo de artista—. Abajo el Padre Rhin, con sus ondinas; frente el basamento de la mole rocosa con sus gnomos o nibelungos; por la falda del picacho las blancas fachadas y rojos tejados de las casas de los hombres; más arriba aún los gigantes, hercúleos constructores de ese monumento ciclópeo que corona la cima, y en ese Tabor, Walhalla u Olimpo los dioses mismos, dominando todo el ámbito del Guadalquivir medio y de sus glorias nunca bastante enaltecidas.

Unos cigarros más, adivinando entre el humo de la máquina y de los poblados a Peñaflo y Lora del Río, y henos ya en Sevilla, en brazos de una cincuentena de amigos fraternales, preocupadísimos hasta más no poder con nuestra visita.

—¡Mejor recibimiento no se hace a dos ministros!—decía Cotta, saltando como una ardilla o como una mariposa, de unos en otros amigos, mientras yo no sabía cómo corresponder debidamente a presentaciones y saludos.

—¿Y el vargueño?—fué lo primero que pregunté a Peinado, en un momento en que pude deslizarse dos palabras en su oído.

—Más ruidoso, más perturbador que nunca y, o ponemos pronto remedio a esta situación insostenible echándole del recinto sagrado de nues-

tra sociedad, o no va a quedar un vecino en seis calles a la redonda. ¡Ya conocéis nuestro impresionable carácter! Se le atribuyen todas las desavenencias familiares del barrio; se le cree productor de mal de ojo y otras enfermedades de las que ahora abundan. En fin, hasta han dado en decir que en todo ello andan *los malignos* y *la bicha*, y alguien habla de tomarse *manu militare* en nosotros la justicia, para escarmiento de las generaciones futuras.

—¡Pues os aseguro que nos vamos a divertir!, porque debo deciros, para que os espantéis—añadí—, que en gran velocidad por el correo de mañana os traemos otra alhaja idéntica, que nos tiene locos a Cotta y a mí con análogos ruidos.

—¡Cielo santo! ¡Buena la habéis hecho!—gimió Peinado, alzando las manos en actitud de asombro y poniendo sus cinco sentidos en la fugaz información de lo acaecido, que en dos palabras le hice.

Y el grupo entero de aquellos amigos irrumpió triunfalmente con nosotros en el Café Nacional, entre Tetuán y Sierpes, tomándole por asalto con gran sorpresa del público nocharniego, que bien pronto estuvo al tanto de nuestra misión:

—Vienen a lo de los ruidos de junto a la Casa de Pilatos—dijo uno, mientras agitaba febrilmente las llaves de su llavero para no recibir maleficio.

—¡Lagarto, lagarto!—replicó el otro, haciendo con la mano una necromante *higa*.

—Están más locos que cabras—terminó sentenciosamente un tercero.

Y a la hora misma en que el reloj de la catedral dejaba caer las doce sonoras campanadas que mataban al año viejo dando paso al nuevo; cuando el público sevillano, entre gracejos y donosuras, engullía las clásicas doce uvas de la dicha, toda la ciudad sabía ya, entre espeluznada y guasona, que una comisión de brujos de Madrid «había venido a lo de los ruidos».

De aquello a quemar públicamente la joya del buen presidente Peinado, ya que no a Peinado mismo con todos sus adláteres en medio de las palmeras de la Plaza Nueva no había más que un paso.

Y el paso se daría, a poca imprudencia por nuestra parte, según estaban de excitados los ánimos de los cultos pero impresionables sevillanos, no por ellos, que son capaces de reírse hasta de su sombra, sino por sus respectivas *costillas*, que yacían bajo los mayores temores apocalípticos, amén de los más tremendos escrúpulos religiosos.

El asunto se ponía feo, pero, ¡el Destino proveería!

CAPÍTULO IV

LA ASAMBLEA DE LOS VARQUEÑOS

Todo Sevilla en tensión de nervios.—Dos terribles artículos.—En el salón de la Sociedad de amigos de lo hiperfísico.—Nostalgias tenoriescas y danzas macabras de los muebles.—¿La sombra del italiano?—¡Los espíritus se acercan!—Un muerto que quiere comunicar con los vivos.—La catástrofe del dosel y la guasa de unos niños.—Sesión comprometida.—Oportuna intervención de un ateneista.—¡Sevilla ha amado siempre lo inexplicable y lo hiperfísico!—Algo sobre mediumnismo.—Interviene el doctor de Brin.—Fenómenos espontáneos y fenómenos provocados.—¿Casualidades o causalidades?—El vargueño y la Voz del Maestro.

Memorable fué la tarde aquella, primera del año 1917. Sevilla entera estaba inquieta, presa de agitaciones macabras, de pesadilla.

La llegada nuestra, con toda la mala fama de teósofos medio locos, o locos del todo, que tanto los otros como yo teníamos; las hablillas de los compadres en la calle de las Sierpes y en los cafés, cuanto de las comadres a la salida de las iglesias, donde no faltó, como era consiguiente, predicador que aludiese a las tretas de Satán y su cohorte caída, ya habían dado *lo suyo*; pero la cosa se había puesto aún más fea con la llegada de *El Debate* de la mañana, donde un clericalote de los de tomo y lomo había puesto en solfa lo de los vargueños, entre abrumadoras citas del capítulo XXVIII del libro I de los Reyes, escena de Saúl y la pitonisa de Endor, y páginas enteras de *El Hipnotismo puesto en moda*, del padre J. E. Franco; *El Espiritismo*, del Dr. Lapponi, médico de Su Santidad León XIII, y aun de los famosos y meritísimos infolios, con los que el marqués de Mirville asustó a los *inmortales* franceses de antaño, bajo el modesto título de *Memoire aux accademiciens*, monumento completísimo de todas cuantas *perreries* viene haciéndonos el irreconciliable enemigo del género humano desde que el mundo es mundo.

Coronó la situación un fondo de *El Liberal*, a través de cuya maestría periodística se adivinaba el fino aticismo crítico del gran Laguillo, estudiando todo el espíritu del problema a la luz de la ciencia moderna, y

apoyándose en la clásica obra del físico inglés Williams Crooke, descubridor del estado radiante y del talio y conspicuo miembro de la Real Sociedad Británica, de la que la sevillana *Sociedad de amigos de lo hiperfísico* era un acabado trasunto.

El artículo en cuestión, que agotó tres ediciones del popular diario aquella sola mañana, no podía ser más completo. Primero hacía un relato imparcial de todos los fenómenos que tan intrigados nos traían en Madrid y Sevilla. Luego una disquisición histórica desde la Serpiente del Paraíso, la burra de Balaan, las palabras de la esfinge y de las estatuas de Memnon al romper el día, el *Mane-Thecel-Phares*, del festín de Baltasar; el Serafín de Therán, padre de Abraham; los oráculos de Delfos; los betilos o *pedras parlantes* del Destino, los *menhires oscilantes* y mágicos de los druidas; las voces misteriosas de todos los sacrificios necromantes, origen verdadero de la tragedia clásica, cuyas revelaciones indiscretas en *Prometeo*, *Las Cæforas* y *Las Euménides* costaron la vida al iniciado Esquilo; las palabras de Tiresias, el adivino evocado por Ulises en la *Odisea*, al borde del hoyo repleto con la sangre del cordero negro propiciatorio; las voces secretas que Alarico oía mandándole destruir a Roma pecadora, y las que *la doncella de Orleans* oía también para que exterminase a los ingleses, etcétera, etc., pasaban por las líneas del soberbio artículo en abracadabrante cinematógrafo de erudición pasmosa, planteando la cuestión lo mismo que a propósito del espectro de Katie King la planteara Crookes en su *Medida de la fuerza psíquica*, con sus ocho célebres hipótesis que no parecen sino aquellas notables ecuaciones diferenciales en que encerró Clairreau el insoluble problema mecánico que se llama de los tres cuerpos, es a saber: la hipótesis escéptica del fraude y del compadrazgo escamoteador; la positivista de la alucinación individual y aun colectiva; la fisiológica del *muscle claqueur* de Faraday; la física de la diferente conductibilidad electro-magnética y calorífica de sustancias diferentes puestas en contacto y humedecidas al modo de la corriente termo-eléctrica; la católica del diablo y sus consortes; la espiritista del alma de los muertos queriendo comunicarse con los vivos; la cabalística de Paracelso con sus gnomos inquietos, sus ondinas y sílfides perversas enemigas eternas de la felicidad del hombre, a quien, desde su cuarta dimensión etérea, engañan y sumergen en las más espantosas vesanias incurables con sus *Incubos* y *Súcubos*, y la teosófica, que viene a ser lo mismo, con sus *jinás*, *kamarrupas*, almas de suicidas, elementales perversos y demás cosas que el articulista, nada timorato y sí hondamente crítico, barajó a maravilla en la mejor información de Prensa que Sevilla viera nunca.

Así, contra lo que hubiéramos deseado todos, no sólo la pléyade escogida de los teósofos sevillanos, sino multitud de hombres cultos y desapasionados de diversas escuelas y dados a estos problemas trascendentes, invadieron desde primera hora el vasto salón de anticuario donde la *Sociedad de amantes de lo hiperfísico* celebraba sus sesiones, entre muebles históricos de toda clase y recuerdos viejos de todo género.

Quién de entre los visitantes esperaba algo así como un milagro, un fenómeno psíquico tremebundo que hiciese bailar a los dos vargüeños, como dos astros, por el ámbito del recinto, con música macabra de Saint Saens o de Hoffembach, entre sangrientos espectros de terror o de crimen, al repique de campanas astrales del Grial o de la ciudad dantesca del Dite, y tintineo de crótalos, de coribantes; quién, por el contrario, esperaba ver surgir de los entrepaños de los muebles los papeles de un tesoro o una catarata sonora de rancias *peluconas*; quién, en fin, digna heredera de las intrepideces de Tenorios y Mañaras, estaba dispuesto a medírselas, cara a cara, con *los invisibles*, sin que faltasen—¿cómo habían de faltar en la tierra de María Santísima?—su *punta* de guasones dispuestos a hacer añicos los muebles para cerciorarse, como los chicos con los juguetes, «de que nada tenían dentro», y de paso «tomar el pelo a todo pasto», con motivo tan plausible como lo era la chilladura de aquel puñado de orates que, a pies juntos, habíamos creído en los golpes y chirridos misteriosos, como hubiéramos podido tomar igualmente por ciertos los peregrinos cuentos de Manolito Gázquez.

Si la reunión se hubiese verificado en Inglaterra o en otro país nórdico y flemático, allí, por de pronto, no hubieran entrado sino los teósofos, y eso con masónica reserva. Pero el presidente Peinado era un alma demasiado grande y un hispalense o tartesio demasiado liberal y tolerante, para no practicar, abriendo las puertas del local a todo hombre culto, el hermoso, el único dogma de la Fraternidad Humana y su premisa indispensable de la libre investigación. ¿Tuvo ocasión de arrepentirse de su tolerancia? Casi podría temerse desde los primeros momentos, cuando un ferviente espiritista, sin esperar, no sólo a que el presidente hablase, sino ni aun a que la sesión se abriese, ya usaba de la palabra para decir con aire de triunfo:

—Conocidos son de todos, señores y amigos, los múltiples fenómenos con los que los espíritus de los muertos se insinúan cerca de los vivos para quitarles la venda de su incredulidad que ciega los ojos de su alma, y convencerles de las realidades de ultratumba, Los golpes de Rochester; los clásicos fenómenos de la granja de los Eddy, donde nació la misma

Sociedad Teosófica; los trípodes evocadores desde las pitonisas hasta nuestros *médiums*; las casas encantadas; las apariciones *post-mortem*; los mil fenómenos extraños y telepáticos, tan agudizados hoy por la Gran Guerra, y otros muchos que no voy a enumerar aquí, pues que de ellos está ya llena la Prensa y la literatura, demuestran que las almas de los que convivieron con nosotros en este bajo mundo, se nos insinúan de diferentes maneras, deseosas de comunicarnos con ellas, por amor y por anhelos de legítima sabiduría... Un italiano, listo y pecador, recientemente fallecido, sin duda es el que nos habla o nos quiere hablar de sus dolores, de sus esperanzas, de sus experiencias, a través de ese mundo de los muertos que son los vivos, pidiéndonos oraciones, que diría un católico; auxilios de buenos pensamientos, que diríamos los espiritualistas de las diferentes escuelas, el saldo quizá, en fin, de una terrible cuenta de aquí abajo, en fin, en la que los vargueños han oficiado de testigos, de encubridores quizá, con esas palabras misteriosas de «*ara, ara*», el *ora, labora et invenia* que debe presidir todos nuestros estímulos hacia el total esclarecimiento de lo del más allá, matando así a la muerte misma, que San Pablo diría... Digo, pues, en resumen—terminó enardecido y sudoroso el discípulo de Allan Kardec—que estos dos muebles que han producido sendos ruidos simultáneos en lugares muy distantes uno de otro, nos demuestran que su antiguo dueño anhela desde el otro mundo de los espíritus, donde yace en expiación, ponerse al habla con nosotros todos.

—¡Dos vargueños que habría, si no que quemar ejemplarmente, que exorcizar y rociar de agua bendita para expulsar a los *malinos* que lo habitan!—interrumpió un imprudente reaccionario.

—¡O que someter al estudio de los técnicos, para escarmiento de cuatro neuróticos y curación de vesanías colectivas!—añadió con perversa intención un positivista.

—¡O que reducir a astillas para ver lo que tiene dentro!—gritó un tercero, más expeditivo.

Por las muestras era inminente la consabida discusión entre los del bando espiritista, tan convencidos, y los del bando ultramontano, tan amigos de discutir a los demás como enemigos de que se les discuta a ellos. Todo, por supuesto, bajo la desdeñosa sonrisa protectora de los positivistas sabios, que suelen no saber nada muchas veces. De improviso los nervios de toda la Asamblea sacudieron con bajo latigazo puramente astral y terrorífico, porque, sin saber de dónde venían, resonaron en todo el ámbito de la sala tres golpes secos; más que sonoros, tremebundos.

—¡Aquí los tenemos ya!—exclamó fuera de sí el orador primero—. ¡Ved la prueba!

—¡Esa llamada tercera ha sonado en la escalera!—gruñó, con cavernosa voz, un evocador de Don Juan Tenorio, que acaso quería ahogar en guasa su grandísima cobardía.

—¡El italiano, al fin el italiano!—gritó histéricamente una vigorosa voz, al par que un jovenzuelo caía presa de un ataque epiléptico.

—¡Esperad! ¡Calma! ¡Esperad!—vocearon los más sensatos, temiendo un pánico de esos que hacen época y determinan no pocas víctimas...

Pero se les helaron, a su vez, las palabras en los labios, porque la tal llamada de los pretendidos espíritus no sonó, no, ya de nuevo en la escalera, sino dentro, bien dentro del salón mismo, y no fué llamada, sino algo catastrófico; primero, una gran trepidación; luego un derrumbamiento estruendoso de todo un lienzo de pared, o al menos tal semejó a los ojos de los despavoridos circunstantes de las últimas filas, que vieron cómo se venía abajo, con estrépito de terremoto, sobre ellos un histórico dosel de seda carmesí con flecos de oro y adornos de época, adosado al muro, arrastrando cornucopias y otros muebles en su caída, y cómo de entre aquellas ruinas, empolvados, riendo a carcajadas y un tanto maltrechos, se desenvolvían como podían y echaban a correr ganando ágiles la puerta, hasta la cantidad de tres señoritos que habían sido los de la voz y los de los golpes siniestros.

—¡Son tres duendes!—apuntó sin aliento un timorato.

—¡Son tres espías de los jesuitas!—gritó un conocido librepensador, que veía a los mínimos de Loyola hasta en la sopa.

—No son sino tres elementales burlones harto conocidos en el *Circulo de Labradores*, en el *Nuevo Casino* y en *La Campana*—dijo sonriendo con su habitual benevolencia el presidente, dando pie para que la concurrencia, antes alarmadísima, acabase soltando la carcajada.

La sesión quedó un instante comprometida. Algunas señoras tornaron de su desmayo; otras habían ganado la puerta, y entre los del bando fenomenista y los del bando escéptico empezaban a cruzarse frases un tanto duras a propósito del suceso, pues los unos seguían defendiendo a ultranza la teoría espiritista, mientras que los otros se hacían fuertes contra ella, alegando que, punto más o menos, todos los presuntos fenómenos eran los mismos que, gracias a los tres festivos jóvenes, acababan de verse.

—¡Basta ya de guasas, y no hay que precipitarse, señores!—replicó el ateneísta Díaz Izquierdo, imponiendo silencio con su autoridad a la Asam-

blea—. La existencia de la moneda falsa presupone siempre la de la legítima. Todo buen sevillano ama lo maravilloso, sea cual fuere su causa y venga de donde viniere. Por eso admiramos el *Don Juan Tenorio*; por eso idolatramos a *Don Quijote* con todos sus encantamientos y *Libros de caballería*, pues que en ninguna parte se han hecho tantos y tan buenos estudios de él, como por sevillanos o en Sevilla. Y nuestros músicos, como Cebreros, han instrumentado en valeses *Las armonías de las ondas* y *Las danzas de las ondinas*; y nuestros escultores, con el divino Antonio Susillo a la cabeza, se han immortalizado dando vida en el mármol a *El Aquelarre*, *La químera*, *La noche de ánimas en la torre de la aldea* y *La consulta de una hechicera*; y Villegas nos ha trasladado al lienzo los vivos y mágicos preceptos de *El decálogo*, como Velázquez, Murillo y Montañés se pusieron al habla con todo lo celeste y lo terrestre para sus obras maravillosas; y Rodríguez Marín, el gran cervantista, empezó su carrera literaria nutriéndose con la misteriosa savia libada en sus *Cinco cuentos populares*; y nuestro duque de T'Serclaes, nos dió cosas harto pasmosas en los tomos de su *Archivo hispalense, o Historia de Sevilla hasta el siglo XVIII*, como su hermano Manuel Pérez de Guzmán un tratado de *Geología y Astrología*; y en esta «muy noble y muy leal» Atenas de España otra maravilla del arte poético nos ha familiarizado tanto o más que con las columnas del prehistórico *Templo de Hércules*, con *La bruja*, *El abismo*, *El Don Miguel de Mañara*, *El hombre de piedra* y *La transmisión de las almas*, de Cano y Cueto; con *La niña de oro* y *La cueva de los diamantes*, de Isabel Cheix; con *La historia de duendes y Duendes y frailes* de Escudero Peroso; con lo espeluznante, *Diego Corrientes*, *Caparrotta* y *Leyendas*, de Gutiérrez de Alba; con las mil consejas acerca de la Giralda, el Alcázar, el templo romano, la Torre del Oro o los *Caños de Carmona*, o las que dijeron y las que cantaron los *Romances* tanto el Duque de Rivas, cuanto el perseguido Calderón y Arana, el explorador de Nicaragua y de los Andes de América Central, ricos en *guacas brujerías* y en otros tesoros de *Popul Vula* que allí tienen escondidos los sacerdotes *pitiacos*, consejas de blanca y negra Magia encarnadas en mil libros ignorados de la Lonja; de las Sociedades y particulares bibliófilos, cuanto en el riquísimo contenido artístico de Museos como el de Caballero Infante, el Municipal, de Gestoso y Pérez, y cien otros, con los que no contó para su obra mi buen amigo José Cascales al historiar *La cultura de Sevilla en el siglo XIX*, ni Antonio María Fabié, el celebrado autor del *Viaje del famoso Rortnithal Navagiero*, ni Lamarque de Novoa para su poesía *Colón*, ni para su cuento de las mil y una noches *Hero y Lean-*

dro; ni Blanca de los Ríos para el estudio de su *Tirso de Molina*. Ora, pués, filosofemos a lo Federico de Castro; ora sonriamos escépticos como Narciso Campillo; ora tengamos más escrúpulos teológicos que el mismísimo padre Gago y seamos más místicos que la propia Teresa de Jesús sevillana, Antonia Díaz de Lamarque, no es preciso, a guisa de valientes, de caballeros y de hombres que saben con Lisardo que hay en el mundo mucho más de lo que nos figuramos a primera vista, es preciso, digo, que procedamos a analizar este problema con calma, con naturalidad y sin ningún género de escrúpulos, impropios de hombres de estudio, porque el que estos últimos golpes hayan sido una broma, no podemos pensar lo mismo de los otros que la noche anterior hemos oído, ni tampoco de los oídos en Madrid por los dos recién llegados que nos honran con su presencia, so pena de inferirles un agravio notorio como jamás puede esperarse de los hijos de esta bendita tierra.

—Yo he oído dos veces por lo menos los golpes misteriosos del vargueño madrileño en el Bar del Torreón...—insinué tímidamente.

—¡Y yo también, y no estábamos ni anormalizados, ni bebidos!—corroboró Cotta, con energía.

—Por eso mismo, insisto—añadió el de marras—en que hagamos en toda regla con el vargueño o vargueños una experiencia espiritista, valiéndonos de un médium adecuado, mujer a ser posible, como más sensitiva. Yo cuento con una que reúne las mejores condiciones...

—¿Es acaso su hija?—gritó cruelmente un desconocido.

El tiro dió en el blanco y el espiritista se cubrió de rubor.

—¡Ese rubor me dice que para su hija no quiere lo que no tiene escrúpulo en practicar con la hija de otro hombre, contra aquella ley de justicia de no querer para los demás lo que no quisieras que ellos te hicieran a ti mismo!—agregó aquel *hermano terrible*, ganando la puerta, por sí con su ruda franqueza le iban mal dadas.

—Mi bondadoso señor—interrumpió Peinado interviniendo a tiempo—, la mediumnidad nos está prohibida por la misma maestra Blavatsky. No vamos a ser peores que los viviseccionistas, empleando seres humanos más o menos anormalizados, como son los médiums siempre, en experiencias de tinte más o menos científico. ¡Sólo por el esfuerzo y sacrificio propio en esas tres aras benditas del Arte, la Ciencia y las Obras de Abnegación estilo del ángel de Asís, es como puede investigarse fisiológicamente en lo desconocido!

—Pero, ¿qué hacer, si no hubiese otro medio de esclarecimiento de lo que tan preocupado nos tiene?—dijo otra voz.

—¿Y qué se dirá asimismo de nuestra mentalidad si fracasamos en tamaño problema?—añadieron varios.

—¡Recitemos la fórmula del exorcismo y todo habrá acabado!—repitió el católico.

En esto, cuando mayor era la perplejidad de todos, unos cargadores introdujeron en la sala el vargueño nuestro, acabado de llegar del tren, y le colocaron junto al otro. El presidente Peinado, ante la absoluta identidad de los vargueños gemelos, y antes de que se complicara la discusión, creyó del caso invitar al doctor de Brind, que diese su opinión, sabia cual ninguna.

El doctor de Brind era un hombre joven, alto, robusto y bien constituido, tanto de cuerpo como de espíritu, «el prototipo del Adán antes de la caída», como le decía su mejor amigo el canónigo de Covadonga, médico y farmacéutico como él, don Enrique Suárez de la Viña, que también le llamaba «el hombre triple», aludiendo a que era científico del más irreprochable corte de académico, pues pasaban de dos docenas los diplomas nacionales y *corresponsalias* extranjeras con los que honraba su pecho en las solemnidades del Claustro universitario sevillano; «el cristiano ideal» en su irreprochable evangélica conducta y «el efectivo confesor de curas y frailes», como el pícaro Cotta le decía al verle de ellos estimadísimo a pesar de sus ideas teosóficas o superespiristas. Su Teosofía tolerante hasta la exageración, sintética y crítica, era la de la tradición eterna y el constante estudio; la de las ciencias y las religiones comparadas; la de la lógica severa y la *Analógica*, más severa todavía, bajo el más inestimable y raro sentido común, sin fenómenos aparatosos, juguetes de chicos, y que, verdaderos o falsos, a nada conducen, que ya dijo el clásico: «ars magna, vita brevis, experimentum periculosum»; sin pseudo-magias que saben a patologías por aquello de Blavatsky de que las llamadas *Ciencias Ocultas* son respecto del *Ocultismo Integral*, del *gnosce te ipsum* y de la reforma espiritual de la propia alma, lo que la luz de un mal candil a la del astro del día; sin pseudo-pietismos, que sólo son memez y mojigatería, pues al tenor del dicho escolástico, «no puede amarse lo que no se conoce»; sin ese malsano afán, por último, de infantil curiosidad por meros conocimientos, armas de dos filos, que en nuestra vacuidad, apenas si sabríamos usar sino en nuestro daño y en el de nuestros semejantes, como chicos manejando explosivos, cosas que a nosotros los teósofos nos ha podido hacer odiosos un momento acaso, a los ojos de una ciencia sana y sincera, error que privará quizá a la Humanidad de los frutos que nuestro redentor movimiento mundial le habría en otro caso suministra-

do. Para el doctor de Brin, en suma, parecía hecha aquella frase con que encabeza Ragón su mejor obra de «Dévoilons tout ce qui est faux, pour ramener a ce qui est vrai», porque, cumplidor incondicional de toda ley natural o escrita, recordaba al eximio emperador Juliano cuando decía: «La Ley es la razón exenta de pasiones: por eso debe reinar en el mundo por encima de todos los hombres, quienes, por virtuosos que fueren, están formados de razón y de pasiones».

Sus primeras palabras en aquel caos no pudieron ser más sencillas:

—Ruego a nuestro querido presidente y después a nuestros no menos queridos huéspedes que, del modo más leal y familiar que sepan, nos informen de todo lo acaecido. Después examinaremos escrupulosamente los dos vargueños y me figuro que no habremos menester más para formar un seguro juicio como hombres sensatos, incapaces de alarmarnos por nada de este ni del otro mundo, *que son un mundo mismo*.

Y después del consiguiente relato nuestro, añadió severo:

—El llamado «fenómeno espiritista» debe estudiarse siempre que sea espontáneo, porque obedece al juego de leyes naturales desconocidas; el *provocado*, no debería haberse provocado nunca, porque nadie debe descender a la práctica de nada de armas de fuego, por ejemplo, sin conocer teóricamente lo que se sepa sobre el particular y, ¿quién es el vanidoso que se atreva a decir que conoce el Ocultismo... el Ocultismo que es el secreto resorte de nuestra imaginación, nuestras pasiones, nuestra vida toda, en fin? ¡Magia, nombre eterno, y como bendito, siempre profanado!... Nuestra ciencia positiva, a título de ponerse a cubierto de toda pretendida mixtificación ha pecado de grosera y de brutalmente exigente con todos los fenómenos de lo desconocido que a diario nos rodean, sin que por su aparente sencillez caigamos en la grandeza de la frase de Voltaire de que para nada hace falta tanta filosofía como para los fenómenos que a diario pasan a nuestro lado. Diríase que ha pretendido obtener fotografías en plena luz, sin cámara oscura y aun ¡sin placas!, deprimiendo con precauciones ofensivas el espíritu de los pobres médiums, sujetos a las experiencias espiritistas, como ya ha hecho notar en su admirable artículo el amigo Laguillo. En cuanto a los demás fenómenos superliminarios, nuestro positivismo se ha parecido constantemente al de esos secretarios de juzgado de aldea o a esotros alcaldes de monterilla que, cuando quieren negar personalidad a alguno—pongo por caso, al candidato a diputado contrario—empiezan pidiéndole la cédula personal—que, como hombre honrado, no suele llevar consigo—luego dudan de las firmas y sellos estampados en el papelucho y hasta piden un reconocimiento pericial de

las letras, acabando por recusar a los peritos, con arreglo a la inacabable táctica de aquel leguleyo de feliz memoria que aseguraban era capaz de redactar siete distintas sentencias en el más claro asunto, y que defendía mejor las causas perdidas que las ganadas, por aquello de que había mayor riqueza de medios para la defensa de la mentira, que es siempre múltiple y proteica, que la verdad, que es intangible y una.

Todos rieron de buena voluntad las aceradas frases del sabio, quien continuó así:

—Nada debe rechazarse *a priori*, ni tampoco *a priori* admitirse. Hay que investigar sin pasión, apoyados, por un lado en la imaginación y en la intuición, que son alas del alma, y por otro en la experiencia propia y en la de los siglos, pobres muletas andadoras de nuestros sentidos de bestias angélicas, pues que la verdad suele resultar a la postre lo que antes parecía más inverosímil.. La caída ruidosa de un objeto trajo a mi pecho la premonición, tristemente comprobada pronto de la muerte de mi padre, y aunque yo no admita la superstición de los llamados presagios, tengo que confesar que una secreta e ignorada ley me hizo asociar *causalmente* una coincidencia *casual*. ¿Son ya responsable, o mi Inconsciente, mi Dios interior que lo ve todo «de semejante» asociación de ideas, precursora de un triste hecho justificador de la asociación?... La dama blanca de los Hohenzolern y *Big Bleu* de Westminster con las demás premoniciones de muerte de tantas familias linajudas son ya un hecho que pasa en autoridad de cosa juzgada en la psiquiatría y en la historia, para que yo vaya a insistir sobre ellas. Admitamos, pues, provisionalmente el hecho de los golpes, tal como se nos refieren; busquemos una teoría para un hecho, y no un hecho para una teoría, y veamos pronto lo que estos hermosos muebles gemelos tienen dentro.

Un hábil artífice, de esos que tanto abundan en Sevilla, desarticuló en un momento los dos varguenos, que sin duda habían «hecho juego» decorando antaño el salón de alguna ilustre familia, sin que nada de particular se hallase en ellos mas que los renglonea consabidos.

—¡Ciertos!—exclamó al punto el doctor, como Arquímedes con su *jeureka!*—. «*Arias Montano, Aracena, 1559*», porque, con las reparaciones, se han borrado la *ese* de *Arias* y el final de *Montano*, e igual ha acontecido a la letra central del nombre de *Aracena*, haciéndonos leer equivocadamente: *Aracaina*, por las leyes del *guna* y el *bridji* sanscritánicos que transforman la *e* en *ai* y la *ai* en *e*, como en la lengua francesa. No es, pues, aquí, sino en *Aracena* o *Aracaina*, en la mansión favorita del sabio polígrafo, dueño un día de estos muebles, donde hay que buscar la clave

del enigma; quiero decir que, bien provengan estos golpes de una ilusión colectiva, de un fenómeno físico, de un espectro astral, del alma de un muerto, o de lo que proviniesen, yo siento en mi pecho, os lo confieso, una intuición profunda, una fuerza secreta e irresistible, que me mueve a ponerme en inmediato camino hacia la perla de la Sierra de Huelva. Los espiritistas que me escuchan creerán acertado el invocar ahora aquí mismo al Maestro extremeño por los procedimientos mediumnísticos consabidos; pero yo digo que a los reyes—y es más que un rey un muerto—no se les llama a casa para interrogarles como a chicos en examen, sino que se les pide respetuosamente audiencia, y cuando la conceden, se les visita, como voy yo a visitarle mística o moralmente en unión de cuantos quieran seguirme, en aquellos lugares consagrados por su voluntario y ascético destierro que se llaman Alajar, con su *Peña de la Ermita*, y Aracena, con su *Gruta de las Maravillas*...

Y uniendo el hecho al dicho, con la mayor sorpresa por parte de todos, que no acertaban a explicarse cambio semejante en las habituales idiosincrasias del sabio doctor, salió solemnemente de la estancia, como pastor que quiere guiar por el buen camino a su rebaño, o general camino de la batalla que de gloria ha de cubrirle.

—¡Ha oído en su alma la voz del Maestro!—dijo lleno de unción el presidente Peinado—. ¡Igual aconteció a Mateo y a Saulo con Cristo!

Y tocado en el corazón, partió también, no menos emocionado, dejando la presidencia a otro.

No hizo falta más para que la Asamblea, en medio de vítores y aplausos, les siguiese, disolviéndose con gran contrariedad de los experimentadores fenomenistas.

CAPÍTULO V

EL SECRETO DE LOS DIOS

La cripta segunda o de Júpiter.—Adam el Kadmon.—La eterna conjugación de la materia con el espíritu.—El azul, padre de todos los verdes.—Revelaciones de «El Banquete» de Platón.—La bendita maldición de los sexos.—Mixtificaciones griegas, según Philón de Biblos.—El «Templo de las paredes transparentes» y la sagrada «Piscina de los Misterios».—La curación de las enfermedades del alma y las pedestres interpretaciones materialistas.—El argumento de las edades.—El continente hiperbóreo.—La Hueste de los Hombres Celestes o Seres Divinos.—El primer Júpiter, Jehovah, Elohim, Iacho, Baco, Dionisios, Gerión, Hermes, el Cid, Hércules y demás «vaqueros».—Los Reyes Pastores y el Dios Único, sin nombre ni culto.—Claves para una síntesis mitológica.—La fábula emblemática de Diodoro de Sicilia.—Urano, Hyperión, Clitone, Neptuno, Basile, Helios y Selene.—El Océano, eterna Matriz.—El Sol y la Luna primitivos.—Los atlantes y el «Om-Mani-Padma-Hu».

Penetramos luego en una segunda cripta descendiendo por cinco tramos de plateado estaño: ¡el sagrado metal de Brihaspati, Júpiter o Io! Las correspondientes *Columnas de Hércules*, del pórtico de aquella cámara consagrada al primitivo Júpiter astrológico, ya no tenían la inscripción de «plus-ultra», sino la cabalística de «*Adam Kadmon*» o «El Hombre Celeste», es decir, la Hueste colectiva de los sucesores de aquellos Dioses de la Isla Sagrada que en el continente septentrional de la Tierra iban a seguir cobijando a la evolución naciente, con arreglo a la eterna conjugación de la involución descendente del Espíritu con la evolución ascendente de la Materia, es decir, de las formas físicas terrestres, al tenor de la eterna luz de la razón inversa que ya conocíamos.

Sobre el ara diamantina del centro fulguraba el sacro planeta con luz como de oricalco, en la que se mezclaban de un modo extraño las coloraciones áureas y argentinas del Sol y de la Luna, produciendo, no sé cómo, un astral azul del que ni idea puede darnos la coloración de la propia bóveda celeste, y no bien penetramos en el recinto, Montalvo, el hombre de Io, como le llamábamos siempre, recordando sus estudios de los templos, de *la diosa* que había visitado en sus múltiples viajes, apareció transfigu-

saber: el presidente Peinado, el doctor Brind, el explorador filólogo y fotógrafo Montalvo, Pavonez, Torres, el de Morón, «el hombre más de pelo en pecho de toda Andalucía», el *jina* Hermógenes Casas, Rodrigo de Cotta y yo, en calidad de cronista indigno de la magna aventura. Dije «acomodados en un departamento», y dije mal, porque no tuvimos tiempo ni de acomodarnos con los tres o cuatro transbordos que hubo que hacer antes de vernos a través de las mallas de los ferrocarriles secundarios que hay entre Sevilla, Huelva y Cala, en la estación de Castillo de las Guardas, frente por frente ya de Sierra Morena.

Atrás quedaban, arboladas por una espléndida salida de sol, las ruinas de Itálica, con su desolado anfiteatro romano; sus termas, su misterioso Patio de las musas y sus sinnúmeros recuerdos inmortalizados por la oda atribuida a Francisco de Rioja. La luz deslumbradora de aquellas horas de calma en medio de una tierra desierta, de panoramas cada vez más agrestes; la pureza del ambiente concordada con la de nuestra intención; las ilusiones legítimas al calor de ella nacidas; la alegría de vernos juntos nos producían, digámoslo de una vez con Séneca, aquellas *asquescentia in se ipso*, aquella tranquilidad del existir que sólo proporciona la conciencia de una vida serena, de dominadas pasiones, y la contemplación íntima de grandes cosas sujetas a perpetua renovación y que, por nuestro bien, no son jamás pintadas ni pintables; *el placer de vivir*, en fin, que dicen los sabios; la *sofosine* natural, que decían los griegos...

Con nosotros no rezaba, no, aquella lamentación del poeta extremeño Juan Luis Cordero, cuando en laureada composición de Juegos florales lloró con despecho:

¡Fenecieron los tiempos del laúd y la espada;
y han impuesto los números su tiránica ley,
regalando al olvido la poesía sagrada,
y ahuyentando sacrílegos de los bardos la grey!

porque nosotros, nuevos Quijotes del ideal ocultista; bardos efectivos de algo que, sin duda alguna, cantaba en nuestro corazón, comenzábamos una empresa sin rumbo fijo; sin propósito fijo; sin razón plausible; a la aventura, en fin, como, dígame lo que se quiera, se camina en el mundo, pese a nuestras vanidades de pigmeos. Y no era el fenómeno de unos discutibles golpes astrales o físicos en un mueble lo que nos había sacado inopinadamente de nuestros hogares, sino otros *golpes* más ciertos por emotivos, a la manera de aquellos tres *golpes* breves y uno largo que pusiera Beethoven como cimiento de su mágica *Quinta Sinfonía*, cuando se

cuenta que dijo: «Así llama el Destino a nuestra puerta, y no le oímos.» Llamada efectiva del Maestro en el corazón de sus discípulos cuando quiere hacer más concretas y ostensibles las enseñanzas que, por la vía del inconsciente, nos está dando de continuo...

En Castillo de las Guardas nos esperaba un faetón que nos había de llevar seis leguas más allá hasta la recatada Aracena, a lo largo de una carretera entre encinares, cruzando por Puerto Alto, La Higuera y Valdeazufre, en amable conversación teosófica, salvo Torres que, por exigencias de adaptación, o más bien porque los caballos y el auriga «no se le durmiesen», iba en la delantera.

—Doctor—dijo Cotta encendiendo un veguero de la caja que para el viaje nos había dado el Representante de la Tabacalera de Sevilla—, ahora por vez primera después de la Asamblea de vargueños nos vemos juntos este puñado de teóricos ocultistas, ¿seriais tan bueno que nos hablaseis de la intimidad acerca de las rarezas que nos vienen ocurriendo desde la famosa noche del Bar del Torreón, explicándonos el porqué de vuestra tan decidida como inexplicable resolución que puso fin a la dichosa Asamblea, y que nos trae ahora por estos solitarios encinares en busca de aventuras quizá tan fantásticas como las del caballero de la Mancha, a caza de un nuevo vellocino de oro como los argonautas o de un Santo Grial parsifalesco? Hablad, pues, que somos todo oídos.

—Sí, sí, hablad—dijimos a coro, arrellanándonos nerviosamente sobre nuestros asientos con ese dulce escalofrío con el que los chicos se preparan a oír de los labios del viejo la conseja espeluznante al amor de la lumbré en una noche de ventisca; Torres, imponiendo silencio al auriga que canturreaba, se dispuso a escuchar bajando el cristal de la ventanilla.

El doctor, con la unción de un místico, la majestad de un apóstol tendió una vaga mirada por el monótono encinar cual si en él buscase la inspiración mágica que prestaba a las obrindesas germánicas el muérdago sagrado de la encina de Doner, y con voz suave como un gorjeo y vibrante como la de un iluminado, comenzó diciendo:

—Amigos queridos: a vosotros que conocéis cuán ajeno he sido siempre a toda fenomenología espiritista, adivinatoria e hipnótica, no necesito decir que, reales o imaginados, los dichosos golpes de los dos vargueños no me hubieran producido nunca la menor curiosidad, ni menos me hubieran arrancado así del sillón de mi despacho. Pero ha aparecido con ocasión de ellos un nombre excelso, el de un hombre incomprendido y sapientísimo, moviéndome a dejarlo todo y a volar sin demora hacia Aracena y Alajar, las grutas de sus castos amores, seguido de media docena

de seres buenos, como lo sois vosotros, que no me habréis de tomar por ello como un impulsivo o como un loco.

—No—replicó Montalvo—, y por eso mismo anhelamos oír de sus labios los verdaderos motivos que le impulsan a esta aventura.

—¡Dejadle hablar y no interrumpáis!—exclamamos todos.

—El cuento es largo, pero curiosísimo—continuó el doctor—. En él juegan todas mis facultades, en especial mi imaginación, esa ignorada y mágica facultad que, según Fröscher, tiene la clave de la historia, de la ciencia y de la vida.

Sí, imaginación, no os alarméis, porque, como ha cantado en prosa nuestro olvidado Melitón Martín:

«La lira de nuestro sér es una lira de tres cuerdas y no es posible arrancar nota alguna de cualquiera de ellas, sin que vibren las otras dos, para producir bien una armonía celeste, bien una salvaje y desapacible discordancia, pues que toda actividad humana tiene por motor un sentimiento al calor de la imaginación nacido, por director una inteligencia y por ejecutor la materia y la fuerza, que acaso es inteligente también... Pero la imaginación es, hoy por hoy, la más admirable, la más activa de nuestras llamadas facultades, y, como todos los grandes medios puestos a nuestra disposición por la Naturaleza, es de eficacia pasmosa y de utilidad inmensa cuando se emplea con fe en la conquista de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello...

»Si—continuó tras breve pausa—. yo he sentido meses pasados esos momentos de vaguedad misteriosa, de ansias insaciables y de resplandores célicos que preceden a veces al sueño, al desmayo y a la muerte», al hojear la tan sectaria como eruditísima obra de Menéndez y Pelayo, *La ciencia española*. Al buscar en ella precisamente argumentos para combatirle, tropecé con un párrafo que, más o menos, decía así, refiriéndose al polígrafo extremeño: «El nombre sólo de Arias Montano basta para llenar un siglo, y es por sí tan grande como el de cualquiera de esos luminares de la ciencia moderna que para el señor del Perojo parecen ser las únicas en el mundo. Pero España posee además una serie de cultivadores ilustres de las ciencias bíblicas...», y después de enumerar a estos cultivadores añade:

«Eran ellos no meros teólogos escolásticos, sino verdaderos filólogos, helenistas, hebraizantes y arqueólogos que habrán estudiado la Biblia en sus fuentes, y que, para interpretarla, acudían a todos cuantos recursos podían suministrarles las ciencias exegéticas de su tiempo.»

Si Arias Montano, me dije, es el rey de los escriturarios españoles y su solo nombre basta para llenar un siglo, ¿cómo es que don Marcelino,

el inquisidor mayor de España, como yo le llamaría si no respetase su memoria, se ocupa tan poco de él en sus obras eruditísimas? Como además recordaba yo muy bien que la Maestra Blavatsky, igual que antaño hombres como Fray Luis de León y el Brocense, había criticado con dureza a San Jerónimo y a su *Vulgata* por haberse inspirado en fuentes griegas falsificadas y no en las originarias fuentes hebreas, esa fuerza intuitiva y secreta de la imaginación me arrastró a estudiar al polígrafo extremeño y a su obra, seguro de encontrar con ello al ocultista y al teósofo perseguido por la Inquisición e ignorado por los hombres.

No me engañé en mis sospechas; es más, la realidad, cual sucede siempre, excedió a todas mis esperanzas. Ante todo, permitidme que os recuerde lo que suelen decir los libros acerca del políglota a quien, igual que al polaco Sommervögel, se le ha atribuido falsamente la *Monita Secreta* jesuítica.

«Don Benito Arias de Montano, nacido en Fregenal de la Sierra en 1527 y muerto en Sevilla en 1598—continuó el doctor recogiendo sus diversos recuerdos—, es acaso el mayor polígrafo español, a juicio de hombres como Escaligero, Cornelio Lápide, Vossio, Petavio, Covarrubias, Aguirre, Morales, Fabricio y Pedro de Valencia. Su personalidad es hoy más conocida en el extranjero que en su patria, y el lugar de su nacimiento se ha discutido como se discuten los de Homero, Colón y tantos otros.

Por las setenta y ocho odas latinas de su *Monumenta Humanae salutis* se le ha parangonado con Horacio como por su carácter de conciliario regio y consultor del obispo de Segovia Martín Pérez de Ayala en el Concilio de Trento se le deputó como el sabio entre los más sabios del mismo, y por su *Biblia Políglota* se le ha tenido por igual a San Isidoro de Sevilla, con quien tiene no pocos puntos de contacto. Discípulo de Cuesta, el obispo de León, y compañero de Escoto Eurigena, era un vivo recuerdo del gran Raimundo Lulio, una de las glorias más puras, tanto de la Filosofía como de las ciencias de la Naturaleza. Místico, en fin, cual todos cuantos en Extremadura se han caracterizado como genios, recibió la palma del martirio moral por la misma mano de aquel terrible malvado que se llamó Castro, y casi por los mismos días que la recibían también los ya citados gigantes de nuestra Mística el Brocense y Fray Luis. Todo ello y mucho más es el ornamento del profundísimo creador de la biblioteca de El Escorial; el hombre de los trece idiomas; el primer poeta laureado en la Universidad complutense, el numen titular, por último, de todas estas sierras, si es cierto, como me figuro, que los hombres grandes, después de muertos, renuncian al *devachán* o cielo y quedan aquí invisibles, con-

viviendo con sus gentes y lugares más queridos, cual Jesús, después de su resurrección y antes de subir a los cielos, convivió con sus discípulos entrando en el cenáculo por sus puertas cerradas, saliéndoles al encuentro en los caminos como a Pablo y venciendo sus incredulidades como a Santo Tomás...

—Y tan cierto es esto—interrumpió Montalvo—, que me parece ya verle por estos despoblados, como siempre me he imaginado verle por los augustos claustros de El Escorial.

—Así lo creo yo también—dijo con toda seriedad el doctor—, y todos seréis de nuestra opinión, porque si es cierto aquello de *ubi Petrus, ibi Ecclesia*, el hombre está siempre donde está su obra, que es su cruz, su glorificación, su karma futuro y la parte más íntima y selecta de su alma... Podrán rechazarse las reencarnaciones de los hombres, aunque Montano parezca una reencarnación de Prisciliano, San Isidoro o Lulio; pero lo que no puede dudarse es que el autor, nacido para su obra y por su obra, vive en ella siempre, no de otro modo que el Logos vive en el universo a quien informa o anima.

Y tan vive, como decís en la Biblioteca de El Escorial, al calor de su ciencia nacida, que en ella acaba de revivir en nuestros días por mano de un agustino sabio, el musicólogo P. Luis Villalba, quien al ir a hacer la historia de la biblioteca más rica en heterodoxos que tenemos: hebreos, griegos, árabes, cabalistas y ocultistas; al ir, digo, a biografíar a los dos primeros bibliotecarios de aquella *octava maravilla del mundo*, Fray Juan de San Jerónimo y José de Sigüenza, nos ha dado, sin saberlo, la clave de lo que nosotros llamaríamos «un Arias Montano, teósofo y ocultista...»

—¡Por favor, doctor, haced una digresión todo lo extensa que podáis acerca de este tan interesante extremo último!—interrumpió Cotta, con el entusiasmo de un niño que pide amplíe más y más el cuento el abuelito.

—Con muchísimo gusto, aun a trueque de fatigaros—respondió aquél—. Os diré, pues, que este preclaro hijo de San Agustín recibió, en efecto, de la Orden que hoy conserva el Real Monasterio y Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial el encargo de estudiar la *Historia del Rey de reyes y Señor de señores*, del padre José de Sigüenza, y se encontró con la sorpresa de que toda la obra de este buen fraile del Parral de Segovia, que pasó en sus mocedades a El Escorial, no era sino la *Opus Magna*, de Arias Montano, su maestro, glosada y achicada con la misma torpeza del cuervo de la fábula cuando, para imitar al águila quiso arrebatarse un cordero. La obra del padre Villalba, pues, sobre la *Historia del Rey de reyes*, de Sigüenza, viene a ser así una biografía del gran Don Benito, y bio-

grafía en la que por cierto abundan datos ocultistas como los que siguen:

Y tirando el doctor de su cartera de apuntes nos leyó, con cargo a la reciente obra del P. Villalba, dedicada a Don Alfonso XIII, en 1915:

«—El nombre de Montano suena en buen número de procesos de aquella época, como si fuera el eje de un torbellino desatado entre cuyas vueltas y giros se van enredando nombres y nombres. Arias Montano aparece en la historia más o menos accidentada de ciertas cuestiones como el apuntador o promotor principal de ellas, como el mentor de los que se lanzaban al estudio de las disputas universitarias, como el maestro o consultor e iniciador de las nuevas ideas que tanta agitación y encono traían a los ánimos. Hubo una época muy viva para todo ello; son éstos o son los otros los que sacan el cuerpo fuera, según los casos; pero siempre al fin aparece Montano, que es quien ha dado unos papeles, o ha sido consultado, o remitido una probación de tal o cual sentir y opinión, o rogado que se escriba esto o lo otro, o marcado tal camino, o iniciado tal movimiento, y siempre figura como la autoridad de peso respetable y como el alma de todo.»

La interpretación de la Escritura, según el texto hebreo; cierto desdeñoso desvío de la Escuela y de sus procedimientos, y la omisión completa o casi en todo el discurso de textos de los Santos Padres y de los Concilios, son tres señales características indicio de otras tantas cuestiones que agitaban el ambiente teológico español.»

—Ya tenéis aquí, por tanto, al teósofo, según la enseñanza de un sabio monje—observó el doctor—. Seguid, pues, que la lectura no tiene desperdicio.

«Montano debió ser uno de esos admirables pedagogos que no sólo saben ocupar el sillón de una cátedra, sino apoderarse del alma de sus discípulos; uno de esos hombres que hacen de la enseñanza una amistad y de la amistad el medio para insinuarse en la inteligencia y en la vida toda del amigo comunicándole toda su alma con la ciencia. Hombres de esta clase suelen contar los discípulos por los amigos, y no acostumbran a tener amigos que no se conviertan en discípulos suyos de algún modo. Yo no sé si el temperamento de Montano fué de tal clase, ni si hay de él esas manifestaciones externas de un semejante apostolado intelectual; pero aunque no haya memoria de señas que lo indique, ni recuerdo de que anduviera rodeado de ese aparato cultorizador, que hoy se emplea aún por los solitarios..., sin embargo, el don de penetrar en lo más hondo y de conquistarse el alma y la afición y ganarse la adhesión más fiel y entusiasta, de influir profundamente y de ejercer una casi fascinación intelectual en

muchos, eso sí que debió tenerlo. No hay más que recorrer someramente las páginas del proceso de Fray Luis de León, en derredor del cual tantos y tantos nombres de varones cultos giran, con cuyo motivo tantas pequeñas historias de la vida intelectual salen a relucir, y a cada paso salta el nombre de Arias Montano moviendo la opinión de muchos y muy fundados doctores, influyendo en ellos y manejándolos, ya en la conversación, ya en el papel que les remite, etc., etc., y siempre dando su autoridad y prestigio para fundamento y defensa de ciertos modos de pensar que entonces parecían atrevidos y nuevos.»

—¡Ya veo al ocultista!, ya veo al mayor blanco en medio de la terrible ola de magia negra del siglo que conoció la destrucción de dos imperios americanos iguales al asirio, ¡la inmolación de Miguel Servet y el nacimiento de la Compañía de Jesús!—exclamó Cotta, en uno de sus habituales arranques de sinceridad.

El doctor sonrió significativamente, añadiendo:

—En cuanto al asceta y al mártir del «ario del monte»—añadió—, leamos todavía estos pasajes del padre Villalba, que dicen: «Era este doctor natural de Fregenal, junto a Sevilla, y tenía tanta abstinencia que al día no comía más que una sola vez, y ésta ni carne ni pescado, sino legumbres, frutas y el caldo de la olla, ahora fuese de carne, ahora de aceite. Su dormir era sobre unas tablas en las cuales ponía una estera y una manta de Bernia; su trato y conversación eran los de un Santo; su humildad sobrepujaba a la de todos cuantos con él trataban, era tan afable que obligaba a todos a que bien le quisiesen. Los hombres doctos procuraban su amistad, y los caballeros hallaban en él cosas de edificación, y los oficiales, arquitectos, pintores y demás artistas hallaban en él muchas cosas que aprender.»

Deseoso Arias Montano de que le dejasen tranquilo en su Peña y Santuario de Alhájjar, con sus libros, con sus meditaciones y con las inspiraciones que en esta gruta y en la entonces desconocida *Gruta de las maravillas de Aracena*, recibía me figuro yo de los *jinás*—continuó el doctor—, quiso renunciar al par el odioso encargo de la biblioteca escorialense, como más tarde renunció a un obispado y otras dignidades, y en 1573 escribía a Zayas, el secretario de Felipe II, desde Anvers: «En lo que toca a mi particular, afirmo a vuestra Majestad delante de Dios, que soy muy ajeno de ambición de dignidades, ni de otros estados, y que el mayor que hasta ahora he deseado siempre ha sido el tornarme a mi Peña, porque jamás me ha pasado por el pensamiento escoger oficio, sino dejar a Dios el arbitrio entero de mí y de mis cosas que sé que Él solo sabe y puede

darme lo que he menester para mi salvación, que es lo que más deseo...

Ya vuestra Majestad oyó y vió en España lo que acerca de esto algunos doctos y temerosos de Dios me decían y escribían; en Italia ha sido muy mayor la batería que sobre esto me han dado, y muchos de Francia..., y ahora vea que comienza en Alemania los católicos y doctos que allí hay, a combatirnos por su parte... Y sepa aquí entre nosotros, que amén de los demás motivos e impulsivos que he tenido, fué recísimo el del Gapa, que la segunda vez que le hablé me dijo que más servicio haría a Dios y a la Iglesia con la pluma en la mano que con cuantos negocios hubiesen en el mundo, y nunca se me ha quitado de la imaginación esta sentencia y lo que me añadió sobre ella...»

—Esta es también la frase de Mahoma, cuando dice que vale más la tinta del sabio que la sangre del mártir; pero detengámonos aquí, que la hora de almorzar ha llegado y el aire del campo ha despertado con exceso el apetito —terminó el doctor—. Después de los postres continuaremos, que lo mejor de *el ario del monte* queda por decir.

Y echando pie a tierra todos a orillas de un delicioso arroyuelo que corría transparente entre adelfas y lentiscos, devoramos más que comimos las provisiones que Torres, el «director de la Intendencia», había almacenado espléndido.

CAPÍTULO VI

UNA ASIGNATURA OCULTISTA

El jina Casas de Hermes.—Lo que contaron de él Torres y Cotta.—Una familia misteriosa de Morón.—El maelstron astral de la cueva de Benaoján.—Lo que vió en el cerro de Salomón el número de Iripo.—Emilio Carrére y su espeluznante relato jina.—Un yogui moderno.—Lo que pudo ser y no fué el Concilio de Trento.—León Castro, la Inquisición y el P. Mariana.—San Gines, un Buddha cristiano, y Santa Brígida.—Maravilloso sello en la Biblioteca de El Escorial.—Infinito, igual cinco.—¡La mente del hombre es infinita!

—Doctor—dijo Montalvo al arrancar de nuevo el faetón, después de nuestra grata merienda—, antes de que continuéis, ¿seriais tan bondadoso que me aclaraseis un concepto de vuestra hermosa disertación? Habéis dicho que *el ario del monte* sólo anhelaba que le dejasen tranquilo en su Peña de Alhájjar, con sus libros, sus meditaciones y las inspiraciones que acaso recibía de los *jinas* en dicha gruta y en la entonces desconocida *de las maravillas*...

—Igual duda se me ocurrió a mí—añadió Cotta—, pero no quise formularla porque venía un *jina* con nosotros.

—¡Esta es buena!—exclamamos todos.

—Sí, el *jina* Hermógenes Casas o *Casas de Hermes*—continuó impávido Cotta—, ese mismo que ahora, en sustitución de Torres, charla alegre con nuestro auriga.

—Explicaos, Cotta, explicaos.

—Con el mayor gusto—continuó bajando la voz el gran *Rodrigo*—, porque habéis de saber que ese muchachote sano, guapo, robusto y de largas orejas que nos acompaña por mera devoción al doctor, tiene en su familia, según él me ha referido varias veces, algunas particularidades muy extrañas de verdadero *jina*, tal y como nuestro cronista nos los ha descrito en su libro *De gentes del otro mundo*.

—¡Cáspita!—exclamé, saltando sobre el asiento.

—Sí, todos los ascendientes de Hermógenes, mineros por derecho

propio, que decía el senador de la comarca, eran verdaderos *jinas*. El primero de sus antecesores de que hay memoria en Morón y en toda la Serranía de Ronda, fué un extranjero, una especie de Conde de Saint Germain, venido no se sabe de dónde, quien apareció por primera vez entre el personal de unas minas de platino y hierro magnífico que se empezaron a laborear hace años en lo más recóndito del enorme pinar vecino a *IO-PO* e *IRI-PO*, es decir, de Coripe y Algámitas o *Argámitas* de dicha serranía, que hace el frente a la vecina Africa y a las históricas *columnas de Hércules*. Como las minas fracasaron, como fracasan todos los buenos negocios mineros, por las codicias de los consocios, unos con otros, el hombre se estableció en Morón o *Moriam*, como él, sin saberse por qué, decía, dedicándose a la enseñanza de niños y jóvenes con un provecho grande y una abnegación sin límites. Conocía el extranjero a fondo el entonces naciente espiritismo, aunque no se sabe que lo practicase nunca, y muchas veces trabajaba en el campo en beneficio de los pobres, y aun se agrega que gozaba de una disimulada clarividencia y otros poderes curativos, por cuanto cierta vez vino a consultarle una pobre mujer forastera con una joven a quien aquejaban terribles ataques histero-epilépticos, y al punto la dijo a aquélla que cuidase de curarle el alma antes que el cuerpo para que el chico no tuviera el mismo triste sino que su padre había tenido. En efecto, el joven se ahorcó de allí a pocos días, y se supo después en Morón que el padre se había ahorcado también años hacía, por disgustos que le dieran la mujer y el hijo.

—Todo eso es cierto—confirmó Torres, *el de Morón*—; yo también lo he oído, y en cuanto al padre de nuestro *jina*, que vivía siempre bajo tierra, es fama que no había buscador de minas más experto en cien leguas a la redonda, como que los ingleses de la *Tharsis* y otras Compañías le pagaban espléndidos sueldos ora para que les encontrase yacimientos nuevos ora para que tornase a hallar las capas y filones por las fallas mineras perdidos, y se cuenta también, según él mismo nos ha confirmado a varios íntimos, que en una ruinosa mina fenicia, no lejos de Benoján o *Ben-jain*, había seguido largo trecho por una tenue lucecita fosfórica que le iba guiando en aquel laberinto. Otra vez, buceando por una falla en el clásico *cerro de Salomón*, en Huelva, se había caído por la cortadura a unos sesenta metros de profundidad, y cuando volvió en sí del aturdimiento de un golpe que no fué mortal por verdadero milagro, vió luz por la oquedad adentro y, al asomarse lleno de curiosidad, vió en torno de la lucecita una media docena *de hombres que no eran hombres*, quienes, al sentirse descubiertos, desaparecieron «como nieblas que se esfuman bajo los rayos del

sol», al par que se alejaba la luz. Retornando más tarde con su cuadrilla a la grieta, en el sitio de los *jinas* aquellos, hallaron monedas, herramientas y cacharros ibérico-fenicios en prodigiosa cantidad, amén un cofrecito lleno de estatuillas de oro que se llevaron los ingleses.

—¡Me asombráis, buen Torres!—interrumpió Cotta—; porque días pasados el misteriosísimo Emilio Carrére me contó, concordando con vuestro relato, la siguiente historia (1): «Un ingeniero de Montes conocido mío, que actualmente vive en Madrid, fué llevado por su profesión a un terreno abrupto, lleno de profundas ruinas. Le acompañaban varios obreros y algunos vecinos del pueblo cercano. Llegaron a una cueva que en el país tenía una leyenda de superstición, y el ingeniero quiso bajar a conocer por sí mismo aquel enigma. Un aldeano le advirtió que ninguno de los que bajaron volvió a subir. El ingeniero sonrió escéptico; se ató una cuerda a la cintura, y provisto de una gran linterna, descendió. Al cabo de cinco minutos, desesperados tirones de la maroma advirtieron a los de arriba que el explorador pedía auxilio. Le ascendieron rápidamente y el ingeniero apareció pálido, con los ojos enloquecidos de terror y erizado el cabello. Preguntáronle qué cosa había visto, y con muestras de un espanto extrahumano, se negó a responder.—«¡Es horrible lo que he visto, pero no puedo decir nada! ¡Sería fatal para mí!»—Un obrero de espíritu bien templado se burlaba del pánico de su jefe, y solicitó bajar para comprobar tan horripilante extraño espectáculo. No pudieron disuadirle y bajó al fondo de la cueva. Pocos instantes pasaron cuando los de la superficie sintieron violentos sacudimientos de la cuerda. Extrajeron al obrero, y, horrorizados, vieron que estaba ciego y mudo. ¡No volvería a ver lo que vió, ni podría contar lo que había visto! Todos le rogaron que escribiese lo que le había sucedido y él se negó con violentas sacudidas de cabeza. ¿Qué es lo que había visto en aquella cueva? ¿Sería acaso el palacio encantado, la guarida tenebrosa de un *jina* feroz y vengativo?...

—Puedo añadir—continuó Torres—que el joven *Casas de Hermes* ha heredado todas aquellas cualidades de familia, y así, enredando de *monago* en los desvanes más recónditos de la iglesia del pueblo, tropezó con un precioso manuscrito en tres legajos, conteniendo la historia toda de Morón, con los verdaderos orígenes fenicios de las gentes de la región, y los yacimientos de oro y plata explotados por ellos, entró con unos cuantos atrevidos en las cuevas, no sé si de Morón o de Lituergo, hasta allí donde

(1) Reproducida después por el insigne escritor en la revista *Nuevo Mundo* de 8 de febrero de 1918.

el lago subterráneo corta el paso a los profanos indiscretos. Al médico del pueblo, gran escéptico como buen médico, se le metió en la cabeza el navegar lago adentro en un barquichuelo en unión de otros dos parientes del jina, y es fama que llegaron a un punto en que, retenidos por una fascinación magnética y como por un torbellino de aguas, quedaron inmóviles, con el barco clavado. No había fuerzas humanas que le hiciesen navegar adelante ni atrás, hasta que el joven jina, con sorpresa de los otros tres, más fuertes que él, dió una vigorosa remada que arrancó al barquito de su encanto. El médico sufrió grandes crisis nerviosas y murió al poco tiempo, sin saberse de qué enfermedad. Para terminar, en fin, con esta familia tan jina y tan extraordinaria, diré que el padre de Hermógenes, después de las aventuras referidas y de otras mil a cual más maravillosas, se retiró a las sierras de Aracena, donde hizo una vida ascética, muriendo, en opinión de un efectivo santo, una de cuyas penitencias era la de ponerse en cruz y boca abajo como un yoguí, al habla quizá también, como del Maestro Arias Montano decía hace poco el doctor, con esos superhombres o lo que sean, secreto encanto de estos rincones de misterios hacia los que sin saber por qué, caminamos, y sobre los que nuestros sabios nos podrán decir sin duda mucho más.

—No sé lo que puedo ni lo que debo decir—replicó el doctor con modestia—. Sólo sí sé que renuncio a daros respecto del polígrafo extremeño los detalles que más por extenso podéis ver en el *Elogio* que le consagra la monografía de González Carvajal, tomo séptimo de las Memorias de la Real Academia de la Historia; en las obras de Gorris, su biógrafo, en 1842, y en la cuanto inconmensurable obra *Bibliotheca hispalensis vetus* de Nicolás Antonio y en las citadas de Menéndez Pelayo. En resumen, que nos encontramos con las siguientes cosas, tan peregrinas como incontrovertibles. La primera, que el sacerdote que en San Marcos de León vistió el hábito de Santiago, que el rey de nuestros escriturarios, corrector de las versiones bíblicas interlineables de Alfonso de Zamora, Pedro Ciruelo y Santos Pagnino; el Salomón de España, en fin, fué al Concilio de Trento, donde, si bien fué oído con asombro, yo os aseguro que no fué entendido ni atendido, porque al serlo él, a aquel otro ocultista y alquimista, discípulo de Paracelso y Tomás de Aquino, que también fué, muy otros habrían sido los cánones emanados de tal Concilio. Segundo, que el autor de la maravillosa, de la inaudita versión de la Biblia en hebreo, griego, latín y castellano, conocida por *La poliglota de Anveres*, volviendo del revés la *Vulgata de los Setenta*; la *Biblia* de Vatablo y tantas otras tenidas hasta entonces por intangibles y que culminaron en la *Poliglota de Cisneros*,

fué llevado a la Inquisición por el bilioso León de Castro, como fray Luis y como todos los demás rebeldes gloriosos de la época, tras los cuales, como dice el Padre Villalba, acaba por aparecer siempre Arias Montano, con su más o menos encubierto judaísmo, que no era en verdad sino ocultismo y cábalas, los más sublimes, o sea, «la Matemática, Esfera (Astrología) y otras mil buenas artes», con las que, al decir de las *Memorias sepulcrales del Real Monasterio*, simultaneaba nuestro polígrafo sus lecciones de griego y latín. Si a esto agregáis que tradujo del latín el misterioso e inestudiado *Itinerario de Benjamín de Tudela*; que fué el maestro del gran extremeño fray Pedro de Valencia, célebre por su *Discurso sobre las brujas y otras cosas tocantes a la Magia*, y que su predilecto lo fué San Ginés, asceta fundador, el *santo jina* que, según la *leyenda dorada* se alimentó en su cueva largos años, como Gautam el Buddha «con la leche de la vaca o de la cierva», y cuyo *cerro de San Ginés* se alza junto a los de Aracena y Alhájjar, comprenderéis que, puesto así ya en la pista, no podía ya por nada ni por nadie dejar de seguir el hilo ocultista que de tan inopinada manera se me había venido a las manos.

—¡Qué asombro, qué maravilla!—exclamó arrobado el presidente—. Pero, ¿cómo sabéis esto de sus preferencias por aquel Budha cristiano, fundador de los primeros monasterios medioevales?

—Entre otras cosas, porque el San Ginés de Aracena fué traído del extranjero y regalado por el polígrafo, y también, según la historia local, la imagen de *Santa Brígida*, es decir, algo relacionada con la Brígida de la sabiduría y del *cauldron de Dagda*, *caldera de Pedro el botero*, como ha estampado nuestro cronista en el capítulo relativo a los Tuatha de Danand jainos, en *De gentes del otro mundo*. Es más, no se limitó «el ario del monte» a traer, se dice, a traerse desde Alemania las dichas efigies bizantinas *San Ginés o Jinés y Santa Brígida*, sino que, para perpetua memoria de las edades, selló de un modo indeleble y cabalístico, ¡asombroso!, los primeros libros ocultistas del Monasterio de El Escorial, que antes estaban en lugar muy reservado de la cámara del rey, «de aquel demonio del Mediodía», al decir de su rival la reina Isabel de Inglaterra, de aquel carácter de admirable energética que se llamó Don Felipe II, quien, bueno o malo, que de todo tuvo aquella gloria española, era un ocultista también, a su manera, pero quien, con su efectivo cariño hacia el polígrafo, le causó los mayores perjuicios impidiéndole o retardándole con comisiones de segundo orden el verdadero cumplimiento de su misión reformadora en un siglo como aquel, en que todo renacía gracias a la ciencia y al tan desnaturalizado librepensamiento moderno. Como ocultista superior, en fin, que era, desa-

fió rigores inquisitoriales, ora manifiestos, como los de León de Castro, ora peores por solapados, como los del fallo del padre Mariana, quien, aparentando quitar la razón a Castro, no hizo sino algo peor, meter el puñal hasta el pomo en el atribulado pecho del bendito *Benedicto*, cuando éste, como Job, clamaba al rey: «o Vuestra Majestad me echa del reino, o Dios me echará de él y de la vida».

—¡Un sello ocultista, y en los libros primeros de la Biblioteca de El Escorial! ¿Qué es esto?—exclamamos todos.

—Un sello ocultista, sí; un sello que cualquiera puede ver hoy en El Escorial, consultando uno de estos venerandos libros; una signatura que yo he visto más de una vez, sin parar mientes en ello, hasta que la lectura de la antedicha obra del padre Villalba me lo reveló, sin él saberlo tampoco. Léfa yo, en efecto, en la hermosa obra acerca de la *Historia del Rey de reyes*, página 105, lo que sigue:

«El padre fray Juan de San Jerónimo, primer bibliotecario de El Escorial, dice en sus *Memorias*:

«En primero de Marzo de 1577 años por mandato del Rey Nuestro Señor vino a este monasterio el doctor Benedicto Arias Montano, capellán de su Magestad y comendador de la Orden de Santiago, etc., a visitar, expurgar y ordenar la librería Real de San Lorenzo, como persona que tiene las partes necesarias para empresa tan principal y de tanta confianza como es ésta. Y las cosas que concurrieron en este doctor fueron el ser muy buen letrado y gran teólogo, y muy visto en todo género de ciencias y lenguas hebrea y caldea, griega y latina, siríaca y arábica, alemana, francesa y flamenca, toscana, portuguesa y castellana, y todas las sabía y entendía como si en estas naciones se hubiera criado. Este doctor fué el que, por mandato de su Magestad el rey Don Felipe Nuestro Señor, fué a Flandes a imprimir la Biblia Regia de cinco lenguas, en Amberes, por Plantino impresor, como se entenderá por ella y por los prólogos que allí escribió... El fundamento y principio, pues, de aquella fué de la misma librería del rey Don Felipe segundo. Guardé yo un índice de sus libros, y tenemosle ahora en la librería, como prenda importante en que de su misma mano están rayados y notados los libros que nos iba dando al principio, donde, entre otras cosas que va notando en las primeras hojas blancas, dice así: «Los libros de mano y de más importancia por lo que en ellos se verá, que se enviaron a San Lorenzo para que allí los tengan a gran recado en la sacristía con las cosas más preciosas, están señalados en la margen primera del catálogo con esta señal ∞ = 5.»

Esta signatura a que alude aquel primer bibliotecario está corroborada

por la propia observación del padre Villalba, quien, al lamentarse de que no se encuentre hoy ni rastro de la clasificación por lenguas y facultades que hizo Arias Montano de la primitiva biblioteca de El Escorial, añade estas sugestivas palabras:

«Sin embargo, fruto innegable de la dirección de Arias Montano... es el *Catálogo de los libros escritos a mano por mandato de su Magestad*, año de 1577 (1). En este catálogo, que tiene huellas de haber sido tocado ligeramente por las llamas del incendio grande que tan enormes daños causó en esta Biblioteca, parecen verse entre otras correcciones y añadiduras de la propia mano de Montano... Otra cosa se nota en este catálogo, y es que aparecen señales semejantes a las que Sigüenza refiere tener el catálogo de Felipe II.»

—Bien—dijo Peinado, cuando hubo leído estos párrafos en los apuntes del doctor—, mas perdonadme si en mi ignorancia no veo nada que se parezca a una signatura ocultista en ese ocho tendido y ese cinco separados por dos rayitas...

—¡Porque sois tan mal matemático como buen teósofo y mejor amigo!—contestóle sonriente el sabio doctor—. Veamos si no, si a nuestro Cotta le ocurre lo mismo.

Cotta miró inteligentemente el papel con sus vivos ojos, a través de sus *impasibles quevedos analíticos*, como decía Torres. Mas al punto el papel se le fué de las manos, los lentes se le cayeron y quedó pálido de emoción.

—¡Oh, prodigio de prodigios!—exclamó fuera de sí, abrazando al doctor hasta estrujarle—. Sí, no cabe duda, un ocho tendido e igualado a un cinco, lo que da leído literalmente: «*infinito igual cinco*», es decir, el infinito igual a la *pentalfa*, a la estrella de las cinco puntas o pentágono regular estrellado que detuvo a Mefistófeles cuando acudió a la evocación brujesca del doctor Fausto...

—Lo que quiere decir, en fin, al modo hebraico—terminó el doctor solemnemente—, leyendo de derecha a izquierda: ¡LA MENTE ES INFINITA!

Todos nos quedamos paralizados de asombro. Tras una pausa augusta en que sólo se oía el manso ruido de las ruedas del coche como si navegase por la removida carretera, nos miramos recíprocamente no sabiendo qué decir, pues siempre las emociones inefables fueron mudas.

Nuestras miradas, sin embargo, eran todo un poema.

(1) Biblioteca de El Escorial: Ms. Xj-17. Este catálogo, según la citada obra del padre Villalba, ha tenido las signaturas D-VII-5 y V-H-5.

CAPITULO VII

UN AMIGO NUEVO

Alrededores de Valdezufre.—Un sacerdote culto.—La Arcilasis de los túrdulos y la Darbacer mahometana.—La Tebaida onuba-hispalensis y su numen tutelar.—«Hiç est stupor mundi».—Cuál fué la patria del gran polígrafo.—Opiniones de Méndez Bejarano.—El escritor Nogales y sor María de la Trinidad.—San Blas, patrono de Aracena.—Las hermandades de San Blas como restos de instituciones pitagóricas.—Frente a la fuente Zulema.

Embebidos en la evocación del prodigioso Arias Montano, tan de mano maestra hecha por el doctor, casi no nos habíamos dado cuenta del camino recorrido entre encinares y alcornoques a lo largo de aquella típica carretera de las faldas de Sierra Morena.

Atrás quedaban, sin que le hubiéramos consagrado una mirada casi, el Castillo de las Guardas; «la encina del ahorcado», célebre porque en ella se ahorcó un clérigo después de matar a otro, caso tristísimo que aquel mismo año se había reproducido en la propia iglesia de mi pueblo; el Puerto Alto, derivado de la sierra del padre Caro, frente a los Chaparrales, que hacen la divisoria de Sevilla con Huelva por aquella parte siempre al Oeste del ferrocarril minero de la Ribera de Huelva, río que recoge todos los afluentes que median entre Aracena y las sierras de Gandul y de Tudía, que por el Norte y por el Este separan aquéllos de las sierras de Fregenal, la patria del Maestro. Los riachuelos que habíamos cruzado no eran ya afluentes de la Ribera de Huelva, sino de Riva-Seca que, camino del río Odiel, descienden de la sierra de Aracena. También quedaban atrás *El Rincón, La Higuera y La Umbria*, cuando, apenas repuestos de la impresión que dejara en nuestras almas aquel cabalístico «*infinito igual a cinco*», dábamos un último descanso a los caballos, bajando a desentumecer las piernas en las poéticas alamedas de Valdezufre.

En ellas, con su libro de rezo en la mano, paseaba un sacerdote joven, gallardo, gran amigo del doctor, quien, así que le vió, le hizo subir a nues-

tro coche para ahorrarle una hora más de espera al correo de Sevilla para Aracena.

—Joven jina—dijo festiva y cariñosamente el doctor a Casas así que volvimos al faetón—, tened la bondad de continuar en la delantera con Torres. Un sér astral de los de su clase no debe ir donde va un sacerdote—jo a la inversa!—replicó no menos festivo el jina ganando el pescante de un salto y ostigando a los caballos, que ya podían hacer pocos milagros, según lo fatigados que iban.

El recién venido era un sér muy simpático, docto e inteligente que, por un don especial de gentes nada difícil de hallar todavía entre el clero español, dígase lo que se quiera, parecía ser un antiguo conocido de todos nosotros, y, como acontece siempre que se hace el bien por el bien mismo, por encima de pasiones e ideas, a la postre hubimos de ser nosotros los favorecidos con la compañía del buen sacerdote, quien, a lo largo de aquel austero pero hermoso camino, nos enseñó, respecto del berberismo y encantado rincón aracense, todo cuanto podíamos apeteecer, pues que tenía puntas y ribetes el padre de escritor y aun de poeta, como lo había demostrado recientemente en la revista *El Distrito*, con su estudio *Retazos históricos de Aracena*.

—Aracena, cabeza de las diez y ocho aldeas del principado de su nombre—nos dijo—, es la antigua *Arcilacis* de los túrdulos, que Estrabón cita en su *Geografía antigua*; la *Darbacer* o *Dar-hacer* mahometana de Amador de los Ríos. Según viejas crónicas que en mis manos he tenido, en ella vivió y murió en los primeros tiempos godos aquel prodigioso asceta de la Beturia que se llamó San Víctor, de quien conserva sus restos la ermita de San Jerónimo.

—Según eso—observó Cotta—este retiro delicioso, esta Tebaida onuba-hispalense-extremeña es un país de ascetas, puesto que aquí vivió también como un asceta a fines del siglo XVI el sapientísimo Arias Montano.

—Sí—agregó el doctor—, y según va este mundo con sus guerras, odios y miserias, aquí nos tendremos que venir a refugiar también nosotros.

—Así es la verdad—respondió el sacerdote—, y ya que habéis nombrado al Salomón extremeño, os diré que uno de mis trabajos publicados en la revista aracense de que antes me hablabais, lo consagré al gran políglota, que es algo así como un numen tutelar de esta comarca toda, desde aquel ya remoto día en que, enamorado de estas agrestes soledades, entonces mucho más hermosas que hoy lo son, por talas, descuajes y sequias, el sabio se refugió en Aracena y creó en la iglesia carmelita de San Pedro

una cátedra de latinidad, dotándola de bienes propios. Perdidas hoy dichas rentas, sólo queda una casa en la calle que lleva el nombre del fundador, donde yo doy aún lecciones gratuitas en memoria de aquel de quien pudo decirse como en el epitafio del Abulense: *hic est stupor mundi qui scibile discutit omne*, aquí yace el asombro del mundo que supo cuanto hay que saber, pues que en Arias Montano, según la epístola que le dirigió Justo Lipsio, se hallaban juntas todas las ciencias que, divididas, se hacen admirar en los demás hombres.

No hay que decir si con semejante manera de expresarse el buen páter se ganó todas nuestras simpatías. Ello, además, nos permitió anudar el hilo de nuestra anterior conversación.

—Ante todo, y con permiso de nuestro extremeño cronista—me dijo Cotta, dándome una cariñosa palmada en el hombro—, como sevillano, yo siempre he tenido por paisano mío al prodigioso don Benito.

—Aunque la Patria mía está por encima de la que hoy se ha dado en llamar *patria chica*, todo lo que la Raza y la Humanidad están por encima de la patria misma, yo nunca he dudado de lo contrario, o sea de que nuestro sabio, como hijo de Fregenal de la Sierra, fué paisano mío y no vuestro, Cotta querido—respondí.

—Creo que ganáis el pleito—me dijo el buen párroco—, porque parece definido y cierto que Arias Montano recibió el bautismo de manos del presbítero Ruiz González Granero, en la iglesia de Santa Catalina, de Fregenal (Badajoz), pero también es muy cierto que Aracena le recibió como a un hijo, y en la Peña de los Angeles, de esta feligresía, según Rodrigo Silva, quiso retirarse del mundo; pero no han faltado críticos que disputen a Fregenal tamaño honor.

—Uno de estos críticos, y por cierto de los más cultos, imparciales y amables—dijo terciando el doctor—, es mi gran amigo y paisano el catedrático de Literatura e Historia Literaria, del Cardenal Cisneros, de Madrid, el genial Mario Méndez Bejarano, quien días pasados me decía categóricamente: «La fe de bautismo que inserta Pons en su obra no es la de Arias Montano, pues está fechada en 12 de noviembre de 1531, y, constando por el testamento de Arias Montano que falleció de setenta y un años de edad, o sea en el 1598, tuvo que nacer en 1527. Además, dice la citada fe: «Baptice a Benito, hijo de Juan Arias Montano»; pero debe saberse que ni el «Benito Arias» de la partida, ni su padre, llevaron nunca el apellido «Montano», sino que él se lo añadió por alusión a la Sierra de su retiro aracense. Puede ser, por tanto, que no hallándose la verdadera fe de bautismo, se añadiese a otra partida el nombre de Montano para hacerla pa-

sar por legítima, superchería ya puesta en práctica con Cervantes y otros hombres ilustres, pues parece ser, además, que, según la tradición sevillana, nació en la calle del Caño, perteneciente a la parroquia de Santa Catalina, en casa de muy humilde aspecto.» En cuanto a la muerte del sabio, me decía también el gran sevillano Mario Méndez: «El polígrafo extremeño no pasó a mejor vida el 6 de junio de 1598, como dicen algunos biógrafos, ni menos en el convento de Santiago, según afirman los anales del insigne Ortiz de Zúñiga. Su tránsito ocurrió el 6 de julio; que ello no pudo ser el 6 de junio lo prueba el que su testamento, escrito y firmado de su mano, está fechado en la casa del *Campo de las flores*, a 28 de junio de 1598, según consta en la diligencia de apertura del testamento del mismo día. Tampoco es exacto, en fin, que muriera en el convento, porque fray Luis José de Ubreval, monje archivero de la Cartuja de Sevilla, también llamado José Santamaría de las Cuevas, gran amigo de Arias Montano, que solía ir con frecuencia a la Cartuja, escribió con cargo al documento, de los que se enviaron copias certificadas a la biblioteca de los duques de Osuna: «El dicho padre prior—el del convento de Santiago de los Caballeros, donde se asegura que murió—ordenó se trajese el dicho testamento cerrado a la posada de esta ciudad, donde el dicho Arias Montano falleció, que son las casas de doña Ana Núñez Pérez, y la que vido muerto al dicho Arias Montano.» Esto revela que todo está oscuro respecto del nacimiento, de la muerte del polígrafo y aun con su testamento mismo, que, no sé por qué, me sabe a apócrifo como tantos otros...

—Convengo con usted, doctor—dijo el sacerdote—, en que en todas estas cosas hay no poco que aclarar. Yo tengo en la parroquia un curioso libro que os mostraré, pues que en él se hace alguna referencia al polígrafo.

—¿Es acaso el libro del que habló José Nogales, mi queridísimo cronista aracense de *El Liberal* y laureado autor del cuento *Las tres cosas del tío Juan?*—pregunté.

—El mismo.

—¿Y se habla en él de una gran vidente, de sor María de la Santísima Trinidad, fundadora de las Dominicas descalzas de Aracena?

—No, ese es otro libro impreso, publicado en mil seiscientos setenta y uno por fray Antonio de Lorca. Anticipándome a la lectura de este último, os diré que la venerable sor María fué hija de don Juan Payá y doña Juana Valera, y se casó en el palacio de los duques de Béjar. Por cierto que por ella fué elegido San Blas patrono de Aracena en circunstancias tan raras que merecen recordación.

—Decídnoslas si no os molesta—suplicamos todos.

—Parece extraño—continuó el párroco—que contando Aracena con santos propios no los tuviese en cuenta cuando se trató de la elección de San Blas como patrono, cuando tenía a San Víctor, el esclarecido asceta y ermitaño ya dicho, que tan célebre fué en toda la Beturia y provincias limítrofes. Fué ello cuando la peste de Sevilla, por los años de mil seiscientos cincuenta. Vivamente impresionada la vidente sor María ante aquellos horrores, que tenían hecha de la gran ciudad un cementerio, pidió fervientemente a Dios que cesase el azote, y entonces fué, se dice, cuando se le apareció San Blas, el abogado contra la peste, prometiéndoselo, como así acaeció al punto entre el asombro de todos. Celébrase en Aracena, desde entonces, la fiesta de San Blas con iluminaciones y danzas primitivas.

—Es cosa bien singular esta de San Blas—observé cuando el buen *páter* hubo concluído—, porque en mi pueblo, y probablemente en todos los de Extremadura, existió hasta fines del siglo pasado la *hermandad de San Blas*, que era una especie de fraternidad civil, Sociedad por el estilo de los *maister singer* de Nuremberg, inmortalizados por Wágner, dirigida por un *hermano regla*, símbolo de la ley misma, puesto que no tenía constituciones escritas; que celebraban verdaderas orgías a estilo de los viejos pitagóricos, y autos sacramentales como los de los orígenes de nuestro teatro, que eran asimismo el criadero de los poetas más o menos pedestres del pueblo, y que, en lo exotérico como en lo esotérico, era discípula de Baco y de las Musas.

—¡Ah, de esas hermandades yo le podría decir mucho!—me replicó el párroco—. Pero no es ahora el momento adecuado, porque henos ya en la calle del gran José Nogales, de la preclara villa de Aracena.

En efecto, el carruaje penetraba a la sazón por una alegre calle de blancos edificios, saltando por el limpiísimo empedrado de mármol, cuarzo y pizarra, y deteniéndose en *La Británica*, la fonda principal del pueblo, junto a una hermosa plaza con la estatua del filántropo Julián Romero de la Osa, y no lejos de una fuente antigua todo añoranzas y poesía, la *Fuente de Zulema*, de la leyenda de Nogales.

CAPITULO VIII

TEMPLARIOS DEL SIGLO VEINTE

La ciudad del Ideal.—Por las calles de Aracena.—La calzada del Castillo.—El priorato aracenenense.—¡Sin polvo y sin humo!—Recuerdos del Temple.—La estatua yacente del Maestre.—Panoramas mágicos de la Ribera de Huelva y las fuentes del Tinto y del Odiel.—Una cumbre, ¡cumbre!—El cerro de San Ginés y la leyenda dorada del asceta.—La gacela de Visishtá y la iniciación de Krishna.—Una forma nueva de una Religión eterna.

«Muchas puertas llevan a la encantada ciudad de la Fantasía: no nos empeñemos, pues, en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu», ha dicho Menéndez Pelayo en sus *Estudios de crítica literaria*, al ocuparse de Enrique Heine, pero pocas puertas hay que conduzcan a aquella encantada ciudad mejores que estas modernas poblaciones españolas perdidas en los rincones más recónditos de la península, ciudades donde, como no llega el ferrocarril, no suele llegar tampoco el turista, o si llega es arrellanado en los almohadones de un *loco* automóvil, cuando semejantes lugares, cunas de razas, templos de nuestros mayores, archivos de nuestras glorias, retiro escondido de mágicos secretos de un ayer ignorado, debieran ser recorridos a pie y sombrero en mano, como se recorren los santuarios y los museos.

Esta idea pasaba por la mente de todos nosotros al recorrer las calles de la olvidada Aracena, desde los palacios de los Valladares y del obispo Moya, llenos de tesoros del Renacimiento, hasta sus vetustos templos, sus amplios casinos y su Ayuntamiento, de estilo mudéjar... ¡Oh, las calles empedradas, solitarias y limpias de esas ciudades dormidas cabe sus glorias, donde, sobre el verdín y el césped de entre las losas, resuenan como en tumba las pisadas del viajero, mientras las gentes asoman curiosas a las puertas para ver las *facies* del forastero, y al punto se retiran cautelosas temiendo que el forastero sea el recaudador de los apremios de la contribución o el ingeniero que va a allanarles su tradicional guarida para tal o cual obra pública inventada por la perfidia macabra del cacique enemigo!...

La morisca Aracena, cabeza de las 18 aldeas del principado de su nombre, sede con jurisdicción inquisitorial, real y eclesiástica, gentil priorato de los caballeros del Temple, más berebere que árabe, cual todas sus congéneres, desde Elvas, Estremoz y Borba, portuguesas, hasta Coria, Placencia, Cáceres y Trujillo, tan portuguesas como españolas, se desarrolla ba alegre y apiñadísima por las faldas de la colina, en cuya cumbre descuellera el castillo templario en cuya busca íbamos.

Por un empedrado de mármol negro más bien que de pizarra micácea, que me recordaba el basalto de la isla de Madera con el que se empiedran pueblos, donde el polvo es desconocido; por una calle en cuesta, con casas más limpias que el jaspe—cosa que en la metrópoli de los mármoles más hermosos no puede saber a metáfora—nos fuimos acercando al castillo, sin volver la vista atrás para mejor gozar luego del panorama de la altura. Al doblar el último recodo de la vieja calzada de subida afrontamos con una Giralda de Sevilla en miniatura. Era la torre almohade del siglo XII, sobre la que durante casi dos siglos tremoló potente el estandarte blanco y negro de los *Caballeros de la Tau*; los templarios incomprendidos, los del *domini mihi custos et ego disperdo inimicus meus*, hasta el día de su extinción, más aparente que real, por el papa Clemente V en el concilio de Viena.

Cabe la torre se abrieron bien pronto ante nosotros la Puerta de la Epístola de la iglesia del Castillejo y los arcos ojivales ligeramente apuntados del recinto. Una admirable estatua yacente en barro cocido y vidriado del prior don Pedro Vázquez nos miraba con sus ojos de juez y sus mejillas de asceta, pareciendo interrogarnos acerca de nuestros propósitos de indignos templarios del vigésimo siglo, que, émulos de las glorias de aquellos otros, queríamos revivir, al menos, en nuestros corazones de novicios, los misteriosos recuerdos suyos acerca de «la ciencia de los dioses», o séase Teosofía, que ellos conocieron a maravilla. Por aquel barro vidriado de Triana parece que se han ofrecido más de doscientas mil pesetas.

Desde lo alto de los muralloes restaurados por orden de los Reyes Católicos al incautarse del priorato, nuestro ya inseparable amigo el párroco nos describió, como sobre un mapa, el mágico panorama que se abarca desde aquella altura.

—Las sierras de Aracena, de las que forma parte esta colina histórica y aislada—nos dijo—, son típicas por constituir la divisoria de cuatro ríos: la Ribera de Huelva, que allá por el Este se dibuja, camino de los llanos de Sevilla; las torrenteras de ahí abajo que han de formar más allá al

Tinto y al Odiel, y las otras dos cuencas del Chanza y el Múrtiga hispano-portugueses, que, por Occidente, nos ocultan las alturas de Alájar y Rolvedo. Esto es, pues, al par, Portugal y España; Sevilla, Huelva y Extremadura, hasta el punto de que cinco gotas de agua caídas en la cumbre vecina a Aguafrías y al Castaño del Romero, pueden ir a cinco ríos y a dos naciones distintas, como la mitad de las aguas que corren por los dos costados de la silla de caballo en la que se asienta el pueblo van a Huelva y la otra mitad a Sevilla.

—Estamos, pues, en una cumbre, *cumbre*—dijo Montalvo, entusiasmado—. Algo semejante, aunque en mayor escala, he visto en el macizo central andino de Bolivia o las cresterías del sur de Colombia, de las que arrancan hacia el Norte los poderosos ríos Cauca y Magdalena por un lado, y media docena de afluentes inmensos del Marañón y el Amazonas, por otro.

—Sí, en el mundo lo grande y lo pequeño siguen la misma ley, porque en el átomo como en el astro está el espíritu de la Divinidad—añadió respetuoso el párroco—. Ahí tenéis también por el Sur las sierras del Padre Caro; la cumbre del Cerro Salomón y toda la Campana de Huelva, enlazándose al Oeste con los llanos Orullo y San Bartolomé; el monte de la India; la Fuente de Oro; el castillo y la cueva de la Mora, y las antiquísimas termas de Almonáster la Real, donde creo os debéis dirigir después que hayáis visitado Alájar y su Peña de Arias Montano, que, no lejos del cerro de San Ginés, se dibuja ahí enfrente por donde el sol, en estos momentos, declina. Hacia el Norte se columbran, más que se ven, las alturas vecinas a Fregenal y a los valles de Fuente-heridos, Navahermosa y Cortelazor, donde empieza la ribera de Huelva, que cierra todo el Este, allende la carretera que habéis traído desde el Castillo de las Guardas, y aquende, aquella serranía del Gandul.

—¿Cómo decís que se llama ese cerro frontero hacia la mitad de la carretera de Aracena a Alájar, que mañana vamos a recorrer?

—Es, como veis, la más alta de cuantas circundan a Aracena. Sobre su cumbre se alzó en tiempos el antiquísimo santuario de Santa Brigida, pero el tal santuario tomó el nombre de *San Ginés de la Torre*, desde el día en que Arias Montano regaló al templo, como ya os dije, una hermosa escultura gótica de San Ginés, no sé si traída de Alemania, y la misma que acabáis de admirar en la iglesia del Castillo. Sin duda una magnífica afinidad de gustos, cuanto de virtudes, ligó siempre al asceta de nuestra Peña con aquel noble fundador que, según el santoral de nuestra Madre la Iglesia, se encontró en el bosque virgen del Ródano al ermitaño

Veredín, y, muerto este maestro suyo, se retiró a una cueva en lo más enmarañado de la selva, donde es fama que una cierva o hembra de gamo venía diariamente a amamantarle, hasta el día en que, perseguido el animal por los monteros del rey Childeberto, se refugió en la cueva donde nadie, perros ni ojeadores, se atrevieron a penetrar, contenidos por una fuerza invisible, pero uno de éstos disparó una flecha a la ventura hacia el matorral hiriendo al santo asceta, en el que hirió simbólicamente a la Verdad Sagrada, como nosotros, con nuestros pecados, la herimos...

—¡Padre!—dijo el doctor con patético acento—, vuestras evangélicas palabras me traen a la memoria un pasaje del libro de Schuré acerca de *Los grandes iniciados*, y, puesto que sois tolerante, a fuer de bueno, le recitaré con vuestro permiso.

—Podéis hacerlo—replicó suavemente el sacerdote.

—Se refiere a la iniciación de Krishna, y dice así: «Entre tanto el rey Kansa, al saber que su hermana Devaki había vivido como anacoreta, sin poderla descubrir, empezó a perseguir a los demás anacoretas como a bestias feroces, teniendo que refugiarse en la parte más recóndita de la selva. Entonces su jefe, el viejo Vasishta, el centenario, se puso en camino para hablar al rey de Madura. Los guardias vieron con admiración aparecer ante las puertas del palacio un anciano ciego, guiado por una gacela. Llenos de respetos al rishí, le dejaron pasar. Vasishta se aproximó al trono donde Kansa estaba sentado al lado de la perversa y sensual reina Nysumba, la maga negra, y le dijo: —Kansa, rey de Madura, desgraciado de ti, hijo del Toro, que persigues a los solitarios de la selva santa: Desgraciada de ti, hija de la Serpiente... Vuestro castigo está próximo. Sabed que el hijo de Devaki vive. Vendrá cubierto por armadura invulnerable y arrojará de vuestro trono a la ignominia... Los guardias todos se habían prosternado ante el santo anacoreta centenario que volvió a salir conducido por su gacela sin que nadie se atreviera a tocarle. Pero, a partir de aquel día, pensaron el rey y la reina en los medios de hacerle morir secretamente...

Perseguido noche y día por las palabras del anacoreta, el rey de Madura dijo a Krishna, conductor de su carro: —Desde que aquel anciano emponzoñó mis días, ya no puedo vivir... Pero contigo nada temo. Ven conmigo a su selva maldita y hiérole en cuanto le veas.

Disfrazados de cazadores se internaron en la selva. Era el principio de la estación de las lluvias. Cuando se aproximaron al bosque sagrado, el horizonte se ensombreció, velóse el sol; llenóse la atmósfera de niebla y

del tempestuoso cielo pendían nubes como trombas sobre las combatidas copas de los árboles.

—Es Vasishta, el viejo solitario, que tiene poder sobre los elementos y los desencadena sobre mí—dijo el rey—. ¿Tienes miedo?

—Aunque la tierra tiemble y se desgaje sobre mí el cielo, nada temeré—respondió el joven.

—Avanza entonces.

Krishna fustigó a los caballos y el carro penetró bajo los pavorosos baobabs con velocidad vertiginosa. Fulguró el relámpago, cayó el rayo a los pies de los viajeros y el trueno retumbó.

—Tu enemigo es un dios—dijo Krishna—, por cuanto Indra te protege.

—Tocamos al objetivo—dijo el espía del rey—. Mirad ese sendero entre el césped. Al final se dibuja una cabaña miserable o gruta. Allí habita Vasishta, el gran muni, el temido por las fieras, el que alimenta a los pájaros...

El muni, en efecto, vivía allí. Sus ojos se habían extinguido, pero con el alma veía lo que jamás pueden ver aquéllos. Su piel era insensible, pero su espíritu vivía en unidad perfecta con el Espíritu Supremo. Cuidaba de él una gacela... y alejaba a las fieras con sólo murmurar un *mantran*. En cuanto a los hombres, quienes quiera que fuesen, los veía por medio de su mirada interna, desde muchas leguas de distancia... Krishna, caminando por el estrecho sendero, vióse de repente frente a Vasishta. El rey de los anacoretas se encontraba allí absorto en una paz profunda, murmurando la sílaba sagrada ¡Aum! Krishna le reconoció y le adoró...

—Rey de Madura—dijo el anciano—vienes a matarme, a libertarme de la cárcel de barro de este cuerpo, pero ¡he aquí al hijo de tu hermana Devaki, que te destronará!...

Kansa, estupefacto, no podía mirar cara a cara al anciano. Viendo a Krishna de rodillas ante su mortal enemigo, tendió con toda su fuerza su arco y lanzó su flecha contra el hijo de Devaki. Pero el brazo había temblado, y la flecha fué a clavarse en el pecho de Vasishta, quien parecía esperarla con éxtasis. Krishna había sentido vibrar en su oído la flecha, y todo el dolor del mundo traspasó su alma con ella al verla clavarse impía en el pecho del santo.

—Hijo de Mahadeva, matar es vano—dijo con seráfica serenidad el anciano, sin cambiar de postura, con la flecha clavada en su corazón—. El alma no puede así ser herida, y la víctima es el vencedor del asesino. Triunfa Krishna; el destino se cumple; yo vuelvo a Aquel que no cambia jamás, pero tú, salvador del mundo, ¡en pie, Krishna, Krishna!...

Entonces una deslumbradora luz rasgó los cielos, y en aquel océano de suprema felicidad, Krishna vió, glorificada y radiante, a su madre Devaki...

...Cuando volvió en sí, la gacela lamía la herida del cadáver del anciano y Krishna levantóse transfigurado. Un abismo insondable le separaba ya del mundo y de sus ilusorias apariencias, pues había percibido la Suprema Verdad y comprendido su redentora misión, para la que había aún de volver entre los hombres...

Todos quedamos subyugados ante la hermosísima leyenda, a la que aquella sublime puesta de sol y aquel templario y consagrado ambiente parecían prestar todo el divino relieve de su marco.

En mi mente se unían, llevándome una vez más al mundo de los jinas, los recuerdos místicos de la cierva del santo cristiano del Ródano y la gacela del asceta Vasishtha, con la vaca sagrada que amamantó durante dos años seguidos a Gauthama el Budha en el desierto; con la cierva alcanzada a la carrera por Hércules en uno de sus *Trabajos*; con el gamo, toro, cierva, corza, en fin, de la leyenda universal, que el cazador de *Los ojos verdes*, de Bécquer, persigue con igual frenesí mágico que los persigue también Alhamar el Nazarita, de Manuel Fernández y González, en su admirable *Historia granadina de los siete murciélagos*, y mil otras más que no hay para qué recordar. En cuanto al buen *pater*, alma generosa, sin duda, se limitó a decir del modo más solemne:

—Nuestro ínclito padre San Agustín ha dicho en su *Ciudad de Dios*: «El Cristianismo es una fórmula nueva de una Religión Eterna: la divina»; ¡la divina Religión del Paraíso, que de labios de los ángeles escucharon por vez primera los hombres!

La campana del templo tocaba a la Oración. Todos nos descubrimos reverentes, mientras que el azúreo ámbito de aquella altura empezaba a fachonarse místicamente de estrellas.

CAPÍTULO IX

AÑORANZAS DE LA SANTA INQUISICIÓN DE ARACENA

Un viejo recuerdo de Arias Montano en Galaroza.—Monumentos diversos.—La obra del padre Lorca.—Sor Maria de la Trinidad y los elementales malignos.—Un recuerdo del cronista Nogales.—Un precioso libro acerca del Santo Oficio y del polígrafo.—¡Encerrado en la propia iglesia y entre cirios amarillos!—La vela de mis armas y las ratas amigas.—¿El italiano otra vez?—Extractos del libro de Barrera.—Los Juan Huss y los Miguel Servet, araceneses.—El escudo de la población.—¡Este es el camino de los astros!

Del santuario del cerro de San Ginés—continuó diciendo el párroco mientras nos preparábamos para descender del castillo—quedan solos escombros y la inexplorada galería de hacia la base del cerro, galería que es fama comunica por un lado con la Peña de Alájar y por otro con la hueca base del castillo, por cuyo fondo se despliega la *Gruta de las Maravillas*, que decís vais a visitar esta noche. En las cumbres del repetido cerro de San Ginés celebraban antaño los araceneses la fiesta de la Pascua Florida, y en el pueblo de Galaroza, que está del otro lado, conservan aún los ricos ternos donados a la ermita del santo asceta, ternos que el sacerdote vestía sólo en el día de la fiesta, al modo de esos privilegios tan genuinamente españoles, como el de los ternos de azul y blanco del día de la Inmaculada que son de rúbrica únicamente en España y en tal día.

—Es muy extraño todo esto—murmuró el doctor entre dientes.

A los últimos rayos de aquel dilatado crepúsculo dejamos atrás, no sin gran pena, las ruinas ibéricas y romanas de aquel verdadero castro prehistórico, elegido por los templarios para asiento de su castillo en aquellas alturas ungidas por la doble majestad secular de una historia grande y una grandiosa naturaleza. Descendiendo por calles distintas de las de nuestra subida para mejor empaparnos en el ambiente de la población y para ver a la luz de los faroles, ya que no el retablo de la cerrada iglesia de la Asunción—retablo atribuido a Montañés—, el hermoso arco ojival de ladrillos en el exterior de la iglesia de Santa Catalina, hoy convento de

las carmelitas, en cuya portería entró un momento el pater para obsequiarnos luego con la obra escrita en 1671 por fray Antonio de Lorca acerca de *La vida y virtudes de la venerable madre Sor María de la Santísima Trinidad, de la orden de Santo Domingo*.

—Es—dijo el párroco—un libro de época muy curioso por los milagros y anécdotas que refiere de esta santa mujer, tales como el de su nacimiento, el sacrificio que, años más tarde, hizo su madre *permutando* su vida, valga la frase, por la de su protector el duque de Béjar, y las aventuras de una tal Mari-Sánchez, a la cual ni muerta ni viva dejaba de atormentar el diablo, quien cierta noche es fama que llegó hasta querérsela llevar a caballo camino de la Fuente del Maestre, en la Peña de los Angeles, y aun se dice que acaso hubiera realizado su propósito a no impedírsele aquélla con su dominio perfecto sobre *los malignos*.

—Como éste son frecuentes los libros de aquel triste período de nuestra decadencia, en el que la milagrería y la mera exterioridad religiosa iba socavando a la verdadera fe y a las buenas obras—dijo el doctor una vez que en la casa parroquial éramos obsequiados con chocolates y riquísimos bollos del país. Y preguntando al pater, añadió: —¿No tenéis algún otro libro en vuestro archivo? Porque yo recuerdo que mi llorado amigo el cronista José Nogaes aludió varias veces a uno muy curioso que se conserva en la parroquia como una reliquia. También recuerdo, a propósito del autor de *Las tres cosas del tío Juan*, la tradición relativa al Cristo de la Plaza, en la que el eximio aracense halló inspiración para una de sus mejores leyendas.

—Sé el libro que decís—respondió el párroco—pues que obra en el archivo de mi iglesia. Es el escrito en mil seiscientos doce por Fernando Sánchez de Ortega, notario apostólico, familiar del Santo Oficio de Aracena, de Sevilla, etcétera, acerca de los «sucesos ocurridos en esta villa y otras partes, como asimesmo cosas de la Inquisición que en esta villa pasaron y el orden que se tiene en el hacer de las informaciones para criar oficiales del Santo Oficio y cómo los notarios han de cumplir los mandamientos de él y las libertades que tienen los familiares, y casos de que conoce la Inquisición de estos familiares, como asimesmo el orden de las informaciones de ordenantes clérigos y colaciones de capellanías», todo según la ficha que aquí veis—terminó nuestro huésped.

—Tened la bondad de enseñarnos este libro al punto—dije apresuradamente sin poder disimular mi emoción de cronista, sin reparar en lo intempestivo de la hora, y en que aún teníamos que cenar, que visitar aquella noche la Gruta de las Maravillas, y que salir muy de mañana para Alájar.

—Os repito que está en el archivo, y con el mayor gusto os le mostraré mañana—replicó el pater.

—Es el caso que como esta noche...—insinué tímidamente.

—... Y aun esta misma noche le podéis ver, pues, si, teniendo yo que dejaros en breve para dar mi cátedra de adultos en la fundación de Arias Montano, os avenís a ser encerrado y puesto entre dos velas en la sacristía, a guisa de un muerto...—contestóme aquél sonriente.

—Sí, sí, dejémosle solo al cronista que se divierta en el archivo parroquial, mientras uno de nosotros visitamos a los amigos, otros organizamos la partida para mañana y yo realizo ciertas pesquisas arqueológicas donde yo me sé—dijo el doctor, no sin cierto misterio.

—Yo os acompañaré, para que no os hagan miedo las ratas del archivo, ni sus viejos elementales burlones—me agregó, siempre inquieto y cariñoso, Cotta.

—¡Pero yo no quiero que me acompañe nadie!—repliquéle en broma—; tal vez aquel silencio, lleno de majestad, del templo, en la penumbra misteriosa de las lámparas, sea algo así como el velar de mis armas para prepararme dignamente a la empresa que se nos avecina.

—Dejadle, sí—ordenó Peinado—, que esta noche hay trabajo para todos.

Dejélos, pues, en la casa rectoral preparando sus planes, y acompañado solamente del amable cura, que ya empezaba en mi loca imaginación a cobrar perfiles como de un viejo inquisidor que me llevaba preso, tiramos calle arriba. A vuelta de tres o cuatro recodos misteriosos, hémeme ya en aquella noche de luna casi llena frente por frente de la puerta principal, cuyos goznes, al rechinar orinientos, me produjeron involuntario escalofrío. El ámbito del templo estaba solitario y en sombra; nuestras pisadas, en medio de aquel silencio solemne, sonaron a hueco sobre las borradas losas que desde hacía cuatro siglos cubrían las tumbas. Una vacilante y mortecina lámpara lucía más allá al lado del presbiterio, haciendo más pavorosas las penumbras aquellas. Un rayo de luna, esfumado por obscura vidriera, iba a dar sobre las dos llaves talladas del escudo de un sepulcro abacial, llaves que parecían dos tibias cruzadas, con su calavera encima, y oífame allí dentro a esos cuatro olores característicos de iglesia: cera, incienso, mofo y multitud que ya se ha ido. El llavero con que el párroco iba cerrando tras mí las puertas, me parecía, con su tintineo, el choque de un grillete inquisitorial próximo a acariciar mis pantorrillas, o el abrirse y cerrarse de las clásicas mazmorras del Santo Oficio, cuyos *frescos* anales iba a consultar... Híceme, sin embargo, el fuerte y penetré

en la sacristía, donde el párroco, como si fuera a prepararse para celebrar misa de alba, encendió dos cirios amarillos, que puso sobre una torneada mesa, llena de manchas de cera, aceite y vino de las vinajeras, que la siempre dormida solicitud del sacristán no había alcanzado a borrar. Sentóme luego aquél en una comodísima frailería de clavos dorados, cara a cara con dos horrosos cuadros de época representando, el uno las abrasadas ánimas del Purgatorio, entre culebrones espantosos y diablos rojiverdes, y el otro la crucifixión, cabeza abajo, de San Pedro, cosa que me recordaba de un modo macabro las penitencias semiyoguis que Torres nos había contado aquella mañana del padre de nuestro *Casas de Hermes*. Sonando las llaves más que un carcelero, abrió el pater las puertas del archivo, y dándome una cariñosa palmada en el hombro puso el infolio delante de mí y me abandonó en aquellas frías lobregueces, diciendo:

—Ahí queda usted, pues, muy a su sabor y con el libro de la Inquisición vieja, cual pobre preso de mi inquisición novísima. Obre usted con toda libertad y confianza, que ya, para que no se preocupe de nada, cerraré por fuera con llave la puerta exterior no sea que, si la ven abierta los chicos, hagan alguna de sus travesuras. Son las siete. A las nueve y media tornaré a sacarle de su encierro.

Agradecile al cura de todo corazón tamaña y tan española confianza como aquella. Acompañé a mi mentor hasta la puerta y no poco impresionado y medrosico me arrellané en la frailería comenzando mi trabajo, que se reducía, dada la preñura del tiempo, a tomar semitaquígraficamente el mayor número de notas posible. El libro *becerro* aquel era, en efecto, curiosísimo. Con la fea y garrapata letra del siglo XVII, tan contraria a las preciosidades caligráficas del siglo XVI, me encontré, después del largo título cuya fecha nos había leído el pater, la nota marginal siguiente:

«Este libro mío que contiene noticias dignas de aprecio, le dono a esta iglesia matriz de Aracena, para que se custodie siempre en el archivo, pues en las casas particulares es muy fácil perecer», y firmaba: «Doctor don Agustín Barrera y Narváez; año de 1801.» Con este otro apunte: «Se colocó en el archivo en 1802.»

Lleno de esa avidez insaciable que sólo puede explicarse el que sea investigador y bibliófilo, fui viendo y apuntando los particulares más salientes del infolio, tales como estos:

«Nueve días de julio de mil y quinientos y cincuenta y cinco años: fué preso el doctor Arias Montano estando en la Peña (fol. 3).—Arias Montano predicó en Aracena y publicó el Santo Concilio de Trento (fol. 7).—Empañóse con el rey en no dejar su retiro (fol. 26 vto.).—Salió en la Peña

a recibir la procesión que fué a Aracena (fol. 23).—Acompañó de Aracena a la Peña al cardenal don Rodrigo (fol. 38 vto.).—Vino al entierro de Marcos Pérez, que se mató en la obra de la iglesia (fol. 72 vto.).—Instituyó y dotó la cátedra de Gramática de Aracena (ibidem).—Murió en Sevilla (fol. 76 vto.)...»

Aquí llegaba en mi trabajo cuando hice un breve descanso, extrañado por un tenue ruido como de ratas que arañasen o jugueteasen tras las andas de un santo, adosadas a un rincón del tétrico recinto. La asociación de ideas, esa terrible asociación de ideas con las que la imaginación nos mata o nos salva, me trajo a las mientes, como nunca, los chirridos y golpes de los bargueños de marras, y ¡horror de los horrores! el espectro del italiano brotando fosfórico y vago de detrás de las andas ya que no del propio lienzo del Purgatorio, alargándome una mano como el Comendador al Tenorio, cual si sólo quedase un grano de arena no más en el reloj de mi vida...

Sí; el italiano me arrastraba al mundo de los jinas sin duda, porque yo me sentía ya desdoblado con mi cuerpo astral en marcha tras el espectro como en las macabras danzas de la Muerte, de Alberto Durero, va la tierra doncella tras el esqueleto horrible de su seductor..., mientras que mi inerte cuerpo físico, entre los dos amarillos cirios, yacía sobre la frailería. En hora aciaga habíame acordado de él antaño para reparar el bargueño, y en peor hora aún me había metido en aquella ratonera eclesiástica para perder de terror la vida, por falta del debido gobierno sobre mí mismo.

No le deseo a nadie una impresión de angustia como aquella en la que yo veía dibujarse el espectro lívido de aquel grandísimo perdido del Bar del Torreón al par que las llamas de los dos cirios se achicaban como almendras; como cabezas de alfiler, como astrales puntos de luz, en fin, entrevistados en las angustias de la asfixia... Una carrera cual la de un caballo que, en vez de herraduras, tuviese en los cascos almohadillas de seda, se dejó oír escalofriante por el lado contrario, y después otra. El terror me heló la sangre, mas al punto me avergoncé de mí mismo al ver dos gigantes ratas, tamañas como medianos conejos, que salían jugueteando de su escondite, después de convencerse, según era mi quietud, de que allí no había nadie vivo.

Para ahuyentar a tan intempestivos como irrespetuosos visitantes, descargué un fortísimo puñetazo sobre la mesa, pero con tan mala fortuna que una de las velas salió de su inseguro candelero, yendo a caer en la caldereta del agua bendita que el monago había dejado olvidada junto a

la mesa. A la conmoción del puñetazo las dos ratas huyeron despavoridas. Sin duda, más que ratas eran dos efectivos elementales o diablejos como aquellos que, pretendiendo burlarse de San Alfonso de Ligorio mientras hacía sus lecturas piadosas, se vieron obligados por el santo, en un momento de mal humor, a sostener la vela hasta quemarse las uñas... Al fin, los taimados conseguían su objeto, que era, sin duda, el dejarme con una vela sola, con tanto más peligro yo de quedarme a oscuras cuanto que, al requisar mi bolsillo, advertí que no tenía cerillas.

Casi sin ver las borrosas letras, continué mis apuntes, de los cuales conservo los siguientes, que constituyen una sencilla y abreviada historia de la Aracena de entonces: Bulas aprobando la constitución de la Hermandad del Santísimo Sacramento.—Fundación del convento del Carmen, de Aracena (1562).—Año de grandes plagas y de sequía.—1563: Lluvia espesa de ceniza venida del Poniente y que nubló al sol (Acaso procedente de alguna gigantesca erupción del Teide cuyas cenizas llegaron así a nuestra península).—Nacimiento del autor de este libro.—Muertes en los Marinines.—Aguas y fríos, año tardío.—Fundación de la ermita de San Jerónimo en el Castillo.—Rezo nuevo canónico.—Moros alojados (moriscos).—Año de hambre.—El comendador don Juan Gutiérrez Tello de Guzmán y su ejército contra Portugal.—Sublevación militar.—Once entierros en un día.—Procesión para rogar la salud y la extinción de la plaga.—Pedro Núñez, abad, prior de Aracena.—Corrección gregoriana del calendario, que quitó diez días a aquel año.—Misa nueva.—Se pegan dos curas y queda la iglesia en entredicho.—Temporal de aguas.—Incendio de la iglesia mayor.—Muerte de una doncella.—Gentes que marcharon a Indias.—Marido y mujer muertos en un día.—Otro caso igual.—Moriscos expulsados del pueblo.—A Juan Puntilla le hace dar 100 azotes la Santa Inquisición y que se le corte la lengua.—Por hereje, sufre Juan López Moatro el mismo castigo.—A Diego Gutiérrez se le cortó la lengua también.—Año de gran Inquisición en Aracena (fol. 93 vto.) y otros muchos relajados y reconciliados.—Asesinato en Almonáster.—Muerte de un clérigo en Cumbres, por otro hermano.—Otro clérigo ahorcado en Cumbres.—Un atenaceador en Sevilla.—Peste en la comarca.—Asesinato de un cura en Sevilla.—Sublevación de Granada.—Soldados en el Condado, Sierra y Extremadura.—Guerra contra el turco y el inglés.—Un español, natural de Ecija, mata en París al rey de Francia.—Es inuerto en Africa el infante don Sebastián de Portugal.—Autos y casos de Inquisición.—Notable caso de Simeón González Sánchez... y otras cosas peregrinas, a este tenor.

Con la premura de la toma de las notas y con las palpitantes impre-

siones por ellas recibidas acerca de este tristísimo pasado de nuestra decadencia en un ambiente tan de época como aquel de la sacristía en la que me veía encerrado, solo, entre recuerdos y tinieblas, me ardía la cabeza. Golpeábanme con inusitado vigor las sienes ante la macabra procesión de aquellas pesies, hambres, crímenes y guerras, sartas de hombres infelices quemados vivos en la plaza pública, al modo de Juan Huss, de Miguel Servet y de tantos otros inocentes, por el mero delito de una vida pura y de un pensar recto e independiente, entre cofradías que se creaban, iglesias y conventos que se alzaban, lluvias de cenizas, diluvios y sequías... El amarillento cirio que tenía por toda luz, amenazaba ya extinguirse, cuando aún faltaba media hora larga para la llegada de mi amable protector y *carcelero*. No pude ya más «y renunciando a la parte seguramente más sabrosa del voluminoso *becerro*, parte en la que se daban algunas reglas de cálculo y unas claves grecolatinas para poderse comunicar *con otro* sin temor a indiscreciones de profanos», claves que acaso estaban allí por haberse usado en las delaciones secretas y demás trapisondeos de la Santa Inquisición—, me levanté de la frailería y, cirio en mano, me puse a curiosar los demás cuadros de la sacristía, pensando que ellos serían tan pésimos como aquellos que delante de mi mesa parecían haberme hecho durante el trabajo tan extraños guiños y visiones...

¿Cuál no sería mi sorpresa, pues, cuando, envuelto en penumbras de luz y de siglos, se fijó mi turbada vista en el retrato de un caballero santiaguista, de cara fuerte, dura, imperativa, gallardísima, que parecía mirarme con una inexplicable mezcla de autoridad, ironía y cariño? Una inscripcón latina, en caracteres que más que allí parecían estaba en mi imaginación calenturienta, y que rezaba: *Qual singula mirari in homini solemus, Benedicta Aria, est consecutum te possum dicere universo*, me revelaron bien pronto quién fuera el original. ¡Era un retrato del maestro, de el «ario del monte», de factura aun mejor que el que de él se conserva en Sevilla!...

Quedéme petrificado ante aquella aparición, que más que retrato me parecía el propio personaje excelso y un instante redivivo para premiar mi labor investigadora. Repuesto apenas de mi emoción, al cabo de un rato alcancé a columbrar también, sobre el retrato, y pintado al fresco, algo que no me admiró menos: el simbólico escudo de Aracena, compuesto acaso por el propio don Benito ya que no por sus antecesores templarios, escudo que era todo un compendio de heráldica, según me explicó al otro día nuestro amigo y guía, pues que constaba de tres cuarteles, separados por algo así como una *tau* templaria formada por un trono horizontal de

nubes, al que se subía por el palo vertical de dicha *tau*, formado a su vez por una *espada* y un *basto* simbólicos, unidos por cinco travesaños o pedaños de otras tantas coronas de príncipes, coronas de vanidad que había acaso que hollar para escalar aquel trono celeste sobre el que sólo se veía entre nubes, una puerta cerrada, *porta-coeli* sin duda, hacia la que se dirigía una mano misteriosa armada de una llave o *clave guardadora* del gran secreto de la iniciación en los misterios del cielo, cerrados por aquella puerta, mientras que el cuartel de la izquierda ostentaba una aimenada torre semejante a la del escudo cardenalicio del obispo Moya, que habíamos copiado también aquella tarde, torre de la que salía un torrente de agua viva, y en el cuartel de la derecha veíanse unos amenos Campos Eliseos con la propia diosa Eva, Vesta, Hestia o la Tierra, coronada de flores y frutos, bajo un árbol paradísico... En torno del escudo el dístico latino de *Hac via itur ad astra*; esta es la vía que hacia los cielos conduce...

Mi emoción ante el cuadro fué tal que el cirio se me cayó de las manos, y en aquellas cimerianas tinieblas hube de quedar más muerto que vivo todo el inacabable cuarto de hora que tardó en venir a libertarme el pater, quien, entre regañón y festivo ante mi aventura, que le conté al punto, me dijo:

—¡Oh gran bribón! ¿cómo os las habéis compuesto por vuestros pecados para quedaros a obscuras habiéndoos yo dejado dos cirios encendidos, abundante provisión de cerillas a vuestro mismo lado, sin que en vuestro aturdimiento las hayáis visto, como tampoco se os ha ocurrido salir al templo, en cuyo presbiterio arden dos lámparas noche y día?

—No lo sé, pater—repuse avergonzado de mí mismo—. Hay cosas que no son para pintadas ni explicadas, sino para vistas. Además ese italiano maldito...

No terminé la idea para no escandalizar a aquel hombre piadoso, y cansadísimo como si me hubiesen dado un buen pie de paliza de aquellas tan paternalmente administradas por «la Inquisición santísima» para tornar al buen camino de la fe a los relapsos, dejé en su vicaría a mi protector, tornando a la fonda, donde encontré cenando ya a mis compañeros de empresa, quienes tampoco habían perdido el tiempo, como después se supo.

CAPÍTULO X

CURIOSAS REVELACIONES ACERCA DEL POLÍGRAFO

En sesión permanente.—Más sobre el escudo templario y su interpretación ocultista.—El turno de Cotta y lo que le contó una bruja.—El perro-jina del polígrafo.—El centén perdido.—La huerta sevillana de Cebreros o Espantaperros y el arrabal de San Bernardo.—Meca del toreo.—Sepulcros y tesoros hebreos.—La Compañía de Jesús y el hebraísmo de Montano.—Montano, «madera de sándalo».—La edición de la Biblia Regia y la concepción de la «Magna Obra».—La acusación de León de Castro.—Montano y «Los plomos de Granada».—El santo anciano del Parral y el P. Sigüenza.—Obras secretas de San Isidoro.—El viejo veneciano y el polígrafo.—Libreros a estilo de Bulwer Litton.—Por qué El Escorial pudo ser y no fué la octava maravilla del mundo.

Aquello no fué comida, sino un banquete a lo Heliogábalo, que sólo se nos podía permitir tras aquel fatigosísimo día en que veníamos estando *en sesión permanente* y permanente labor desde las cuatro de la mañana.

Pero, fuese cosa milagrosa—que *milagros* sin transgresión de leyes naturales acaecen siempre a los hombres de fe integral como nosotros—fuese porque, como discípulos del Ocultismo, estábamos bien acostumbrados a hacer de la necesidad de aprovechar el tiempo una imperiosa ley, fuese por esos sedantes descansos que la amistad proporciona a los buenos, es lo cierto que la sesión, que, alzados manteles, comenzó a las once, no terminó hasta cerca de la una. La cosa no era tampoco para menos, porque necesitábamos comunicarnos nuestros respectivos trabajos de la noche y acordar el programa para el siguiente día.

Primero la asamblea se rió de bonísima gana ante mi encierro *inquisitorial* en la sacristía y las consecuencias terribles que ello pudo tener gracias a las ratas, al espectro italiano, o más bien a mi escaso *valor militar* y mi atolondramiento de quedarme a obscuras, teniendo a mano un montón de velas, una lámpara encendida y una caja llena de cerillas. Luego se electrizó de entusiasmo al oír la explicación ocultista del escudo templario de Aracena, que el doctor nos interpretó al punto de este modo:

—El escudo entero es el símbolo de *la tau*, cuyo travesaño horizontal

está formado por nubes de Misterio, ocultando *el estrecho sendero* que a la Verdad conduce, y cuyo travesaño vertical es una penosa escala apoyada en la *Espada del Conocimiento* y en el *Cetro o basto del dominio sobre nuestras pasiones*. Cinco coronas principescas que para subir por la escala hay que hollar a guisa de peldaños, expresan la necesidad que el hombre tiene de pisotear toda grandeza, toda ambición humana, si quiere llegar, escala arriba, hasta la cerrada puerta, *porta-coeli*, cuya llave mágica le alarga el brazo del Maestro. A la izquierda y derecha de dicho palo vertical de *la tau* quedan, respectivamente, el *Castillo de la joyosa guarda*, que dirían los ciclos de la literatura caballeresca, del que brota el torrente de agua viva que fecunda al mundo—*ego sum resurrectio et vita*— y los Campos Elíseos, donde Ceres, o una de sus sucedáneas de los demás panteones, en representación de la Madre-Tierra, aparece coronada de flores y de frutos... El escudo entero es, pues, el emblema del Ideal, como claramente lo expresa la leyenda que reza: «*¡Este es el camino de los cielos!*» En cuanto a vos, querido cronista, su destino ha sido el de todos los cobardes valentones—terminó diciendo el sabio—: padecer hambre en la abundancia; sed, en medio de las aguas; miedo, allí donde no hay nada que temer y tenebrosa obscuridad en medio de la luz... ¡Tal es, por desgracia, el mundo entero, y espero que otra vez os mostréis más sensato ocultista!

El turno de Cotta fué también pintoresco. El hombre, merodeando aquí y allá, como excelente buscador que era, había dado con sus huesos en un zaquizamí gigantesco, vecino del edificio de las Hermanitas de los pobres, y allí una comadre vieja y bruja por añadidura, le había narrado tradiciones locales notabilísimas acerca de *la cueva de la Notaria*; los milagros de sor María en casa de los duques de Béjar; las andanzas astrales de Marisánchez por los tejados en las más pavorosas noches walpúrgicas del siglo XVII, y otras deliciosas cosas. Vino también muy ufano con un *Juan Lanas* o un *Narciso* de barro, que la bruja le había regalado a guisa de totem, *regalado* a cambio de algunas pesetejas, por supuesto. El entusiasmo de Cotta no tuvo límites al narrarnos cuanto la hechicera le había dicho por muy cierto a propósito de nuestro polígrafo, ángel tutelar de todo el priorato de Aracena, como es sabido.

—Me contó—dijo en resumen Cotta— que según ella había oído a Manuel Barreras, vecino hoy de Valencia del Ventoso, el sabio tenía, entre otras maravillas, un pachón blanquinegro que no dejaba que nadie se le acercase a tocar a su amo. Tan inteligente era el perro que todas las mañanas venía, nadie sabe si bajo tierra o por los aires, desde la Peña de los Angeles hasta el mercado de Aracena con una cestita en la boca y en la

que los diversos vendedores le ponían el pan, las verduras o lo que fuese, que el perro al punto llevaba solícito a su amo. Añadió también la gitana que el *Salomón de España* conocía las virtudes de todas las yerbas medicinales y alimenticias. Sabía además encontrar, mejor que nosotros con la *oración de San Antonio*, todos los objetos extraviados, como le aconteció con una pobre mujer que, habiendo perdido un centén que era toda su riqueza, llegó consternada a los pies del sabio, quien, compadecido de la infeliz, después de un momento de reflexión durante el que parecía no estar en este mundo, le dijo resueltamente:

—Ve a la fuente que hay por encima del *Castaño del Robledo*, lo más temprano que puedas, y después de orar piadosamente a los santos de tu vocación, buscarás entre un montón de hojas secas que verás un poco más abajo. Allí puede que encuentres lo que se te ha extraviado.

La mujer cumplió punto por punto las indicaciones del maestro y halló la moneda perdida.

—Entonces, si eso fuera verdad—replicó Montalvo—Arias Montano era un verdadero taumaturgo.

—No lo sé de cierto—respondió el doctor—, pero no me extrañaría tras lo que de él he sabido, y que no conté antes por no alarmar al buen *pater*. Porque conviene que sepáis lo que por muy cierto me contó días pasados mi sabio amigo Mario Méndez Bejarano, y que os voy a repetir.

—Por el sitio que en la actualidad ocupa el arrabal de San Bernardo, en Sevilla, emplazamiento antaño de la famosa *Academia de toreo* erigida por Fernando VII, y cuando mandó cerrar todas las universidades españolas, Meca digo del toreo y patria también de los mayores *genios*, ¡Dios me perdone!, del arte de la tauromaquia, tenían los hebreos sus enterramientos, enterramientos que, a la hora de su expulsión y con arreglo a nuestra *piEDAD*, fueron convertidos en amenísimos huertos. La existencia de aquellos enterramientos, amén de por la tradición, consta oficialmente por la carta de Isabel la Católica a los inquisidores, de 28 de marzo de 1492.

Los dichos cementerios continuaban por la huerta denominada de *Espantaperros*, nombre que tal vez alude a la condición hebraica de los allí inhumados, y seguía hasta la puerta de *Min-hoar* o *Minjoar*, nombre que, según Rodrigo Caro, proviene de un opulento judío que allí residía. La dicha huerta seguía por todo el campo que entonces se llamaba de Cebaderos, donde antes se alzaba una ventilla y después se labraron casas. Caro, en el libro I, capítulo II de sus *Antigüedades de Sevilla*, y el padre Sáez en el folio 308 de su *Demostración histórica*, afirman que hacia 1520

fabricó la ciudad sobre estos osarios las carnicerías y otros edificios, quedando cubiertos por ellos los cementerios.

El año de 1580 fué de gran esterilidad y falta de trabajo, aunque se fundó el monasterio de San Diego a expensas del Ayuntamiento, y los jesuitas, con dinero de la ciudad, levantaron el renombrado *Colegio de San Hermenegildo*, pero los muchos pobres que perecían de hambre dieron en acometer y demoler los sepulcros de los hebreos, «obra curiosa, dice el cronista, muchos de ellos», extrayendo de allí cuerpos con extraños trajes y joyas de oro y plata.

En varios sepulcros, además, y esto es lo más importante, fueron hallados libros hebraicos, los cuales fueron casi todos recogidos por las muchas personas cultas que había en la ciudad y entregados al doctor Arias Montano, cuya reputación de sabio y de orientalista le hacían bien acreedor a esta preferencia, ya que, como dice Perojo, citado por Menéndez Pelayo en su *Ciencia española*, los mismos Bacon y Descartes no hicieron sino recoger la herencia de los filósofos españoles del siglo XVI.

El hebraísmo de Arias Montano era, por otra parte, muy natural, antes y después de conocer el tesoro de tales libros, y por eso fué aún más que el cardenal Silicio, que Melchor Cano y que el propio Felipe II, implacable adversario de la entonces naciente Compañía de Jesús. Ignoro si, en efecto, es histórica la anécdota que de aquél se cuenta cuando, reconvenido por su pelo rojo de *jina* por cierto *mínimo* de esta última, «pelo igual al que se dice tenía Judas», hubo de responder el sabio: —«¡No lo sé!, pero sí me consta que Judas era uno «de los de la compañía... de Jesús»—. Mas, como quiera que sea, no hay que olvidar el formidable informe de Arias Montano *Sobre el modo con que gobiernan los Padres de la Compañía*, ni el pérfido de Mariana contra el polígrafo en el que éste recibía tan menguada justicia», que «*el León bramando*», de su rival Castro, ni el bilioso Lindano, obispo de Ruremunda, le pudieron nunca dejar peor, y cuenta que el mismo jesuita Padre Mariana, tan artero con Arias Montano, no dejó de contagiarse a su vez por el *hebraísmo* del maestro, porque las doctrinas de este supuesto hebraísmo fueron, al tenor del proverbio oriental, «como la madera de sándalo, que perfuma el hacha que la corta», y de aquí la acusación lanzada poco después por el Padre Juan de Rivera contra el propio Padre Mariana «por su afición a los rabinos».

Bien pudieron, pues, los papeles en cuestión, hallados en aquellos sepulcros sevillanos, influir en Montano de un modo decisivo—iniiciático, por decirlo así—, sin necesidad de rechazar por ello tampoco las actuales aserciones del citado Padre Luis Villalba, cuando dice:

«La edición de la *Biblia Regia* fué la ocasión y el estudio unido a la meditación intensa a que se vió obligado el sabio para circundar de un aparato sólido y macizo la soberbia publicación de Amberes sobre el sentido, el valor y la maravillosa fuerza de la palabra divina en su idioma original, la causa principal de que naciera en su alma la idea de una empresa muy en armonía con semejantes meditaciones y muy propia de un espíritu aficionado a lo profundo y misterioso, y que por el mismo sagrado respeto y adoración a la palabra divina se inclinaba reverente ante la estructura material de la original hebrea, por creer que en sus entrañas se encerraba todo el misterio de la divina filosofía del mundo, y *hasta en el número de las letras, en su disposición y posibles combinaciones, presentía misterios ocultos por el mismo que los había pronunciado, donde se contenía la explicación y desarrollo de las razones más arcaicas y altas*... Si desde luego puso Arias Montano su mano en la realización de tan vasto empeño, no se sabe, pues todavía, durante todo el año 1572, trabajaba con ardor para rematar el aparato bíblico, y peregrinaba por Roma afrontando personalmente todas las dificultades y oposiciones y venciendo cuantos tropiezos se opusieron a la edición de la *Biblia Regia*, dificultades que a Felipe II, con todo su ardor, no había sido posible deshacer. Si acaso entre las arideces pedregosas de tan brava pelea el enterísimo Montano, que ni aun remuneración pedía para sus trabajos, volvía los ojos a su interior para buscar consuelo y algún suave descanso a su espíritu, acariciando a solas la idea de la *Magna Obra*, que concibiera entre las intensas meditaciones y los continuados y profundos estudios de estos años sobre la Biblia y suspiraba por que se le diera espacio para realizarla, es cosa muy humana y explicable... Esquivó así el que el Papa le ocupase en la corrección de la versión de la Vulgata, comenzada desde el final del Concilio de Trento, y en «la corrección de los libros vedados», según algunos cardenales deseaban.»

—De toda esta enojosa enumeración—terminó el doctor—se desprende que la acusación de León de Castro contra Arias Montano, como judaizante, o como ocultista que diríamos, no estaba tan desprovista de fundamento como pudiera creerse, por supuesto, no en el sentido despectivo y cruel que le daba a la cosa «aquél león bramando», como le llama el políglota, sino al de que éste era un perfecto cabalista y ocultista, como lo probó en mil ocasiones, ora estampando la signatura famosa de $\infty = 5$, que ya vimos, al llevar los libros secretos de Felipe II como núcleo de la Biblioteca de El Escorial, ora amonestando severamente al arzobispo de Granada, don Pedro de Castro, cuando, alucinado este último por un mal

entendido honor de la Iglesia, se obstinaba en imponer la verdad acerca de las reliquias halladas en las ruinas de la torre Turpiana, Plomos de Granada y cuevas del monte Valparaíso, coincidiendo con esta *carta*, que se conserva en el Archivo municipal de Sevilla, el luminoso informe del gran Nicolás Antonio y otras lumbreras de la ciencia española.

—Y de aquí, sin duda—añadió Peinado—, el espíritu amplio del polígrafo; la extraña reserva de toda su conducta; su amor a la soledad de su Peña y de su cueva, donde seguramente estaba al habla secreta con sus *jinns*, en aquellas bibliotecas subterráneas de las que, refiriéndose al Tibet y a otros países, tanto ha hablado la maestra Blavatsky, y aun aquellas otras a las que acaso se refirió más o menos veladamente, según el doctor me dijo con referencia a Villalba, aquel anciano y santo fraile del monasterio segoviano del Parral, cuando le dijo al Padre Sigüenza, discípulo y continuador de Montano: «Toma, hijo, estos libros, que espero en Dios no me los malograréis.»

—Sin duda, porque el citado Padre—replicó el doctor—fué un santo, tal que, cuando era ya el prior del Parral, en vez de reprender cierto día a un fraile de su convento que hacía salidas nocturnas no poco sospechosas, se dió ante él tal cantidad de disciplinazos, castigando en sí los pecados del relapso, que éste se movió a la piedad más sincera y, arrepentido, fué en adelante modelo de virtudes. Además, en cuanto al secreto iniciático del gran Arias Montano como cabalista, hartó lo pregona ante nosotros, que ya tenemos la clave, su residencia en Las Navas en 1567 al echar las bases de la gran Biblioteca; su *Allegoriae quedam Sacrae Scripturae*, de que habla Menéndez Pelayo; su resistencia a publicar nada hasta llegar a la madurez de los cuarenta y cuatro años, edad a la que Mahoma y tantos otros empezaron, más o menos, su misión; las veladas alusiones de su carta a Zayas, secretario del rey, en 1571, a ciertas obras secretas, o por lo menos inéditas y desconocidas del gran San Isidoro de Sevilla, obras iguales o parecidas a las también inéditas de Bruselas y a aquellas otras a las que el mismo Montano alude cuando dice: «En la librería del arzobispo de Valencia, don Marín de Ayala, vi, en pergamino, algunas obras debidas a San Isidoro, y que no creo estén impresas. Véase si las trajeron entre los libros que compró Su Majestad de aquella librería», y más que nada su amistad con aquel viejo griego que ya había conocido en «Venecia», aquel émulo del *Adepto veneciano* tan conocido en los relatos ocultistas, «quien, detenido en Amberes al llevar cuarenta valiosos libros a la reina Isabel de Inglaterra, se los vendió por ínfima cantidad al polígrafo en 1568», a la manera de como Bulwer-Litton, en el proemio a su *Zanoni*,

cuenta haber recibido esta obra de manos de su singular librero, *que no a todos vendía sus preciosos libros, y que, vendido, volvía a comprarlos por precio infinitamente mayor a como acababa de venderlos*, virtud increíble en un librero vulgar y sobre la que ya han hablado, refiriéndose ora al papiro de Ebers, ora a los librereros incomprensibles de El Cairo y de otras partes, tanto la Maestra Blavatsky como nuestro genial escritor Gómez Carrillo en una de sus *Crónicas* sabrosas.

—Libros parecidos también—continuó el doctor—debieron ser muchos de aquellos trescientos volúmenes adquiridos en Breda y Haustrat, por Montano, quien mandó *ponerlos aparte*, y que fueron traídos a España bajo la custodia nada menos que de la escuadra que trajo de retorno al duque de Alba, cosas que no hicieron con el millar largo de los que aquél sacó de las abadías, baratillos, etc., de Flandes, Haustrat, Lyon, Francfort y París, libros todos, en fin, que al ser albergados cual en santuario de misterio en el recién alzado *Templo* de El Escorial, bien pudieron darle, mucho mejor que su ciclópea construcción misma, el merecido sobrenombre de *La octava maravilla del mundo*, maravilla que nuestra incuria, o quizá la perfidia de alguien, hombre o institución, se dió trazas, como de costumbre, a *expurgar* de tamañas grandezas misteriosas, dejando, a guisa de mero cascarón, los libros que no fueran de Magia o Cábala, amén del suntuoso y tristón edificio, para mayor empeño alzado, sin duda, que para mero panteón de reyes y príncipes.

—¡Me asombráis, doctor, con esas intuiciones peregrinas, que yo tendré por verdad siempre desde hoy!—dijo entusiasmado Cotta—. ¡Seguid, seguid hablando del Maestro, aunque no durmamos en tres días!

—O, por lo menos, dadnos, para mejor abarcar el problema de tan ignorado ocultista, una ojeada general acerca de la vida del polígrafo.

—Esta tarde ya, y antes de entregarnos al sueño, nos queda algo grande que admirar: la visita a la *Gruta de las maravillas*.

CAPITULO XI

EN LA GRUTA DE LAS MARAVILLAS

Caciquismo y crimen.—Quiénes son, según un poetaastro, los que en España viven.—Se organiza la exploración de la Gruta.—El «Salón de las Palmas», las «Garras del León» y la «Fuente del Galápagos», las «Colgaduras de nieve» y el «Ostensorio».—Iluminación fantástica de aquellas maravillas.—La protección de dos próceres.—Recuerdos astrales.—A punto de volverme loco.—Alarma del doctor.—¡Enfermo de alma!—Una iniciación semiegipcia.—Don Hermógenes de Faes Bentiboglio y su discípulo Antonín de Miranda con sus profecías.—El paso del lago subterráneo.—El escape del castillo.—Las mil variantes ocultistas del Archæus de los griegos.—La Alhambra de los jinas.—Los espectros sabios de la Ismomia aracenense.—¡En brazos de nuestros amigos!

—Ahora me toca a mí hablar mientras nos ponemos en marcha—dijo Torres, así que el doctor cortó el hilo de su discurso sobre Montano, discurso tras el que veníamos casi todo el día—. Yo no he perdido tampoco el tiempo, informándome de por donde de todo cuanto se refiere a la *Gruta de las Maravillas*, y lo primero que tengo que decir es que esa gruta parece ser que se comunica con el castillo de ahí arriba, que esta tarde hemos visitado. Después sigue adelante hasta la Peña de Alájar, en un recorrido de más de dos leguas y con una bocana antes de llegar a Linares, por bajo del cerro de San Ginés. Por esta bocana, que es por donde en 1870 se quiso escapar de la Justicia el vecino Simeón González Sánchez, natural de los Marines del Real de la Jara, cuando, por no poder aguantar más las bravatas y maldades, persecuciones caciquiles de su convecino José León, le mató de una puñalada, según la relación impresa, en prosa y verso, que aquí entrego, «para que conste en acta», a nuestro cronista, pues es digna de leerse por su curioso estilo y por ser uno de tantos monumentos del crimen causado por la plaga española del caciquismo.

Y uniendo el dicho al hecho, Torres me entregó un papel con esta notable cabecera: «Verdadera y curiosa relación en la que se da cuenta de las penas y fatigas que pasó un pobre y honrado labrador natural de Los Marines, por haber personas malas y vengativas y autoridades que son

todavía de peor calibre, pues la autoridad que sabe la Ley y no se la da al que la lleva y se pone a defender a aquel que debía de castigar y luego no toma oído a la persona que pide justicia en realidad y en conciencia, y se le escupe a la cara, como me ha pasado a mí con las autoridades del Real de la Jara, bien merece que se la saque a la vergüenza dando, como voy a dar, las pruebas de ello.» Luego, por apostilla unos malos versos a base de esta cuarteta:

En España sólo viven
«el cacique y el avaro,
las pérdidas y los pillos,
granujas autorizados...»

En el Real de la Jara
hay unos cuantos señores
que castigan sin delito
a los pobres labradores...

En camino ya para la gruta, nos dijo el doctor:

—Amigos míos; hemos venido aquí a investigar como corresponde a nuestras aficiones ocultistas, así que, toda vez que mis informes coinciden con los de Torres, propongo que nos dividamos en dos grupos: uno que penetre esta noche gruta adelante y con todas las precauciones necesarias, para ver si logra salir por Alájar o al menos bajo el cerro de San Ginés y otro que venga a nuestro encuentro desde este punto, y que oficie como de vigilancia exterior, yendo a Linares y a Alájar por la carretera, dispuestos a auxiliarnos si fuere preciso.

—Pero, ¿no será una imprudencia el arriesgarse así, por derroteros desconocidos?—opuse.

—Nada temáis, querido cronista—replicó el doctor—. Está todo previsto. Dos cartas, que traigo del gran patricio y alto político aracenense don Javier Sánchez Dalp y Calonge, Marqués de Aracena y de su hermano don Miguel, cuya granja y caserío de San Miguel vimos esta tarde desde el castillo, nos proporciona para entrar en la gruta las mismas comodidades que tuvo el propio don Alfonso XIII cuando en marzo del año pasado la visitó. Tengo ya allí también una lanchita capaz para tres personas que nos permitirán salvar la parte del lago subterráneo, cuya profundidad está calculada en más de cien metros. Llevamos lámparas de acetileno, antorchas y los demás menesteres precisos para semejante aventura, digna de ser cantada, a lo que espero, como lo hizo Grieg en su *Peer Gynt*, immortalizado después por Ibsen. Además, ni precisión tenemos de que como alguno nos ilumine la gruta como el que está pintado en el

cartel turista proyectado para anunciar aquella y otras maravillas «de este rincón». Propongo asimismo, para evitar las consabidas tonterías y comentarios acerca de un viaje tan extravagante como el que quizá vamos a hacer, el que *demos esquinazo*, como vulgarmente se dice, al guarda de la gruta, de esta gruta que, o yo me engaño, o ha de dejar atrás por lo grandiosa e inacabable a la de Parpolló, de Gandía; a la de Congosio, de entre Alcalá de Henares y Guadalajara; a la de San Román de Candamo, asturiana; a la del Tío Leal, de Mátaga; y aun a las célebres de Altamira, Artá, Manacor y Kentucky.

Fiel el cronista a sus deberes, ante la imposibilidad de cantar el «himno de la gruta», parangonándola nada menos que con la Alhambra de Granada como el vate aracense Fernán Requena, copia aquí las líneas que un artista sevillano, anónimo experto, hubo de consagrarla en *El Liberal*, de Sevilla:

«La gruta en cuestión—dice—es uno de los más bellos espectáculos que la Naturaleza puede ofrecer al viajero y al artista. Situada bajo el cerro que coronan la iglesia del castillo, edificio del más puro estilo gótico, y la bella torre almohade, propugnáculo de la antigua fortaleza musulme, se descende a ella por una estrecha galería, cuya boca se abre en una de las últimas calles de la ciudad, y que conduce a un amplio vestíbulo, de donde arrancan, a derecha e izquierda, otras dos galerías que terminan, la primera, en una magnífica rotonda, y la segunda, a través de misteriosos corredores, a un lago aún inexplorado y cuyas aguas, de inquietante calma, se supone que rodean la gruta en una extensión de varios kilómetros. La gruta, donde reina uniforme y deliciosa temperatura, se ha formado, en el lento transcurso de los siglos, por la filtración de las aguas a través de un terreno de naturaleza calcárea-arcaica en que predomina el carbonato de cal. Las estalacitas, de deslumbrante blancura y de suaves e irisadas transparencias, bríndanse a los maravillados ojos del visitante en riquísima gama de líneas y de matices. Para describirla y cantarla en toda su grandiosidad se necesitarían el estro litánico de un Hugo y la alada fantasía de un Gautier.»

«Entre los lugares que más hieren la imaginación del artista figuran la sala de los brillantes, de pequeñas estalacitas que recuerdan los más finos motivos ornamentales de la construcción románica; la de las *Garras del León*, verdaderamente caprichosa y fantástica; el *Salón de las Palmas*, que parece un bosque tropical hecho de mármol; la deliciosa *Fuente del Galápagos*, de verdes aguas y misteriosos reflejos; la galería de las *Colgaduras de nieve*; aérea y sutil la *Rotonda central*, cuya cúpula, formada

por un finísimo encaje de columnillas, parece descansar en el pilar del centro; estalactita prodigiosa, que afecta gráciles formas femeninas. En la parte superior de dicha rotonda, y tras un estrecho corredor, está *el Mirhal*, la maravilla maestra de este imponente conjunto de maravillas, el delicado *Ostensorio*, que semeja una urna tallada en alabastro por orfebres del Renacimiento.»

«La iluminación eléctrica de la gruta, que, rompiendo los densos velos de la sombra, multiplica hasta lo infinito las peregrinas bellezas del conjunto, es una obra de arte y de sabiduría a un tiempo, que honra a su autor, el simpático ingeniero lusitano don Francisco d'Almeida Carvalhaes, que ha coadyuvado con su ciencia y su talento a la nobilísima iniciativa del culto alcalde don Juan Cid, quien, con su particular peculio, ha tomado a su cargo la magna empresa, poniendo en ella los fervores de un poeta y las esplendideces de un príncipe, y secundándole con gran desinterés en la obra el diputado a Cortes por Aracena, don Javier Sánchez Dalp. También ha contribuido con sus donativos para proseguir los trabajos el inspirado poeta don Manuel García Moreno, y para completar el laudable propósito, el ilustre prócer don Miguel Sánchez Dalp ha emprendido la propaganda con el concurso que ha dado origen al viaje determinante de estas líneas.»

Entramos, en efecto, por una de las calles de donde arranca la carretera de Alájar y se abrió ante nosotros una portezuela ínfima, al modo de la de cualquier corralón de pueblo, que cubría una galería artificial como de minero, con la que se perforó hace pocos años, y *por casualidad, como siempre*, la entrada a la maravillosa cripta; pero, no bien me vi bajo la opulenta bóveda estalactítica central de aquel templo de la Naturaleza con su afiligranado retablo, su ostensorio de pétreas colgaduras blanquísimas, que ocultaban detrás un verdadero Sancta-Sanctorum provisto de una taca marmórea con agua cristalina e inmóvil allí donde caer suele la Custodia de nuestros templos, cuando creí volverme materialmente loco. En aquella misma caverna y en noche memorable como aquella, me había visto yo otra vez, cinco años antes... ¡estando en cierta mágica quinta de Asturias, en la *Quintana de las rosas*, sin duda!

Mis ojos se nublaron; los torrentes de luz irísea que aquí y allá surgían, detrás, enfrente o por encima de aquel maremágnum de frisos, bordados, colgaduras y columnas, gracias a la pericia del artífice portugués que tan fantástico efecto escénico había logrado con la distribución de los focos, borraron de mi mente toda idea concreta de tiempo y espacio, cual si mi alma se evaporase, se esfumase en el seno de luminosa nube

de misterio. Aturdido, como ebrio, me vacilaron las piernas, y, para no caerme, me apoyé en una estalagmita que parecía el roto tronco de una columna egipcia.

Mis compañeros no advirtieron mi situación, anonadados como estaban ante aquel prodigio natural con ese sentimiento de pequeñez que experimentamos siempre ante las manifestaciones más sublimes y poderosas de la obra de la Maga-Tierra; pero el doctor, verdadero Argos de cien ojos, no dejó de percatarse de mi turbación, y, alarmadísimo, me dijo:

—¿Qué tenéis, que habéis palidecido como un muerto? ¿Os sentís realmente enfermo?

—Sí, doctor, ¡enfermo de alma, ya que no de cuerpo! Pero no os acongojéis y procurad tan sólo que se aleje ya el guía bajo cualquier pretexto, porque tengo que hablaros de algo pavorosamente grande, a usted y a los demás queridos compañeros.

El doctor me abarcó con mirada sabia que exploró todos los pliegues de mi alma, y viendo que la cosa era más psíquica que física, me hizo sentir en uno de los rincones más oscuros, llevándose la gente toda hacia el lado de la derecha, donde una estalactita en cendal, una verdadera cinta escocesa, dejaba transparentar con dos contrarias colaboraciones la luz de uno de los focos hábilmente emplazado tras de ella.

La sedante soledad angusta en que quedé entonces en aquella penumbra; el *insonoro sonido* del recinto extrahumano realizado por las notitas cristalinas y ledas de las gotas de agua que sobre los pequeños estanques caían aquí y allá del techo, me tranquilizaron un tanto, permitiéndome coordinar mis actuales impresiones con mis viejos recuerdos... ¡Sí, yo había estado otra vez en aquella gruta, aunque no iluminada como entonces por dispersos focos eléctricos, sino bañada toda en un blanco-violácea y verdosa luz astral idéntica a la de los ensueños de ventura! ¡Yo recordaba perfectísimamente la capillita de la derecha; el colosal retablo granadino que tenía delante; su templete superior en cuya taza marmórea había recibido antaño algo así como un baño de purificación... quizá un bautismo iniciador! Y recordaba además que al lado mío se alzaban entonces dos hombres: el uno gigantesco, imponente, sapientísimo sobre toda ponderación, un hombre, en fin, que, como las estrellas, parecía estar dotado de luz propia; y otro más joven, de mediana estatura, más humano, en suma, pero grande también y muy amado amigo mío. En la penumbra de mis recuerdos aquellos se destacaban, sí, clarísimamente entrambos: ¡era el uno mi Maestro don Hermógenes de Faes y Bentiboglio; el otro don Antonio de Miranda y Sol, mi compañero de aventuras «por

la Asturias tenebrosa», en demanda del triple tesoro en oro, libros y virtudes de los lejanos lagos de Somiedo!...

Un rayo de luz fulguró vívido entonces en mi intuición, ya excepcionalmente despierta desde aquel momento. Me sentí feliz, transportado a otro mundo, como aquel que ve cumplirse en él al cabo de los años una anhelada y grata profecía... ¿Qué profecía era ésta? Ansiaba por momentos que terminase la visita *profana* a la gruta para revelársela a solas a mis nobles compañeros de Sevilla.

Por fortuna, todo salió a pedir de boca, gracias a las graciosas trapacerías de Cotta y de Torres. El grupo de los que íbamos a quedarnos en la cueva para seguir nuestra proyectada correría ocultista lucimos en alta voz como que nos despedíamos por dominarnos ya el sueño, y escondiéndonos como chicos juguetones allá hacia los fondos acuosos de la izquierda, dejamos salir a Torres, a Montalvo y al guarda, con cuantos se habían agregado, bien ajeno a pensar, este último, de que nos quedábamos agazapados allí dentro en lugar de estar ya, como unos bienaventurados, durmiendo. Seguros, pues, de nuestra impunidad, pronto encendimos dos lámparas de acetileno, que aposentamos sobre dos salientes alabastrinos, y agrupándose en torno mío Pintado, el doctor, Cotta y Casas, al modo de los *jinas* del cerro de Salomón, que antaño viera el padre de este último, les hablé de esta manera:

—Todos vosotros conocéis, amigos míos, las verdaderas aunque extrañas aventuras que a mi gran don Antonín de Miranda y Sol y a este su discípulo nos acaecieron en Asturias, buscando el tesoro de los lagos de Somiedo. Recordaréis también los memorables acaecimientos de la *Quintana de las rosas*, de Peña Aullán, con el imponente don Hermógenes de Faes y Bentiboglio, a cuyo lado y bajo cuyas órdenes y protección pasamos en el prodigioso edificio encantado de la Quintana veinticuatro horas justas, sin que me fuese permitido revelar luego a los lectores de mi dicha narración ocultista las estupendas cosas que allí dentro nos acontecieron.

—¡Sí, lo recordamos todos!—dijeron a coro mis amigos.

—Y por cierto que es el pasaje de su obra que más me ha hecho pensar—añadió el doctor.

—Pues bien. Hoy puedo revelaros ya todo lo acaecido. Abreviando razones os diré que en aquella misteriosa quinta astur recibí una iniciación severísima a estilo egipcio aunque de resultado no demasiado satisfactorio merced a las taras kármicas de mis muchos defectos, iniciación sobre cuyos detalles aún no me es permitido hablar. Básteos saber que, colocado

mi inerte cuerpo físico en un sarcófago de mármol, análogo a los que en las Pirámides existen, mi doble astral fué separado por el Maestro, precipitado a inmensa distancia, filtrado, por decirlo así, con velocidad de proyectil a lo largo de un dédalo de grutas y abismos que se sucedían sin cesar unas a otras, hasta detenerme en la mansión toda llena de luz en que ahora nos hallamos, gruta que no sólo he identificado ahora en su «Cerra del León», en su «Ostensorio», en sus *Colgadas de nieve* y demás detalles, sino que recuerdo nitidamente que la mágica sombra de mi iniciador hierofante me dijo solemne desde ahí enfrente:

—Joven cronista, esta es la maravillosa gruta en la que vos y seis amigos vuestros más, teósofos tartesios también, os veréis reunidos antes de cinco años para emprender uno de los viajes más extraños y peligrosos, a fuer de iniciáticos, que ha conocido este siglo. De ella partiréis quizá para lo que aún resta de la Atlántida de Platón y de la otra Gran Atlántida, si de ello resultareis dignos después de las pruebas. Entre tanto, bajo las penas más severas, nada diréis a nadie de lo que os ha acaecido en este primer ensayo actual de iniciación en los misterios del pasado.

Lo que don Antonio de Miranda, su discípulo oficiante, agregó:

—Cuando hagáis el viaje, yo estaré con vosotros en espíritu.

Mis compañeros quedaron en un embolado silencio, que rompió Cotta, diciendo:

—¡Oh, dichosísimos bargeños, y qué cola no os traíais con vuestros golpes!

—Una cola harto más larga que lo que suele ser corriente en el Espiritismo—añadió Peinado.

—¿Qué hacer, ante todo?—se preguntó el doctor.

Y como si fuese una respuesta tácita a su pregunta, las dos brillantes luces de acetileno palidieceron, se contrajeron, se aclararon hasta alcanzar el tamaño de dos granos de trigo, mientras que, corredor adentro, una pálida, inquieta y cambiante lucecita fosfórica parecía mostrarnos el camino, invitándonos a seguirla.

—¡Es la lucecita misma que antaño vió mi padre!—exclamó alborozado Casas, el *jina*.

—¡Pero es imposible el seguirla, porque se interpone el lago que tenemos ahí, a los pies!..

—¡Al bote! ¡al bote!—nos dijimos todos, poniéndonos en marcha—. Que Ellos, los Maestros, sean con nosotros, ya que nuestra intención es pura.

La lucecita se acercó como flotando sobre las aguas, paradójicamente

disminuida otro tanto de lo que las nuestras de acetileno fornaban a su brillo primitivo. Como el bote era de pequeño hubo que hacer dos travesías igualmente felices y de menos de trescientos metros por las aguas del lago, que allí son muy profundas. «Advierto—me dijo el *jina* al volver por Cotta y por mí, habíamos quedado los últimos—que ni la lucecita se apaga como se le apagó a mi padre en la falda del cerro de Salomón, ni la barquilla se ha visto detenida én su bogar por mágico remolino de fuerzas invisibles, como le sucedió a mi hermano, y esto sí que es un presagio feliz.»

Saltamos en un suelo alabastrino, no hollado quizás por planta humana desde hacía siglos, y empezamos a caminar despacio por aquella galería que se ensanchaba más y más hasta formar una segunda rotonda mucho mayor que la primera y que, por su orientación, caía exactamente debajo del castillo. Además arrancaba por su izquierda una bien labrada escalera, que en tiempos conducía, sin duda, al templario edificio del castillo; pero es impracticable, cegada ya por los escombros veinte metros más arriba. La lucecita, como si fuese un ser inteligente y vivo que nos guiase, tornó a caminar delante, invitándonos a seguirla.

—¡Es un ser protector, sin duda, que toma esta forma para guiarnos!—exclamó Peinado.

—Sí, el hecho, aunque maravilloso, no tiene nada de nuevo en el mundo—añadió el doctor—. La columna de fuego que de noche guiaba a los israelitas en el desierto, obedecía acaso al mismo origen, como obedecen también a él esos meteoros extraños que, *a su modo*, tiene catalogada la Física bajo el nombre de *fuegos fatuos*, en los cementerios; *luces de San Telmo*, durante la tempestad; *rayos en forma de bola*; *meteoros-gatos*, de Babinet, etc., etc., a los que la Maestra Blavatsky alude en aquel brillantísimo párrafo que dice: «El *Caos*, de los antiguos; el *Fuego sagrado*, de Zoroastro, o el *Atash-Bهران*, de los parsis; el *Fuego de Hermes*; el *Fuego de Helmes*, de los antiguos germanos; el *relámpago fulgurante*, de la *Cibeles*; la *Antorcha de Apolo*; la *Llama del altar de Pan*; el *Fuego inextinguible* en el templo de la Acrópolis y en el de Vesta; la *Llama de fuego*, del yelmo de Plutón; las *Chispas brillantes* en los sombreros de los Dioscuros, en la cabeza de las Gorgonas, en el yelmo de Palas y en el caduceo de Mercurio; el *Plah-Ra*, egipcio; el *Zeus Cataibates*, griego, que descende del cielo a la tierra según Pausanias; las *Lenguas de fuego*, de Pentecostés; la *Zarza flamígera*, de Moisés, idéntica al *Tunal ardiendo*, de la fundación de México; la *Columna de fuego*, del Éxodo; la *Lámpara inextinguible*, de Abraham; el *Fuego eterno del abismo sin fondo* o *Plero-*

me, los *Vapores fúlgidos*, del oráculo de Delphos; la *Luz sideral*, de los rosacruces; el *Akasha*, de los Adeptos hindúes; la *Luz Astral*, de Eliphaz Levy; el *Aura* y el *Flúido*, de los magnetizadores; el *Od*, de Reichembach; el *Psychod* y la *Fuerza ecténica*, de Thury, análogos a los *Flúidos de los altos estados hipnóticos*, de Rochas y Ochorowitz; los *Rayos*, de Blondot y de tantos otros; la *Fuerza psíquica*, de Sergeant Cox; el magnetismo atmosférico de algunos naturalistas, el galnismo y, en suma, la electricidad, no son todos sino nombres distintos para las manifestaciones sinnúmero de ese proteo misterioso que se ha llamado el *Archaeus* de los griegos...

Pronto se hizo la luz brillante y límpida, que más que alumbrar parecía darnos vida. Apagamos, pues, o se apagaron, los focos de acetileno, y al paso lento que ella parecía marcar, según cuadraba a las bellezas inenarrables de aquella siempre cambiante *Alhambra de los jinas*, caminamos poco más de una hora, por un suelo accidentado, pero no demasiado penoso, siguiendo, según mi brújula de bolsillo, exactamente en la dirección de las pizarrosas alturas que culminan en el cerro de San Ginés.

En efecto, momentos más tarde, después de cinco o seis kilómetros de recorrido, precedidos siempre por la lucecita, desembarcábamos en una rotonda mucho más espléndida que las anteriores y tanto más fantástica cuanto que la veíamos bajo los cambiantes prismas del misterio de la astral lucecita. Además apenas si tuvimos tiempo de extasiarnos en la contemplación de aquélla, pues que la lucecita tomó por entre dos gigantes columnas estalactíticas y, remontando por angosta estrechura que oblicuo tubo de chimenea parecía, y por el que a duras penas hubiera cabido arrastrándose el cuerpo de un hombre, la vimos con asombro inaudito filtrarse materialmente por la pared de alabastro y seguir alumbrando paradójicamente más y más a medida que se alejaba, hasta que, en otra rotonda, transparentada más que vista aliende la pared separadora, la vimos sumarse a la docena o más de luces análogas de dicha rotonda y bajo cuyos fulgores sorprendimos leyendo tranquilamente, unos en libros de piedra y ladrillo, otros en quipos mexicanos, papiros egipcios y rollos arcaicos, hasta cantidad de doce o más ancianos venerables que, un momento después, como fantasmas de ensueño, se esfumaron ante nuestra vista, al par que las luces todas se nos velaban misteriosamente, más que desaparecían...

Llenos de santa emoción y de una inexplicable felicidad ultrafísica y sin límites íbamos a encender de nuevo nuestras lámparas cuando advertimos por el lado opuesto a aquel por donde nuestro guía invisible se había alejado, un disco irregular y blanquecino.

Era la bocana de una corta galería, por donde se filtraban las primeras luces del alba, apagando ya a las de Venus.. Unos pasos más y nos encontramos en pleno campo, no lejos de la carretera, y desde donde atalayamos bien pronto al pueblecito de Linares, por cuyos cercados salían a nuestro encuentro Torres, Montalvo y el médico de la localidad, nuestro buen amigo Aceituno.

Estábamos, por tanto, hacia la mitad del camino de Aracena a Alájar, después de haber salvado del modo más curioso los cuatro o cinco kilómetros que nos separaban de aquélla, por un subterráneo que, aunque desconocido ya, por los actuales habitantes de Priorata, todavía se conservaba en la tradición del mismo, sin duda porque cuatro siglos antes le había recorrido muchas veces, por el mismo camino que nosotros, Salomón o Suleimán, el *sol* de España, que en aquellos lugares tuvo y quizá tiene aún, su retiro querido...

CAPÍTULO XII

¿MONTANO, CABALISTA?

Un «lobo» efectivo.—En la morada del médico Aceituno.—Lo que Montano pudo ver en las tetras hebreas.—Su vía-crucis como genio.—La Opus Magnum, la Piedra filosofal y el Elixir de Vida.—Las brujas y la Magia, de Pedro de Valencia.—Montano escritor es Montano mártir.—El asceta en el retiro de su Peña.—«Carriños que matan», de Felipe II.—El Maestro y la Obra Maestra.—Plan ocultista de la Opus Magnum.—Corpus, Anima, Vestes...—El vidente y el místico.—Dios, Anima-Mundi.—¡Arcano Sermo-ne!—¿Un iniciado por los Iniciados del Líbano?—Enseñanza sobre el país de Khalkhas.—Las Calcis iniciáticas.—¡Un Arias Montano nuevo!—La clave numérica hebrea oculta tras los bíblicos simbolismos.

Los recién llegados nos contaron, mediante la festiva musa de Montalvo, los apuros que habían pasado con el guarda, al dejar la cueva. Viejo *lobo* de la sierra, el gran pícaro, se le había metido en la cabeza, por ciertos ruidos, por las huellas de nuestras pisadas, o por no sé qué otros indicios, que alguno de nosotros se había quedado dentro, y quería volver sobre sus pasos estropeando la combinación. Fué preciso, pues, para adormecer a aquel celoso caucerberero, acostumbrado sin duda, como guardián civil que había sido, a entendiérselas con belloteros y contrabandistas, colocarle unas *tortas* plateadas de cinco pesetas, ya que no en la boca en el bolsillo, y acabarte de borrar el recuerdo con adecuadas copas de vino que Torres le dió en la taberna de por cima, pero no sin que al despedirse, se encogiera bruscamente de hombros, diciendo solemne:

—¡Bueno está!... Los sabios y los tontos se parecen como una castaña a otra, pero a mí no me la dan con queso y, vivos o muertos, los sacaremos mañana, si ellos no se dan maña para salir por algún otro sitio.

En efecto, el propósito de nuestros amigos era el de entrar a buscar-nos hasta donde fuera posible, entrando desde Valverde, por la bocana del cerro *jina*.

Comimos y dormimos en Villaverde, tomando por asalto la morada de Aceituno. Causados de la brega pasada, tan pródiga en emociones ocultis-

tas, optamos todos por demorar hasta el día siguiente la salida para Alájar, aprovechando aquella tarde en sabrosas pláticas bajo aquellas frondas de alcornoques y olivos, donde el doctor, a ruego nuestro, nos dió la prometida ojeada general respecto a la vida del polígrafo.

—Nada me es más fácil, con estos apuntes a la vista—dijo el doctor, tirando de papeles—. Arias Montano nació, según la versión corriente, en Fregenal de la Sierra, la vecina ciudad de Extremadura, más bien que en la inmediata Fuente del Maestre, o en Sevilla, como también se dice. En esta última capital, emporio de la cultura de entonces, cursó con excepcional aprovechamiento los estudios teológicos y de Humanidades, completándolos luego en Alcalá de Henares y al lado de su protector el obispo de Badajoz Cristóbal de Valtodano. Ordenado después de sacerdote en León, fué iniciado, como caballero, en ciertos secretos de la Orden militar de Santiago, en el histórico templo de San Marcos. Más tarde, y conocedor perfecto ya de las lenguas orientales con todos los tesoros de cábala que a ellas van anejas cuando en ellas se profundiza, lanzóse a reunir los dispersos materiales que luego le sirvieron para su *Biblia políglota*. Nombrado a poco teólogo de Su Majestad Don Felipe, fué con esta representación y acompañado del obispo de Segovia, al célebre Concilio de Trento, donde puede decirse que se ventilaron todos los problemas que el Renacimiento, la Reforma protestante y la naciente Ciencia tenían planteados, y allí, en aquella reunión de sabios de fama mundial, los admiró a todos con su sabiduría.

»En 1559, o sea hacia los treinta y dos años, la típica *edad de los cristo-*tos, la edad en que el destino ulterior del hombre se decide en definitiva para mal o para bien; la edad, en fin, que, precisamente por eso, cuesta a muchos la vida, vióse delatado por sus émulos como sospechoso judaizante y preso por la Inquisición en su retiro de la gruta de Alájar, donde las penas, las dudas y los desengaños del mundo le tenían recluido. De allí le saca el rey en 1567, precisamente a los cuarenta años, una vez que ya había triunfado en su orientación oculta y se le lleva a las Navas, con vistas a la proyectada constitución de la Biblioteca del Monasterio del Escorial, cuyos primeros frailes no empezaron a sentar allí sus reales hasta 1575.

»En 1568 sale Montano para Flandes, con el fin de editar en Amberes su *Políglota* en casa de Plantino. Intrigas y acusaciones de todo género, movidas por la ignorancia, la envidia y la falsía, le hacen ir a Roma en 1572, regresando a Amberes en diciembre de dicho año. En estos viajes se confirmó más y más en su plan de sintetizar todos sus pasmosos

conocimientos en la proyectada *Opus Magnum*, cuyo solo título, tan parecido a los que solían dar a sus tan misteriosas como incomprendidas obras los alquimistas y cabalistas rosacrucianos de la época, es por sí solo un anuncio de algo así como la busca de la *pedra filosofal* y del verdadero *Elixir de Vida*, que únicamente se encierra en la Ciencia aunada con la Virtud.

»Algo, en efecto, de estos problemas, por otra parte, se había dibujado ya en todas las obras del sabio, especialmente en su *Aparato bíblico* y en su *Comentario sobre Isaias*, que, como obra *isiaca* que diríamos nosotros, es otro *Opus Magnum*, al decir de las cartas inéditas de su discípulo Pedro de Valencia, el celebrado autor del *Tratado acerca de las brujas y de otras cosas tocantes a la Magia*, según puede verse en el hermoso artículo que a este autor consagra en la revista agustina *La Ciudad de Dios* (volumen XLI, pág. 347) el actual bibliotecario del Escorial, padre Guillermo Antolín. De aquí las alusiones, tan vagas como continuas que Montano hace en su correspondencia de hacia 1575 y 1576 sobre «las cosas grandes que tenía entabladas», correspondencia en la que se recuerda la frase que el Papa le dirigió alentándole para su magna empresa de que «más servicio podía hacer a Dios con la pluma en la mano, que en cualquiera otro de los menesteres del mundo». El rey, sin embargo, le contraría en estas vocaciones, llevándosele en 1577 de ordenador de la Biblioteca del Escorial, cargo para el que, según el propio Montano, habría bastado con un chiquillo. No contento con esto le arranca de nuevo el rey al descanso y retiro de su Peña aracenenense enviándole en 1578 con espinosísima misión diplomática a Lisboa, donde, si se le hubiese atendido, entendido y seguido, acaso se hubieran visto unidos gloriosa e indisolublemente los dos países hermanos.

»Vuelve el asceta a su Peña y vuelve a verse llevado otra vez por el rey al Escorial en septiembre de aquel año o del siguiente, y torna a escapar para aquélla en 1580, desde donde, triunfador de todos sus enemigos, es llevado por el monarca al Concilio de Toledo en 1582 para enseñar la verdadera doctrina a aquellos mismos envidiosos y malvados que años antes, cuando la denuncia de León de Castro, habían querido perderle y que al año siguiente (1583) veían aprobada la *Pollglota* por su censor fray Diego de Estrada. Llévasele de nuevo en aquel año el rey, quien, según frase histórica, «no podía vivir sin él»; pero en 1584 torna acaso a escapársele a Aracena y en 1586 a Sevilla. De nuevo en el Escorial, por los años de 1585 al 88, conoce a su discípulo Sigüenza y publica sus inestudiados comentarios a las Epístolas del iniciado San Pablo y acaba

el tratado *Alma*, primera parte de su *Opus Magnum*, cuya exposición, ayudada siempre por los estudios del padre Villalba, que fielmente seguimos, capítulo aparte merece.»

Aquello valía por cien explicaciones de cátedra. Todos escuchábamos al doctor embobados, perdida toda noción de tiempo.

—Parafraseando, pues, a este benemérito agustino—continuó el doctor—, diré que, tras la agitada brega, o quizá en medio de ella y por la natural inclinación de toda gran inteligencia a buscar descanso definiendo y expresando de una manera completa su pensar, a la postre de todo aquel liboreo vivísimo en que las circunstancias externas le tuvieron envuelto durante muchos años, el que fué consultor en Trento, editor heroico en Amberes y comentador de los *Profetas menores* y cantor de la salvación de la Humanidad por Jesucristo, quería definir su pensamiento y exprimir su alma toda entera, porque con ser todas estas obras juntas y cada una de por sí lo suficiente para levantarle sobre el nivel común de los más doctos y famosos, eran ellas como meros momentos de su vida, momentos muy felices y hermosos, pero nada más, pues que sólo mostraban un aspecto particular, una faceta de su genio... Por eso Arias Montano aspiraba a revelar su mente toda en poderosa síntesis. Tenía puesto así Montano sus cariños en esta magna obra, *su verdadera obra, que era él mismo en cuerpo entero...*, y así la llamó *Opus Magnum*.

»Bien a la oriental, por cierto, consideraba Montano en ella el Universo en su total conjunto, y al investigar acerca de su naturaleza, distinguía en él *el Alma*—el *Anima-mundi*, de Platón, que diría un teósofo—el elemento que informa y vitaliza el Universo; y, por otro lado, el objeto o materia en la que este alma vivía y sobre quien ejercía su acción, o sea *el Cuerpo*.

»La primera parte del Alma o *Anima*, era el *Libro de la generación y regeneración de Adán*, o sea la cabalista *Historia del género humano*. El autor indicó siempre, además, que tenía en estudio una segunda parte, de la cual afirmaba en 1594 no poderla concluir tan pronto como los amantes de la piedad anhelaban, escribiéndola por encima de toda envidia y disputa, laborando en ella hasta en los días de fiesta, en los anales ninguna religión prohíbe dedicarse gratis al cuidado y estudio de las cosas sagradas. En cuanto a *el cuerpo (Corpus)*, se inicia por una *Historia general de la Naturaleza* y aunque en la dedicatoria de esta obra parece aludir a otras partes en preparación, distintas de la segunda parte del *Alma*, no se sabe que las escribiese.

»Tal es el plan de la *Grande Obra* de Montano, para que así la corra

la misma suerte que las demás que con mayor ardor han acariciado los genios, no puede afirmarse que esté concluida, pues aunque Nicolás Antonio habla de una tercera parte que con el título de *Vestes* había de completar el ciclo de la mentalidad de Montano, ni sabemos si es pura y probable conjetura de aquél o si la confunde con alguna de las otras partes que quedaron inéditas o en proyecto. Nicolás Antonio, por cierto, no tuvo noticias de la *Naturae Historia*.

»Entrando en el fondo de la *Opus*, hay en el fondo de toda ella—sigue diciendo Villalba—, tanto en su concepción como en su desarrollo un no sé qué de arcano y misterioso; algo como si fuera la exposición de una filosofía esotérica y simbólica, una especie de misticismo filosófico rodeado y como envuelto en grande y solemne forma, que se desarrolla sereno e imperturbable en la seguridad y aplomo de un pensamiento tenaz y firmísimo. Arias Montano aparece como un vidente, un místico en la plena y profunda obsesión de una idea, en la posesión de un sistema propio, de un principio supremo, eje principal y resorte de todas las cuestiones, por el que se resuelven con la mayor y más suave facilidad. Y en su decir sereno y flúido se nota cierto señorío levantado, toda la elegancia de un prócer del pensamiento, y en el mismo empeño tenazmente sostenido de sustentarlo y fundamentarlo todo con la palabra divina sorprendida en su más oculto y precioso manantial, en la más pura y menos enturbada fuente del primitivo texto, canal primero por donde corrió el rico venero de enseñanza que del cielo bajó hasta la tierra y de cuyos más insignificantes elementos saca y aduce Arias Montano pruebas acultas al común de los mortales; y en todo esto que representa la arquitectónica de una filosofía religiosa universal, o mejor en este filosofar sobre la obra de Dios, sobre la Naturaleza universal toda, empezando por el mismo Dios, Alma del mundo, hasta llegar a la más mínima parte de este Cuerpo explicándolo todo en esa relación sagrada que tiene la obra con su soberano Autor en su existencia y ciclos peregrinos y en los modos de actividad que en ella puso el Autor de todas las vidas, en todo esto la figura de Arias Montano aparece ornada por los tristes venerables y rodeada del nimbo arcano que la grandeza de esa misma obsesión ideal que le posee y le presta... La edición de la *Biblia Regia*, fué, como él mismo dice en *Arcano Sermone*, la ocasión originaria de aquella... Pocos años después (1583) publica con el título de *De varia republica*, el comentario sociológico al *Libro de los Jueces*; escribe y deja inédito su *Vestes*; vémosle por última vez en el Escorial en 1592 y luego en Aracena y Sevilla, para morir en esta última ciudad en 1598.

»Aquí tenéis, pues, a grandes rasgos esquemáticos la vida exterior del polígrafo—terminó el doctor—. En cuando a su vida interior y mística, sólo podemos asegurar por su obra misma que en él renace y florece toda la tradición española, árabe y rabínica; que él es un Prisciliano, un Isidoro de Sevilla, un Avicena, un Aberroe, un Ben Gabirol, un Simeón Ben Zocai, un Arnaldo de Villanueva o un Lulio; es decir, un teósofo efectivo que, en alas de aquella misma tradición, nunca perdida en España, supo remontarse vigoroso a la fuente misma de toda la iniciación ocultista occidental que está en el Líbano.»

—¿En el Líbano, decís?—pregunté.

—Sí, en esa sucursal calcídica de la *Fraternidad Blanca del Gobbi*, sobre la que ahora estoy haciendo un estudio.

—¿Y qué podéis decirnos de ello, en resumen?

—Puedo decirnos con Bailly que el origen de las ciencias todas está en cierto pueblo antiguísimo del lago Baikal, a los 50 grados de latitud; el país de Khalkhas, desde donde ellas pasaron a los atlantes, de la Atlántida a los etíopes antecesores y muchos siglos más tarde a las cuatro naciones más antiguas del mundo: India, Persia, Caldea y Egipto. Los Iniciados en dicho país tenían un lenguaje sagrado que de ellos se llamó numérico o *calcídico*, lenguaje zeudzárico que fué el origen de todos los alfabetos conocidos, empezando por el *devanagori*, el lenguaje de los dioses o sánscrito y por el hebreo en Occidente. La característica de este lenguaje numérico aun se conserva en el numérico valor que tienen las letras en todos los alfabetos y la característica también de los centros iniciáticos que aquellos dejaron esparcidos por el mundo está en la palabra *Khalkhas*, *Chalcis* o *Calcis*. Así, a más del *Khalkhas* originario de la meseta central del mundo, tenemos infinidad de otros Chalcis: el de Piza, el de Sicilia, base según Isaac Taylor del alfabeto romano primitivo, variante de las Chalcis griegas de Lycia, de Bilinia, de Tracia, de la península calcídica, de la Etolia, de la Eubea, del Epiro, etcétera, como éstas lo fueron de las dos Chalcis Caldeas y hebreas de la Celesiria y del alto Líbano, cerca de la solar Heliópolis o Baalbek, centro iniciático aún para todo el Occidente, desde la época de Jesús hasta la del Viejo de la Montaña y desde los primeros templarios hasta los últimos teósofos. Quiero decir, en resumen, que Montano, al profundizar en el estudio del caldeo, el hebreo y otras lenguas orientales, se percató de la falsía de las masoras o vocales arbitrariamente puestas por alguien para desvirtuar la primitiva significación numérica o *calcídica* de todas las palabras estampadas en la Biblia, especialmente de aquellas que como Jehovah, Elohim, Adam, Eva, Abraham, etcé-

tera, tienen hoy reconocido un valor numérico tal que hace a todos estos personajes simbólicos meros valores de medida, pero de una medida que, como diría Piazzi Smith, mide al mundo al tenor de la consagrada fórmula pitagórico-platónica de que *el Verbo geometriza!*... Esta es la causa de que, para la despierta intuición del padre Villalba, Arias Montano, verdadero hebraísta, no al estilo pedestre de San Jerónimo, sino al estilo iniciático o *calcídico*, aparezca en su obra «*como un vidente, un místico en la plena y profunda obsesión de una idea, en la posesión de un sistema propio, de un principio supremo, eje principal y resorte de todas las cuestiones, por el que se resuelven con la mayor y más suave facilidad*»... Poseedor, en suma, de la clave numérico-filológica, que es una de las Siete llaves del Misterio y que se cree fué antaño poseída, en unión de la fisiológica o sexual y de alguna otra más por egipcios y hebreos.

—¡Ahora me lo explico todo, como en las novelas!—exclamó Peinado, inflamado por supremo ardor místico—. ¡Benditos son y serán siempre estos *Benedictos!*... ¡Por ellos y sólo por ellos, merece ser vivida la vida!

CAPÍTULO XIII

UN ASCETA DEL SIGLO XX

¡Buen presagio!—A la vista de Alájar.—Revelación de Martín Hilario.—El asceta sabio de la Huerta de la Ermita.—Por entre los cercados de la villa.—Un «idiota» estilo San Pablo.—El Carmen aracenense y los viejos cármes calcídico-sibilinos y árabes.—¡Qué descansada vida!...—¡Ellos, los Excelsos!—Historias y leyendas de los remotos tiempos.—Orullos, Oralía, Olisis, Olissipo.—El perdido y verdadero Dextro y el falso Flavio Lucio Dextro.—¡Hasta la noche!...

Prensados en una jardinera, después de un bien ganado descanso, recorrimos a la mañana siguiente por una carretera ideal los escasos kilómetros de la bajada hasta Alájar. Montalvo-Pavones nos sacó una fotografía.

—¡Buen presagio!—dijo Peinado al advertir que la diosa *Casualidad* o *Causalidad*, más bien, nos deparaba triunfal acogida con un sonoro repique de campanas.

—¡Son las campanas del Grial, que alegres nos acogen!—replicó solemnemente Cotta—. ¡El Templo está cerca!

A poco, dejando a la derecha sobre nuestras cabezas el bosque vecino a la Peña de los Angeles, penetramos en el lindo pueblecillo donde nuestro Arias Montano había oficiado de párroco muchas veces, como vimos consultando partidas del archivo escritas de su puño y letra.

Mientras tomábamos un refrigerio, alguien nos dijo, entrometido:

—Ustedes que, por lo visto son muy sabios, vienen a visitar, sin duda, a nuestro sabio *Aristóteles*, el del *Huerto de la Ermita*.

Cotta y yo saltamos de nuestros asientos, llenos de sorpresa, y casi otro tanto hicieron nuestros compañeros.

—Explicaos, joven—clamamos a una.

—Poco es lo que tengo que explicarme—añadió el interpelado Martín Hilario—. Se trata de un lejano pariente mío que es muy raro, pero muy santo, y vive ahí en una huerta próxima desde el día de hace unos treinta

años en el que por codicias de sus hermanos respecto a la herencia de sus padres, se asqueó de lo que da de sí el mundo; renunció a todo y se metió para siempre en su huerto, donde vive desde entonces como un ermitaño, contento y feliz como nadie en todas estas tierras con el pan, el aceite, las frutas y hortaliza que cosecha. Llega a tanto su desinterés que, teniendo una pensión de importancia que le dejó un pariente suyo en Sevilla, va a esa ciudad el día diez de enero a las diez de su mañana, para renovarla y que no prescriba, pero sin cobrar de ella un solo céntimo. El tal pariente, ya difunto, tuvo fama de rico a consecuencia de no sé qué hallazgos por el cerro de San Ginés y otras cuevas de estas sierras...

—¡Seguid, seguid!—dijimos todos al despierto joven—. La narración de usted acerca de ese nuevo Cincinato del siglo veinte es interesantísima.

—No es mucho lo que me queda que añadir—respondió aquél—. *Arístoteles* estudia o medita constantemente cuando no tiene labor en su huerta. Las gentes le llaman el sabio y el apóstol. Sin exageraciones ni beaterios, viene con frecuencia a la iglesia si en ella hay algún buen predicador. No se le han conocido jamás relaciones amorosas, ni ha reñido nunca con nadie, dada la dulzura de su carácter, siendo los niños y los enfermos sus amigos favoritos.

—Tenga la bondad, pues, simpático joven, de guiarnos inmediatamente hasta el retiro del sabio—dijo el doctor, tomando una rápida resolución que aprobamos todos.

El joven así lo hizo, y al punto nos vimos por entre el dédalo de callejuelas de los cercados que rodean al pueblo, coronadas por bóvedas de alcorcoques y gigantes olivos, festoneadas por zarzas y yedra y encharcadas por los pequeños regatos bajados de las laderas de la sierra. Los restos de antiguos empedrados, en los que alternaban los fragmentos de mármol con los del cuarzo y la pizarra, acusaban a las claras que la villa de Alájar había sido antaño más importante que hoy día.

Tras un recodo solitario de aquellas paredes de piedra, bajo un gran toldo de secas vides y jazmines en flor, apareció una tosca portalada semi-derruida.

—Aquí es—dijo el joven, desapareciendo por no sé dónde.

—Caballeros—dijo el doctor, antes de llamar emocionado a la misteriosa puerta—, creo que somos demasiado tropel para entrar todos juntos. Acaso el anciano podría asustarse, y opino que ustedes se queden fuera hasta nuevo aviso, mientras penetro yo con nuestro cronista.

Obedientes los demás, se emboscaron sumisos un poco más arriba, mientras que el doctor daba tres suaves golpes con su roten, golpes que,

no sé por qué endiablada asociación de ideas, me recordaron los de los vargueños.

Cual si hubiéramos oprimido un resorte mágico, abrióse la puerta instantáneamente, apareciendo en sus dinteles un anciano venerable, vestido de limpísimos andrajos, si vale la paradoja, de estatura regular, barba y cabellos rizados, más blancos que la misma nieve; ojos hundidos, pero vivísimos, casi luminosos por sí mismos, según la impresión de deslumbramiento que nos causaron al punto llegándonos a lo más íntimo del alma; un patriarca bíblico, un Moisés de Buonarroti, en fin, que, con voz suavísima, nos decía:

—¿Qué desean los señores? ¿A qué se molestan viniendo a visitar a este pobre idiota?

—¡Idiota, padre mío, se llamaba también a sí propio San Pablo, y sin embargo a él debemos lo mejor y más depurado que tenemos del Cristianismo!—replicó el doctor, bajando humildemente la vista.

—¡Pasad, pues que así lo queréis! Pero acaso sufráis un desencanto grande con mi insignificancia—contestó el Moisés aquel franqueándonos la entrada al más pintoresco huertecillo que darse puede: un paraíso de bien pocas hectáreas y cuya descripción suprema está hecha con sólo recordar las que los poetas árabes nos han dejado de los jardines encantados de Zahara, o de los *cármenes* granadinos, efectivos *cármenes* calcídicos como aquellos que hicieron decir al iniciado Silio Itálico: «*Carmen calcidicum sum versus Sybilini a Cumana Sybilla conditi*», rememorando a la Sybilla de Cumas que a tanta honra tuvo el invocar siglos después la Iglesia para su pavorosa elegía del *Dies irae*.

Los olivos cargados de aceituna; la red de frutales escalando las tapias de yedra y jazmines del huerto; los naranjos y limoneros prontos a romper en azahares cuanto cuajadas de dorados frutos; los geométricos tablares de hortalizas festoneadas por floridos jacintos, daban a aquel casto ambiente tranquilidad y dulzura tales, que parecíamos no estar en este bajo mundo, sino en el mismo y bucólico ambiente en que se bañara también Fray Luis de León, cuando cantó aquello de

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!
¡Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,

ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado!...

porque nuestro asceta de Alájar bien podía repetir con el maestro aque-
llo de

Despiértente las aves
con su cantar suave no aprendido,
no los cuidados graves
de que siempre es seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido...

Precedidos del anciano, gallardo y fuerte todavía a pesar de sus setenta o más años, subimos a una especie de soleada plazuela en alto, llena de rosas y otras flores impropias de la estación todavía, donde una vez sentados en rústicos asientos de corcho, el asceta nos dijo:

—Por vuestra manera de presentaros, por vuestro aspecto mismo conozco que no sois unos vulgares viajeros, sino hombres que buscáis algo más alto, algo de lo que yo también en este mi retiro de hace tantos años busco.

—No os engañáis, no—contestó solemnemente el doctor—, somos modestísimos teósofos y buscamos, al par que el medio mejor de servir a la fraternidad universal de la Humanidad sin distinción de razas, sexo, credo, casta o color, el camino, *la senda escondida*, el estrecho sendero...

—¡Oh!—repuso con sincera humildad el anciano, temblándole de emoción la blanca barba—, yo no soy sabio, pero venero a los sabios; soy un pecador, pero amo a los buenos. Por eso, por mis muchas faltas pasadas y presentes me he retirado a este rinconcito, donde aguardo tranquilo el día de mi tránsito a un mundo mejor donde me aguardan *los míos!*

—¿Y quiénes son *los suyos* sino *los nuestros* también, los pocos, los grandes que en el mundo han sido?... ¿Quién, en fin, sino *Ellos*, los seres *excelsos*, como ese inconmensurable don Benito Arias Montano, que también, como vos, tuvo antaño su retiro allá arriba?—dijo emocionadísimo el doctor, señalando hacia la Peña de los Angeles, y lo dijo con acento tan vibrante, tan solemne y extraño, que yo hasta entonces bien puedo decir que no había comprendido toda la música, toda la magia que se encierra en el lenguaje humano. Las palabras de aquellos dos superhombres, que no parecían sino padre e hijo espirituales, caían, en efecto, de sus labios, como largas notas de arpa y de violoncello; como gotas de

agua espaciosamente filtradas de las estalactitas y caídas ingravidamente en los cristales de los lagos subterráneos que tan familiares ya nos eran.

—¡Oh, mi santo Maestro!—exclamó lleno de unción y elevando juntas sus huesosas y nervudas manos hacia arriba, mientras que una lágrima de emoción pugnaba en vano por escapar de sus ojos azules—. Sí, ya no vivo sino con él, de él y para él. Por eso vigilo por su ermita y a diario visito su gruta. Por eso, acaso, ha querido también el Destino que yo viva lo suficiente para alcanzar el día en que dos hombres más jóvenes y animosos que yo, vengán en peregrinación a estos santos lugares, hollados por su planta y santificados con su presencia a buscar abnegados e inocentes, algo de eso que la pobre Humanidad escéptica de nuestros días necesita más que el aire si no ha de morir por asfixia.

—¡No somos dos, sino siete!—interrumpí—. Los que veis y cinco más que aguardan el permiso para penetrar en este recinto, santificado por vuestras virtudes.

—¿Y qué hacéis, que no les dais entrada?—opuso, en tono de reconversión el asceta—. ¡Que pasen, pues, en seguida!

Así lo hicieron nuestros cinco compañeros, que uno a uno fueron penetrando en el huerto como hubieran podido hacerlo en el templo más augusto del mundo, pese a la protectora familiaridad con que, desde el primer momento, les acogió el asceta.

Lo que después nos aconteció con este último no puede transcribirlo la pluma. El anciano parecía transfigurarse al hablarnos del Maestro, contándonos historias y leyendas de los remotos tiempos de la comarca aquella, muy anteriores a cuando la isíaca imagen de Nuestra Señora de los Angeles había sido hallada tres veces en la gruta por unos cabreros y perdida otras tantas, según canta la célebre leyenda de San Enrique de los Reyes. También nos contó no poco de cuando Arias Montano escribía sus apuntes para obras de índole ocultista que acaso se han perdido. En su visión retrospectiva, que visión astral más bien parecía, el asceta nos evocó con la magia de su palabra apostólica los días trágicos de la invasión agarena, por la que se aposentaron en la región los más selváticos herberiscos; los no menos trágicos días anteriores de suevos, alanos y godos cuando estaba ya cuajada esta serranía de penitentes eremitas, ante los cuales somos menos que un átomo los solitarios de hoy al seguir el ejemplo de nuestro San Víctor en el siglo V, como lo prueba Rodrigo Caro en sus *Notas a la Historia de Flavio Dextro*. Por último nos habló largamente del pueblo-rey cuando, desde su metrópoli de Itálica, extendió a estas sierras su influencia, aprovechando las múltiples riquezas de la

comarca aracenense y las minas antiquísimas que antes de ellos habían aquí explotado fenicios y cartagineses.

—Porque habéis de saber—nos dijo, como quien hace una penosa revelación—que a seis kilómetros más al sur de Alájar, del otro lado de esas sierras coronadas por tenuous jirones de niebla, se extienden los célebres llanos de Orullos u Oralia, cerca de donde se halla la capilla de San Bartolomé, capilla alzada sobre las ruinas del templo celtibérico, tartesio o túrdulo más afamado por toda esta tierra. No lejos de allí estuvo también el pueblo y templo de *Olisis* u *Old-Isis*, la *vieja diosa Isis* egipcia traída a estas regiones por los periplos de la raza aquella que también fundó en la desembocadura del Tajo a su gemela *Olissipo* o Lisboa, metrópoli atlántica que sólo tuvo rivales en Gades y Coruña. Además de las tradiciones y documentos que yo os daré en breve, tenemos cauce abajo de Riva Seca los restos de *El Patrás*, o sea la ciudad de los padres, *patres* o *jinas*; la misteriosa *Fuente jina del Oro*; los baños minero-medicinales vecinos a *La Corte*, a Santa Ana la Real y al primitivo monasterio y castillo de *Almonaster el Real*, rico en piritas de hierro y cobre, entre los sitios jinas también llamados *La Joya* y la *Cueva de la Mora*. Todos estos lugares—dijo—solapan grandes misterios del pasado, que yo mismo ignoro, y aunque los supiese acaso no podría revelároslos tampoco... Pero, en fin—añadió el asceta cambiando repentinamente de conversación—, lo importante por el momento es que subáis a la Peña de los Angeles. Yo no puedo ahora acompañaros, pero tenéis bien de manifiesto el camino, subiendo por esta calleja hacia arriba.

Respetuosos con aquella indicación íbamos a despedirnos del santo anciano, cuando, cogiendo cariñosamente la mano del doctor, le dijo:

—No, no os veréis libres tan pronto de mi enfadosa presencia. Si os place, podéis volver a verme todos esta noche.

—Nada más anhelado por nosotros—replicó el doctor, despidiéndose—. ¡Gracias, y que os guarde el Cielo!

Todos nos alejamos emocionados, pero la impresión de Peinado excedió a la de todos. Algo nuevo ocurría en su sér, sobre lo que no nos atrevimos a interrogarle, esperando que el tiempo nos lo aclararía.

CAPITULO XIV

NOCHE DRUÍDICA

La subidá de la Peña. —La calzada, la fuente, la ermita, el paisaje y la gruta. —«La escondida senda». —Retorno con el asceta Luis. —¡La llamada del Destino! —A la luz de la luna... —No podemos ser sabios prescindiendo de la sabiduría de los antiguos. —El hombre, sin la historia sería inferior al bruto. —Está por hacer la historia hispano atlanta. —Cretinismos históricos y falsías manifiestas. —Un regalo de príncipes. —Otra vez y siempre el Maestro Arias Montano. —El cuadro de Machell y el sendero hacia la Iniciación. —¡Momentos que valen un siglo!

Remontamos por la calleja, camino de la Peña. A medida que ganábamos altura, el panorama se iba haciendo más y más espléndido, por entre aquel bosquecillo de alcornoques, encinas, álamos y otros árboles de severo aspecto, a lo largo de una calzada empedrada que parecía romana, entobas pedregosas, espinos, zarzas y mejoranas, que embalsamaban el ambiente anticipando en aquel templadísimo rincón las delicias de la primavera. La majestuosa alma del dormido paisaje; la felicidad inexplicable que tras la visita al asceta irradiaba de nuestros corazones con vigores de extraña juventud y notas de dulcísima ternura; los efluvios bienhechores de aquel sol del invierno andaluz y las seguridades íntimas que, sin saber por qué abrigábamos de que estábamos metidos de lleno en una empresa tan grande como vaga y misteriosa, nos tenía como transfigurados y hasta tal punto ágiles que ni cuenta nos dábamos de las molestias de la subida.

Pronto, pues, nos vimos en el borde de una plataforma espaciosa, festoneada de árboles y maleza, por cuyos costados brotaban espumosas varias corrientes de agua purísima, formando aquí y allá cascadas antes de bajar al valle para fertilizarle. Un pequeño bando de perdices se levantó poco más abajo, alborotadas por nuestros pasos. Algunos ruiseñores arpegjaron entre las líneas de álamos de la calzada como dándonos la bienvenida y grupos de astutos gorriones se nos ponían delante como burlándose de nosotros, hasta llegar a una fuente monumental, diáfana como un cristal que, adosada al talud rocoso se muestra a la entrada de la platafor-

ma como invitando al viajero a beber y a purificar su cuerpo, su alma, su conciencia toda antes de penetrar en aquel santuario de *La Virgen de Peña*, que en el siglo XVI eligió Arias Montano para su retiro, considerándose en el más feliz, perdido entre las grutas eremíticas del cerro, que cuando lucía su pasmoso saber en Trento, o recibía en Lisboa honores de embajador extraordinario del más extraordinario de los reyes del mundo «en cuyos dominios no se ponía el sol», o se cubría de los laureles para la publicación a cuatro columnas en latín, griego, hebreo y árabe, de su inconmensurable *Biblia Políglota*; o era llamado a la regia biblioteca escurialense para echar las bases del que pudo ser el archivo más grande del saber. Rey de reyes en su retiro excelso, aquel mismo Felipe II, «rey de Inglaterra, de España y de sus Indias orientales occidentales, de Cerdeña, de Sicilia, de Nápoles, de Jerusalén, etc., etc.» vino a visitarle según parecen comprobarlo un antiguo cuadro que antes existía en la ermita, representando al rey en oración, y las dos pirámides hoy en ruinas, la explanada, las que se dice tuvieron antes la inscripción «*Plútipus II rex*» y la apostilla «*Gabriel a Zayas*», en recuerdo de este secretario del rey y gran amigo del políglota.

El templo nada tiene en sí de particular. Es una de tantas ermitas cien veces reparadas y enlucidas como se ven por Andalucía y Extremadura, consagrando con su sello cristiano otras tantas alturas, desde las cuales también otras gentes anteriores elevaron sus preces a ese Sér sin nombre que está por encima de todos los cultos y de cuantas religiones exotéricas se suceden en el mundo. *La Reina de los Angeles*, efectiva Virgen de Guadalupe por la fiesta de su Natividad (8 de septiembre) tiene la misma leyenda e igual probable origen que la trigueña imagen egipcia de las Villuercas de Extremadura. Como esta misma, fué escondida por los cristianos después de la llamada rota del Guadalete y descubierta luego por un pastor que antes la viese en sueños.

En el reborde mismo del talud que vuela hacia el Sur sobre el inmenso valle de Alájar, se abre una bocana caliza, algo menor que la de un túnel, sin huellas ya de las masas estalactíticas que acaso antaño tuvo. Un rústico asiento aparece tallado hacia la derecha, que a nosotros nos pareciera un trono, por haberse sentado en él tantas veces durante los ocho años de su retiro el Salomón hispánico con la vista vagamente perdida sobre el imponente panorama mientras cruzaban acaso por su mente las ideas matrices de su *Magna Obra*...

Un puñado de fotografías de todos aquellos consagrados lugares; un embobamiento extático de no pocos minutos sobre el frontero valle que

parecíamos ver desde aeroplano; una larga contemplación de las lejanías de la izquierda hasta las *Sierras del Gandul* y por la derecha hasta las vecindades de la opulenta Cortegana, y de igual modo que la otra vez en Aracena, bajamos a la luz de un maravilloso crepúsculo, después de haber presenciado la puesta de sol y la salida de la luna en un cielo que parecía una turquesa, por no presentar ya ni la menor nube, cosa que en invierno sólo sucede en Andalucía.

En menos de media hora nos vimos en la limpia posada-fonda, donde una cena abundante y sana reparó nuestras fuerzas Interin llegaban las siete de la noche, hora para la que nos había citado el asceta Luis.

Recibiónos éste en la explanadita de su casucha, orlada de rosales y de granados, al pie de un gigantesco pino, que nos pareció, no sé por qué, una especie de árbol sagrado, evocador de los tiempos más remotos y, sentándose sobre una piedra blanca semejante a la del ensueño de Jacob o a la del subterráneo de Aladino, nos dijo con velada pero solemne voz:

—¡Hijos míos!—permitidme el que así os llame desde ahora—: algo muy grande que está en el curso lógico de las Esferas, sin duda, os trajo aquí, no por móviles mundanos de curiosidad, codicia o vanagloria, sino por otros más íntimos, de los que seguramente no os dais perfecta cuenta todavía, y ha querido el Destino que yo viva lo bastante para poder esperaros y deciroslo...

Al llegar aquí el anciano hizo una solemne pausa como quien coordina hondos recuerdos viejos, o como el que se prepara a formular la más estupenda de las revelaciones. Todos contuvimos hasta el aliento, sentados cuál en su taburetito de corcho, cuál en los poyos de viejo mármol de ruinas, puestos delante de la choza como en anfiteatro. La tierra tenía un sacramental silencio, tres veces interrumpido por el *schuín, schuín* de un bubo entre las ramas del pino, como si impusiese más aun aquel silencio. El aire tibio parecía impropriamente de muy avanzada primavera. Los rayos de la luna llena, cayendo mágicos sobre la nieve de la barba y cabellos del asceta dábanle una apariencia como de otras edades, cual a bardo druídico que en noche semejante se preparase a entonar un himno orgámico a los acordes de su arpa heptacorda. Hasta parecía agigantada su estatura y tomados en flotante manto los pseudo-andrajos de su rústico vestido. En cuanto a sus ojos, parecían, más aun que por la mañana, luminosos por sí mismos.

—El capítulo treinta y nueve, versículo primero del *Ecclesiastés* del rey Salomón—dijo, al fin el bardo, cual si cantase—nos enseña que nadie puede alcanzar a ser verdaderamente sabio si antes no busca y asimila la

inmensa sabiduría de los antiguos. Si los consejos de los ancianos los miramos con respeto y elogio, por creerlos hijos de la fructífera madurez de los años, ¿con cuánto más provecho no deberemos venerar y seguir los de aquellos antecesores nuestros, contemporáneos de los primeros días de la tierra? Con semejantes ejemplos, los niños, como dice Plinio en su *Epístola ad Lacer*, pueden superar en ciencia y en prudencia a los mismos viejos. «Por eso también ha dicho César Cantú en el discurso preliminar de su *Historia Universal* que ninguna ciencia satisface tan completamente» como la Historia la inmensa necesidad de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno que la humanidad siente más imperiosamente a medida que avanza en su camino. Nuevos nosotros en este mundo, y sucesores de aquellos que, conociéndoles apenas, le abandonaron; anillos temporales de la cadena en la cual, a pesar de la destrucción de los individuos se perpetúa la especie, ¿cómo podríamos dirigirnos si estuviésemos atendidos tan sólo a la propia experiencia? En poco superiores a los brutos y acaso más desgraciados que ellos; guiados por el instinto del placer o el imperio de la necesidad, nos pareceríamos nacido a media noche que, al ver salir el sol lo creyera acabado de crear en aquel mismo momento. La Historia nos eleva sobre los intereses efímeros y mostrando que somos miembros de una asociación universal que se dirige a la conquista de la virtud, la ciencia y la felicidad, dilata nuestra existencia a todos los siglos, nuestra patria a todo el mundo, haciéndonos contemporáneos de los grandes personajes y manifestándonos la necesidad de dejar aumentada para nuestros sucesores la herencia que de nuestros padres recibimos. ¡Y cuán pura satisfacción no embarga nuestro ser al contemplar desde tan elevada meta la moral y la humanidad!... La importancia de la historia mitiga el cobarde egoísmo que gangrena a la sociedad moderna, impulsándonos a una generosidad consoladora y activa... La antigüedad respira una como juventud eterna en aquellos hombres de carácter grande y complejo que a un mismo tiempo descollaban como capitanes, ciudadanos, literatos y estadistas; pero así como nos son desconocidas las tres séptimas partes de la superficie de la luna, del mismo modo carecemos de noticias sobre una gran parte del linaje humano.»

»Pero ¡ay!, que nuestra patria Historia—diré parafraseando a un gran escritor de quien después he de hablaros—desde los remotos tiempos de la Atlántida está todavía por hacer. Os lo asegura un hombre como yo, que es insensible cual lo son todos los hombres próximos a morir. Diríase que es una funesta maldición de España el que sus llamados historiadores hayan sido no pocas veces unos cretinos o unos falsarios manifiestos. Viterbo, el

arzobispo don Rodrigo, Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita, Moret, Abarca, Pellicer, Ferreras, Mariana y otros, sin contar los de los dos siglos últimos, preocupados por equivocadas o inciertas minucias, no han acertado a unir nuestra gloriosa prehistoria con la ora gloriosísima, ora terrible de la Atlántida que con ella está, sin embargo, enlazada de un modo mágico e incontrovertible, porque ella no es sino la *cábala* o tradición de las edades, y aunque fuera cierta, que no lo es, la pretendida ley de Guillermo Escobar de que «entre gentes que no conocen la escritura no se puede conservar el hecho histórico tradicional más que a lo largo de cinco o seis generaciones, es decir, unos doscientos años», tenemos infinidad de documentos escritos, sin contar con las maravillosas enseñanzas que nos han sido transmitidas por los Misterios iniciáticos, tan antiguos casi como la Atlántida misma...

Todos conteníamos hasta la respiración adivinando el terreno a que el sabio nos quería conducir.

Tras breve pausa, continuó el anciano:

—Una de las obras perdidas—sigo parafraseando—es la *Historia Universal*, de Dextro, que daba relación completa de toda la serie atlante de los primitivos monarcas de España que dieron pobladores a Irlanda, Escocia, Inglaterra y aun América; que enviaron las colonias que en Asia dieron nombre a la Iberia oriental; que poseyeron toda la Libia en Africa; que dieron reyes a los celtas, siendo rama suya los primeros reyes de la decantada Troya que ocuparon muchos años a Sicilia y fundaron a Roma, cabeza del mundo, pues es fábula bien conocida que de Eneas procedieron los reyes de Alba, progenitores de Remo y Rómulo. Demostrábase además en dicha obra que toda la fábula y mitología gentilíca tuvo su origen en príncipes atlantes o, como si dijéramos, españoles, de lo que se colige que España en los tiempos llamados *adelón* y *mltico* fué cabeza y señora de todo el Occidente, extendiendo su imperio por las Galias, Italia, Alemania, Inglaterra e Irlanda; en Africa por las Mauritánias, hasta el Congo y la Libia y en América del Sur a Norte todo su dilatado país...

»Esta insigne reliquia de la obra de Dextro, sabio de los tiempos de Felipe II, que don Lorenzo de Padilla dice tuvo en sus manos, desapareció sin saberse cómo sustituida por la mentirosa Historia de Flavio Lucio Dextro, pero alguien más conoció sin duda aquella otra auténtica *Historia*, y este alguien fué el Maestro don Benito Arias Montano, a cuyas manos expertas llegó también otra obra curiosísima conocida bajo el nombre de *Chronicón de Pedro Orador*, de Zaragoza, y fué tal la sorpresa que tanto a él como al rey don Felipe hubieron de causar entrambas obras,

que este último ordenó a aquél que, para la naciente Biblioteca del Escorial, sin duda, escribiese sobre el particular algunos pliegos que hoy se creen desaparecidos y después un *Epítome* de los reyes hispano-atlantes, epítome cuyo original, de la propia letra del polígrafo, fué conservado durante muchos años por un sabio canónigo de Zaragoza, mientras que una copia del mismo epítome vino a parar a manos del profundo doctor Huerta y Vega, a principios del siglo diez y ocho, y para que veáis cómo no hablo por cuenta propia mía, sino siguiendo al pie de la letra a este último historiador, voy a tener el gusto de regalaros su preciosa obra acerca de la primitiva historia de nuestra patria.

Y al decir el asceta todo esto, que nos dejó verdaderamente atónitos por lo prodigioso, lo increíble y lo inesperado, entró un momento en su albergue y, como si de una biblioteca astral lo hubiese tomado, sacó un estuche de cuero análogo a los *Libros becerros* de las antiguas leyes o una ejecutoria de nobleza, a juzgar por los dos sellos de plomo pendientes de seda roja que la cerraban, representando uno de los sellos al mismo castillo de la *Joyosa guarda* que dos días antes me sorprendiese en el escudo de Aracena, con su mismo torrente de *agua viva* saliendo bajo la cerrada puerta y con la consabida inscripción latina de *este es el camino de los astros*. «El otro sello representaba a Hércules el libio con sus columnas y la obligada inscripción de *Plus-ultra*, sin la partícula *non* que aquéllas llevaran siempre.

—Aquí, pues, tenéis, doctor—siguió diciendo el asceta—dos tomos rarísimos y en pergamino de la «*España primitiva o Historia de sus reyes y monarcas desde su población hasta Cristo*, que consagra al Rey Nuestro Señor don Felipe Quinto, el Animoso, el doctor don Francisco Xavier Manuel de la Huerta y Vega». Obra sin pie de imprenta, que lleva fecha de 1738 y que está dedicada a don fray Gaspar de Molina y Oviedo, Cardenal, Consejero de Castilla, Obispo de Málaga, etc., etc. Quedaos con ella y con la «Traducción griega de los papeles de un rabino anónimo que la acompaña», en recuerdo de este pobre viejo que tan larga como penosa, bien pronto va a dormir con sus mayores. *

—No habléis todavía de ese eterno sueño, premio cumplido a la labor de un justo como vos—dijo el gran Peinado en un transporte de fervorosa admiración—; preparaos, sí, para dormir esta noche con la íntima satisfacción del deber cumplido para con neófitos tan ignorantes como nosotros, a quien habéis deslumbrado hoy con el fuego de vuestras virtudes y la luz divina de vuestra sabiduría, que parece irradiaba de aquel lumínar esplendoroso del Salomón extremeño.

Fué un momento, un momento no más que valió un mundo, aquel instante en que yo creí ver brotar como dos rayos de fuego de los ojos del anciano patriarca, cayendo sobre el alma entera de Peinado, a quien creí ver transfigurarse con ello. Haciendo además de que le siguiésemos, abandonamos tras de éste aquel recinto druidico donde habíamos pasado encantados tres horas como tres minutos, sin experimentar cansancio ni frío ni ninguna otra sensación corpórea, nos despedimos, seguramente para siempre, del asceta pugnando por besarle los manos agradecidos.

A poco doblamos la esquina del huertecillo, no sin volver la vista atrás para dirigir al anciano una última mirada en la que iba envuelta toda nuestra pena por la separación y todo nuestro amor de discípulo. En pie, sobre la plazoleta de entrada, sombreado su gallardo cuerpo por jazmineros y olivos, el santo aquel levantó la mano en señal de despedida y quién sabe si para bendecirnos...

—¡Parece el ángel de la *Oración del Huerto*, de Salcillo, mostrándonos con su diestra el camino futuro!—exclamó solemnemente Peinado, mientras se enjugaba una lágrima furtiva.

La visión del asceta desapareció, pero al alzar nuestras miradas hacia el firmamento donde la reina de la noche se ostentaba espléndida sobre finísimos e irisados jirones de niebla formados hacia poco sobre las sierras del Sur, todos tuvimos como por ensalmo la misma visión mística que el gran artista-teósofo británico R. W. Machell trasladó a su célebre cuadro *The Path* o *El místico Sendero*, y cuya descripción hermosa vemos consignada en una revista del mismo nombre, de California, en estos términos:

«*El Sendero* es el camino que el alma humana ha de hallar en su evolución hasta llegar al completo conocimiento espiritual de sí misma. Lo Supremo, o sea la condición suprema de existencia, está simbolizado en el cuadro por la gran figura del centro, cuya cabeza se encuentra iluminada por la aureola del sol resplandeciente, confundida con el triángulo superior simbolizador del Espíritu y cuyos pies, sumergidos en las aguas akásicas, símbolo de la materia, se encuentran en el triángulo inferior. Las alas de la figura representan el movimiento o vibración de la vida universal, en tanto que, dentro de un octógono se muestran los diversos planos del conocimiento a través de los cuales debe ascender la humanidad para alcanzar el estado de perfección. En la base del triángulo superior aparece una Isis alada, la Madre o Super-alma que a los que están debajo les vela contemplación de lo Supremo. Desde aquella altura el Adepto vuelve compasivamente la vista hacia los que aún yacen errabun-

dos abajo y a guisa de salvador de ellos desciende de nuevo para ayudarles. Debajo, y a los lados de él, está la línea roja de los guardianes que derriban a los que aun no cuentan por sus méritos con *la palabra de paso*, simbolizada por el albo resplandor que flota sobre las sienas del aspirante purificado. En el centro del cuadro aparece un guerrero que ha matado al dragón de la ilusión, o sea la propia naturaleza animal de su cuerpo que le sirve como puente para cruzar el abismo...»

CAPÍTULO XV

DESAPARICIÓN DE NUESTRO PRESIDENTE

Angustioso despertar.—¿Un suicidio?—La carta de despedida.—¡Se ha ido con su Maestro!—El testamento de Peinado.—La cadena rota se suelda con la unión de los eslabones vecinos.—Los tres días de la espera caballeresca.—Lectura del contenido de la cajita del asceta.—Fragmentos del *Timeo* y del *Critias* de Platón.—Los sacerdotes de Sais y la Atlántida.—Los diluvios periódicos.—La diosa Neith, Minerva o Iris.—El heroísmo de Atenas.—La catástrofe de Poseidones.—La Humanidad no ha hecho sino gloriar las enseñanzas platónicas.

Tras las emociones de la noche anterior, dormimos hasta las nueve de la mañana un sueño sin ensueños, es decir, un sueño el más reparador y profundo, del que nos sacaron inopinadamente al doctor y a mí, que ocupábamos la misma habitación, unos golpes estrepitosos, que esta vez sí que no eran de los consabidos bargueños, golpes seguidos de la turbadísima voz de Cotta, que decía:

—¡Doctor, amigos míos, abrid pronto en nombre del cielo!

De un salto me puse en pie y franqué la entrada a Cotta, que lleno de emoción, por mejor decir, de terror, penetró como una tromba con una carta en la mano, dirigida al doctor, y en la que al punto reconocía la letra de nuestro presidente Peinado.

—¡Tomad y romper pronto el sobre, doctor—dijo Cotta—, que si no conociere bien a Peinado, creería que se trata de un suicidio!

—¿Cómo?—exclamamos sobresaltados y a una, mientras que no menos alarmados y en paños menores entraban Torres y *el jina*.

Cotta, con frases entrecortadas nos decía:

—Peinado quedó fuera, anoche, en el comedor, mientras que yo me acostaba en una de las dos camas que a él y a mí nos habían destinado en esa habitación contigua. Fatigadísimo, como estaba, dormíme al punto, sin saber lo que pasó después. Pero es el caso que ahora, al despertar y dirigir la palabra a mi vecino, vi con extrañeza que la cama estaba intacta, con una carta para el doctor, sobre el embozo. Entonces, sin saber

por qué, pasó por mi mente la idea de algo muy grave, acaso de un suicidio...

—Sí, de un suicidio que es la cosa más horrendamente loca que puede hacer un ocultista—interrumpió el doctor sonriente y tendiéndonos la carta—. Sí, nuestro presidente Peinado acaso nos ha dejado para siempre, pero no se trata de un suicidio ni de nada que se le parezca, sino de algo inefable y felicísimo. Leed y tranquilizaos—terminó, al par que nos arrojábamos sobre el papel, devorando de una sola ojeada su contenido, que era éste:

«Hermanos y amigos queridos: He hallado, al fin, a mi Maestro, y, libre como estoy de obligaciones familiares, necesito partir... ¡Seguid vosotros decididos y unidos el glorioso sendero que, para bien de la Humanidad, parece haberos abierto hoy también el Destino!... En cuanto a mí, veo con meridiana luz cuál es el mío, y no tengo para qué decirosle, pues ya lo adivinaréis tras lo acaecido. Preguntádselo sino a estas grutas, a estos encantos del divino rincón que si supieron cautivar al Salomón de España y a otros, con mayor motivo alcanzarán a cautivarme a mí, que indigno soy de besar siquiera la fimbria de sus vestidos... Perdonadme, pues, ahora más que nunca, hermanos míos, que si para las almas no hay distancias, como las hay para los cuerpos, la mía desde este mi retiro definitivo, seguirá siempre vibrando al unísono con las vuestras, hasta el gran día en que unas y otras reposen en el Seno de lo Absoluto...» Y firmaba: Vuestro compañero que uno por uno, os abraza, «Luis Peinado», con una postdata que decía: «¡Para aplicarlo a nuestros ideales, disponed como vuestro de lo mío!»

—¡Se ha ido, se ha ido con su Maestro!—clamaba Cotta, sin poder contener las lágrimas—. Mi corazón ayer mismo ya me lo decía...

—No se ha ido, no—replicó severo y transfigurado el doctor—. Ha ido simplemente a su puesto, como nosotros iremos bien pronto a los nuestros respectivos. La cadena rota por la falta de un eslabón, se suelda por la más íntima unión de los eslabones que han quedado vecinos. ¡En pie y a la orden, pues, hermanos míos!

Rápidamente acabamos de asearnos y vestirnos, pasando al comedor para hacer el desayuno-comida que habíamos dispuesto antes de partir; pero impresionadísimos con la inopinada marcha de nuestro hermano, apenas si comimos. Tomamos lentamente el café, cual si quisiésemos hacernos fuertes para no seguir también a nuestro amigo desatendiendo

impiamente los kármicos lazos del deber que nos ligaban con el mundo, al tenor de aquel precepto de la *Voz del Silencio* que expresa «si alguien dijere que, abandonando padre, madre, mujer o hijo o retirándose a la selva, puede adquirir la perfección, faltando a sus deberes para con ellos, ¡dile que miente!»

—La tarde avanza. Todo está dispuesto para la partida—dijo Torres, volviendo a entrar.

—Poco a poco, caballeros—replicó el doctor—. El canon caballeresco relativo a los desaparecidos está terminante: «aprieta un poco las cinchas a Rocinante—dice Don Quijote a Sancho, frente a la pavorosa aventura de los batanes—y quédate a Dios y espérame aquí hasta tres días no más, después de los cuales, si yo no volviese, puedes tú volverte a nuestra aldea y desde allí irás al Toboso», etcétera. Es, pues, de rigor, la espera aquí de esos tres días.

—¡Que nos place!—dijimos todos. Y Cotta añadió:

—Es una magnífica ocasión, no ya de velar las armas para este ulterior viaje caballeresco que, por todas las trazas, se dibuja, sino para leernos a fondo todo cuanto la cajita que nos ha regalado el asceta contenga.

—¡Excelente ideal!—respondimos, procediendo con curiosidad de chicos a extraer de la cajita los dos tomos encuadrados en pergamino, de la obra de Huerta y Vega y también un rollo de papeles con letras que nos pareció ser del Maestro Arias Montano, a juzgar por las partidas parroquiales escritas por él que acabábamos de ver en la parroquia de Alájar *Timeo* y del *Critias* de Platón, fragmentariamente insertos también en aquélla.

—Empecemos por el *Timeo*, donde se inserta la divina tradición de la isla Poseidonis, según el relato que Platón pone en boca de Critias el joven, nieto del gran Critias que a su vez era pariente de Sócrates, el maestro de Platón—dijo el doctor, cogiendo unas hojas del manuscrito y leyendo en alta voz:

«En el Delta de Egipto, con todo el panorama de los brazos del Nilo a los pies, existe un *nomo*, llamado Saftico y una ciudad principal, la de Sais, de donde el mismo rey Amasis era oriundo. Los habitantes de dicho *nomo* o Estado tienen por divinidad fundadora de él a la diosa *Neith*, que, en griego, según ellos, quiere decir *Atenea*. Por eso, ellos quieren de todo corazón a los atenienses, considerándolos como de su propia raza. Así, Solón decía que, llegado cierta vez a aquel país, había recibido en él las mayores atenciones, y después de las preguntas que había hecho acerca de la antigüedad a los sacerdotes más ancianos y que mejor la co-

nocían, se había convencido de que ni él, ni ningún otro griego, sabían nada de ella, por decirlo así. Y añadió Solón que, deseando cierto día que le informasen acerca de los tiempos antiguos, se había puesto a hablar de Phoroneo, a quien, por su remota antigüedad se le llama *el primero*; después de Niobe y, en fin, del famoso diluvio de Dencalión y Pirra, con todo cuanto de ellos se cuenta haciendo la genealogía de los descendientes de éstos y fijando sus épocas respectivas. Entonces un anciano sacerdote le dijo: «¡Oh, Solón, Solón, vosotros los griegos no sois sino unos niños! ¡No hay en Grecia un anciano tan sólo!», y como yo me mostrase maravillado de semejantes frases, el venerable sacerdote replicó: «Sí, vosotros sois todos unos jóvenes de alma, por cuanto no atesoráis ninguna opinión verdaderamente antigua y de antigua tradición venida. No poseéis, no, ningún conocimiento blanqueado por el tiempo, y he aquí por qué. A lo largo de los siglos las destrucciones de hombres y de pueblos enteros se han sucedido en gran número, las mayores de ellas *por el fuego y por el agua*: las menores, por otras mil causas diversas. Así, existe entre vosotros la vieja tradición de que antaño, *Phaetón*, el hijo del Sol, al empeñarse en dirigir el carro de su padre, había incendiado la Tierra y que herido por el rayo, había él mismo perecido. Semejante relato es de carácter fabuloso, y la verdad que tamaña fábula oculta bajo su símbolo es la de que todos cuantos cuerpos celestes se mueven en sus órbitas sufren perturbaciones que determinan en tiempo una destrucción periódica de las cosas terrestres por un gran fuego. En tales catástrofes, los que habitan en las montañas y parajes elevados y áridos perecen más pronto que los moradores de las orillas del mar y de los ríos. A nosotros, el Nilo, a quien por tantos modos debemos nuestra vida, nos salvó entonces de tamaño desastre, y cuando los dioses purificaron la tierra sumergiéndola, si no todos los boyeros y pastores perecieron sobre las montañas, al menos los habitantes de vuestras ciudades fueron poco a poco llevados hasta el mar siguiendo por la corriente de los ríos. Sin embargo, en nuestro país, ni entonces ni en otra época alguna, las lluvias han fecundado nuestras campiñas como otras, sino que la Naturaleza ha dispuesto que el agua nos viniese de la tierra misma, por el río. Esta es la causa de que nuestro país pueda conservar las tradiciones más antiguas, porque ni calores extremados ni lluvias excesivas le han despojado de sus habitantes, además de que si bien la raza humana puede aumentar o disminuir en número de individuos, jamás llega a desaparecer por completo de la faz de la Tierra. De este modo y por esta razón, todo cuanto se ha hecho de hermoso, de grande o de memorable en un aspecto cualquiera, sea en vuestro país, sea

en el nuestro, o en otro, está escrito desde hace muchos siglos y conservado en nuestros templos, pero entre vosotros y entre los demás pueblos el uso de la escritura y de cuanto es necesario a un Estado civilizado no data sino de una época muy reciente y, súbitamente, con determinados intervalos, vienen a caer sobre vosotros como una peste cruel, torrentes que se precipitan del cielo y no dejan subsistir sino hombres extraños a las letras y a las musas, de suerte que recomenzáis, por decirlo así, vuestra infancia e ignoráis todo acontecimiento de vuestro país o del nuestro que remonta al tiempo viejo. Así, Solón, todos estos detalles genealógicos que nos has dado relativos a vuestra patria se parecen a meros cuentos infantiles. Desde luego vosotros nos habláis de un diluvio, cuando se han verificado muchos otros anteriormente. Además ignoráis que en vuestro país ha existido la raza de hombres más excelente y perfecta, de la que tú y toda la nación descendéis, después que toda ella pereció, a excepción de un pequeño número. Vosotros no lo sabéis, porque los primeros descendientes de aquella murieron sin transmitir nada por escrito durante muchas generaciones, porque antaño, Solón, antes de la última gran destrucción por las aguas, esta misma república de Atenas, que a la sazón ya existía, era admirable en la guerra y se distinguía en todo por la prudencia y sabiduría de sus leyes cuanto por sus generosas acciones y contaba, en fin, con las instituciones más hermosas de que jamás se ha oído hablar bajo los cielos.»

Solón añadía que se quedó pasmado ante semejante relato y que, lleno de noble curiosidad, rogó a los sacerdotes que le diesen cuantos detalles pudieran relativos a los primitivos moradores de su patria, a lo que aquel augusto anciano respondió: «Te diremos con gusto, ¡oh Solón! lo que deseas, por afecto hacia ti y hacia tu patria, y más aun por veneración hacia la diosa a quien pertenece vuestra ciudad y la nuestra, diosa que ha velado siempre por la vida y la educación de las dos. Ella, la diosa Neith, comenzó su obra por vuestra ciudad, tomando de la Tierra y de Vulcano la semilla de la que os formó, fundando mil años más tarde esta nuestra ciudad del Delta, pues que el gobierno establecido entre nosotros data, según nuestros libros sagrados, de ocho mil años fecha. Debo, pues, hablar ante todo de tus conciudadanos que allí vivían hace nueve mil años, y hacerte conocer en pocas palabras sus instituciones y lo más glorioso de sus obras. En cuanto a los detalles, otra vez los veremos, si lo deseas, leyéndolos en nuestros mismos libros. Por la dicha comunidad de nuestro origen, verás que muchas de las antiguas leyes de la Atenas primitiva se encuentran aquí ahora. Desde luego, los sacerdotes formaban una clase

separada de las demás. La casta guerrera era la segunda, según las leyes, y no se ocupaba sino de los problemas guerreros y asimismo permanecían sin mezclarse las otras castas de artesanos, pastores, cazadores y labradores. Las costumbres vuestras respecto al uso de cascos y lanzas son las mismas que las nuestras, y de ellos nos hemos servido antes que todos los pueblos de Asia porque los habíamos recibido de la diosa. En lo que respecta al desarrollo de la inteligencia, no ignoras, Solón, la atención que desde el principio vienen concediendo nuestras leyes al descubrimiento de las normas que al mundo rigen, al arte de la adivinación del porvenir y al de la Medicina, sacando así partido de tan divinos conocimientos para las necesidades de los hombres. Todo este orden admirable, repito, antes de ser establecido aquí, fué implantado entre vosotros por la diosa, quien escogió vuestro suelo porque juzgó que la deliciosa templanza de vuestras estaciones facilitaría el desarrollo de hombres dotados de la mayor sabiduría.

»Vivíais, pues, bajo el imperio de tales leyes con las instituciones más prodigiosas que darse pueden, y así alcanzasteis a sobrepasar a los demás hombres en toda clase de méritos, como corresponde a un pueblo engendrado e instruido por los mismos dioses, y de aquí las múltiples y grandiosas empresas a que dió cima vuestra república y que escritas quedan en nuestros libros para eterna admiración de las edades. Nuestros libros dicen, en efecto, que vuestra república en un gran día mostró brillantemente su valor y poderío. Arrostrando los mayores peligros triunfó de sus invasores atlantes y preservó de la esclavitud a pueblos que todavía eran libres, y a otros pueblos que estaban próximos a las llamadas Columnas de Hércules, les restituyó su libertad. Mas, en los tiempos que después siguieron, hubo grandes terremotos e inundaciones. En el espacio de un día y de una noche terribles, todos los guerreros que tenían proyectado otra vez llegar a las puertas de vuestros muros, fueron abismados en lo profundo. La isla Atlántida entonces desapareció bajo las aguas del mar, y por eso no se puede recorrer ni explorar hoy el mar que la cubre. Los navegantes encuentran insuperables obstáculos en la gran cantidad de escollos que la isla dejó al sumergirse debajo de las aguas.»

Un solemne silencio acogió la lectura de aquel divino *Diálogo de Platón*. Al cabo de él, el doctor dijo:

—¡Verdaderamente que es muy grande todo esto, y que tiene razón la maestra Blavatsky al decir que de Platón acá el pensamiento humano no ha hecho sino glosar las enseñanzas pitagóricas que este gran iniciado, precursor, según los cristianos, del propio Cristianismo de San Juan, libó

en las enseñanzas secretas de su maestro Sócrates, y en los fragmentos pitagóricos de Filolao y de Architas! Maeterlinck, Berson... cien otros de nuestros días se han apropiado las enseñanzas platónicas, callando más de una vez su origen, y entendiéndolas más de una vez también a su pobre y positivista manera.

—¡Y qué sencilla, qué infalsificable hermosura primitiva no tienen —añadió Cotta— estos relatos platónicos de diosas, es decir, seres semi divinos del pasado, que fundan ciudades, instruyen pueblos, los dotan de una legislación jamás superada y premian sus heroísmos! ¡Oh mundo, mundo necio, el mundo europeo, que cree justo a lo sumo «honrar padre y madre», al tenor del seco precepto del Decálogo mosaico, y encuentra, sin embargo, muy natural, en su ceguera, el no honrar poco ni mucho a los padres de nuestros padres y a las madres de nuestras madres, es decir, a los pueblos y razas que nos han dado el sér moral al mismo tiempo que el físico, a la manera impía de aquella muchacha que al despedir en Sevilla el otro día a su padre, camino de América, le decía: —¡Padre, mande mucho dinero de allá, aunque... no vuelva!

Todos reímos de bonísima gana las aceradas frases de nuestro *Rodrigo*, porque no eran sino la expresión fiel de la tremenda injusticia histórica que cometemos siempre con nuestros padres, *hombres o pueblos*, olvidando que el *karma* todo lo premia y lo castiga, en justa ley, como ya Europa empieza a ver con sus *herederos* americanos que... *la desprecian* por los mismísimos motivos que Europa lleva despreciando durante siglos su ancianidad gloriosa, que los pueblos de Oriente y Egipto han sabido, sin embargo, atesorar...

—Señores, un paseo no nos estará mal después de tanta lectura— interrumpió el siempre sensato de Torres.

Y, sin más, nos echamos a la calle, llevándonos nuestros pies, más que nuestra voluntad, en derecha hacia el huertecillo del asceta, huertecillo cuya puerta encontramos bien pronto de par en par abierta.

Sin ser parte a contenernos penetramos respetuosamente, como el día antes, pero ni en todo aquel dulcísimo oasis, ni en la cabaña del anciano, también abierta, vimos a nadie, ni quisimos, indiscretos, curiosear nada de ella.

—¡Sin duda, maestro y discípulo se fueron ya!— exclamamos a una llenos de emoción y de extrañeza.

—¿Dónde?— me pregunté a mí mismo—. ¿Dónde sino en la cueva de la Peña?...

Pero era ya tarde para intentar la subida, y tras breves pasos por aque-

llos callejones, tornamos a nuestra morada, deseosos de acabar con la lectura de los papeles, que era lo que más importaba, por el momento, para ir entreteniéndolos los tres solemnes días de espera que, según el doctor, exigía la regla caballerescas.

¿Qué mayor felicidad que tres días de reposo para nuestros fatigados cuerpos y de estudio para nuestros siempre sedientos espíritus?

—Si el estudio no existiese, habría que inventarlo—dijo Cotta, y asentimos todos, encaminándonos otra vez a nuestro albergue.

CAPÍTULO XVI

UN COMPÁS DE ESPERA

Imaginación y realidad.—Más sobre el tema de la Atlántida.—Platón traduce nombres atlantes y egipcios.—Los Reyes-pastores y la primitiva humanidad-rebaño—¿Existieron realmente los reyes divinos o dioses?—La Humanidad ha tenido padres que velaron por su infancia.—El Paraíso terrenal y los paraísos infantiles.—¡Divinas y consoladoras enseñanzas!—Neptuno, uno de los hijos de Dios, se une con una de las hijas de los hombres, determinando la caída.—Descripción de la isla atlante y de sus habitantes, usos, costumbres, etc.—El oricalco.—Las primeras corridas de toros de que hay noticia en el mundo.—Los «toreros de lo astral».—Misteriosas lucécitas.

Encendidas las luces, no supimos hacer cosa mejor que tornar todos a la lectura del rollo de papeles. La noche se había puesto muy fría, y el calor de una de esas clásicas camillitas del país, con su faldilla y su brasero, junto con una parvedad que nos sirvieron solícitos, convidaban a dejar suelta la imaginación para la lectura.

—Nunca se estudia mejor que con el frío—exclamó Montalbo preparándose a oír.

—Sí, la realidad y la imaginación están siempre en razón inversa, que un matemático diría. Ese es quizá el mayor privilegio que sobre el animal tiene el hombre. Hemos sino aquí a nosotros, juntos y felices, en esta cruda noche, volando por los ámbitos del pasado glorioso, mientras que los pobres animalitos yacen acurrucados y medio aletargados en sus tristes guaridas—añadió Cotta disponiéndose para la lectura.

—El libro 23 del *Critias* de Platón—indicó el doctor antes de empezar—, se refiere todo él más o menos encubiertamente a la Atlántida, como asimismo su tratado acerca de *La República* nos da alegóricamente la organización entera de este país en la última época de su esplendor, aunque bajo velo, como corresponde al verdadero sigilo de los Iniciados. Precisamente el mismo Platón dice que Solón se disponía a cantar antes que él el gran fenómeno geológico, cuando le sorprendió la muerte.

—Aquí está, por cierto, el pasaje—dijo Cotta leyendo—. El maestro, en efecto, expresa lo que sigue:

«Antes de comenzar mi relato, debo haceros una advertencia, y es la de que no encontréis extraño el que yo dé con frecuencia nombres griegos a genies bárbaras, y he aquí la razón: cuando Solón trató de hacer de la tradición de la Atlántida el argumento para uno de sus poemas, se preocupó mucho del valor de los nombres, y hallando que los egipcios, que eran quienes los habían escrito primero, no habían tenido escrúpulo en traducirlos a su idioma, él tornó a su significación primitiva a cada uno de estos nombres y los escribió traduciéndolos luego a nuestra lengua. Estos manuscritos de Solón se encontraban en casa de mi abuelo —Crías el viejo—y hoy los guardo yo después de haberlos estudiado desde mi infancia con singular esmero. No os extrañe, pues, al notar que empleo nombres griegos y ved cómo comenzó esta larga historia.

En los primitivos tiempos los dioses se repartieron la tierra, teniendo en cuenta la diversidad de regiones, porque no sería justo el pensar que los dioses ignorasen sus recíprocas conveniencias y se pusiesen a disputar para despojarse los unos a los otros, como hacen los hombres. Presidió por tanto la justicia más estricta a semejante reparto, adjudicando a cada uno la comarca que le resultaba más agradable y en ella se establecieron, llevándose consigo los animales-hombres que les pertenecían, del mismo modo que los pastores hoy hacen con su ganado, no teniendo ningún género de violencias personales hacia ellos, como nuestros pastores cuando conducen a palos a sus reses, sino tratando al hombre como a un animal dócil, que era, en verdad, lo que realmente venía a ser y encaminándole por la mera persuasión al modo de como lleva el timonel a su navío por las aguas. Así las diversas comarcas pertenecieron desde entonces a sus respectivos dioses y fueron gobernadas por ellos...

—Permitidme una observación, doctor, antes de que continúe la lectura—interrumpió Montalvo—. En todos mis muchos viajes por las comarcas más remotas e incultas de América, siempre he oído hablar de estos dioses como de hombres divinos, pero, ¿han existido realmente?

—No lo dudéis, y las lecturas subsiguientes acaso vengan a corroborar esta mi segura opinión. La ley es la misma, en lo grande como en lo pequeño, y si cada uno de nosotros procede de un padre y de una madre físicos, las razas sucesivas y la misma Humanidad como conjunto han tenido *padres*, tutores, reyes-pastores, guías; en fin, seres venidos, según la universal tradición religiosa, de otros planetas, quienes, con su prodigioso desarrollo espiritual adquirido en otros *manvantaras* o evoluciones

anteriores, venían a suplir la deficiencia mental característica de aquellas humanidades infantiles, ni más ni menos que en la primera edad de cada uno de nosotros han suplido nuestros padres la nuestra, retirándose luego de nuestra vista y *aparentemente* de nuestra protección directa, como, llegada cierta edad, hace todo padre con su hijo, para que sin ya dañosas tutelas, afronten viriles las luchas del mundo, llamadas a adiestrarlos y a curtirlos. Este es el símbolo de la fruta del *Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal*, que, una vez probado, al aparecer la razón y las pasiones, nos obliga a abandonar el Paraíso... el paraíso de la casa de nuestros padres, en un caso, y el de la *Edad de Oro* en el otro.

—¡Oh, divinas enseñanzas de ciencia con amor y de amor con ciencia!—exclamó Montalvo elevando los ojos al cielo—. ¡Ahora comprendo que la evolución humana no tiene, no, como corona y término definitivo la estéril ciencia de unos cuantos infatuados bípedos humanos, sino la de los héroes, los semidioses y los dioses mismos, que dicen todas las teogonías, desde la Védica hasta la de Grecia y Roma!

—Así es—terminó el doctor—. Sigamos la lectura.

«Habiendo costeadado el dios Neptuno la Isla Atlántica, en cierto lugar de la isla engendró varios hijos en una mortal mujer... Junto a la isla era todo llano, pero en medio de ella se dice que había una llanura, la más espaciosa y fértil de todas y en medio de ella un pequeño monte distante cincuenta estadios de la costa. En el monte habitaba uno de esos grandes seres nacidos en la Tierra llamado Evenor, quien, de su mujer, Leucipe, había engendrado a Clitone, su única hija. Muertos estos padres de Clitone, Neptuno se casó con ella, y cercó el collado en que habitaba con varios fosos de agua, de los cuales, tres venían desde el mar y distaban por igual del Océano, cercando el collado para hacerle inconquistable e inaccesible. Esta Clitone o Minerva-Neith edificó en Grecia a Atenas y Sais en el Delta de Egipto.

»Estaban igualmente provistos los atlantes, así en su ciudad como en las demás regiones, de todo lo necesario para la vida. Se surtían ciertamente de muchas cosas en otras comarcas, por razón de lo extenso de su imperio, pero la isla les suministraba la mayor parte de lo que necesitaban. En primer lugar, sacaban de sus minas los metales, y los fundían. El oricalco, que hoy rara vez se menciona, era muy celebrado entre ellos. Se le extraía de la tierra en muchas partes de la isla, y se le consideraba como el oro. La isla producía también sobrados pastos para animales, tanto salvajes como domésticos, y existía un prodigioso número de elefantes. Las selvas producían todo género de maderas aptas para la archi-

ectura. También tenían raíces, yerbas, árboles, flores y frutos de todas clases, ungüentos y gomas olorosas, suaves vides, legumbres y mil otras cosas de las que nos sirven como alimentos y bebidas. Fué tanta la abundancia de sus riquezas cuanto ninguno de los reyes anteriores tuvo, ni alguno de los sucesores fácilmente podrá adquirir. Todas estas cosas producía en abundancia aquella isla sagrada, hermosa y digna de maravilla, y cogiendo los materiales de su propio suelo edificaron templos, palacios, arsenales y puertos, disponiendo a este fin los fosos que de las aguas del mar cercaban la antigua metrópoli, como dijimos.

»Fabricaron primeramente los puentes sobre los fosos para poner en comunicación el exterior de las islas con la ciudad capital, asiento de su Dios y de sus mayores. Existiendo allí desde el principio los regios palacios, cada rey los recibía enriquecidos por su antecesor y él les añadía más y más adornos y riquezas hasta concluir siendo un prodigio de grandeza y hermosura. Hicieron también un canal desde el mar al foso más exterior, el cual se extendía tres yugadas en anchura, cien pies de profundidad y de largo tenía cincuenta estadios y para que, desde el mar, pudiesen arribar las naves hasta el foso, ensancharon su boca de suerte que cupiesen las mayores. Las zonas o fajas de tierra que quedaban entre los tres fosos las evitaron y pusieron en comunicación de suerte que las embarcaciones pudiesen pasar de un foso a otro y sobrepusieron puentes de forma que pasasen por bajo los navíos, porque los bordes de las fajas de tierra estaban más altos que las aguas del mar. El mayor foso, por el cual inundaba el mar, tenía tres estadios de ancho y la inmediata faja de tierra otros tres. El segundo foso de agua tenía dos estadios e igual la faja de tierra vecina. El último que circula a la isleta central era de un estadio y el diámetro de este recinto, morada de la corte, era de cinco estadios y estaba cercado por unos muros de piedra que tenían de ancho la medida de un plethro, con las torres y puertas correspondientes a los tránsitos de las aguas. La piedra, así para los edificios interiores de la isla como para sus muros, se sacaba en el circuito de la misma y era negra, blanca y roja. De ella se edificaron también dos excelentes arsenales cubiertos, para la ciudad. Los edificios, parte eran simples, parte edificadas con piedras de varios colores que, con su variedad, deleitaban la vista. Los muros por lo exterior, tenían cubierta su superficie de delgada hoja de cobre, y por la parte interior, de estaño, pero el muro que cercaba al Alcázar estaba cubierto de latón labrado al fuego. El palacio de dentro de la ciudad tenía en medio el sagrado e inaccesible templo de Neptuno y Clitone, cercado de una faja o pretil dorado por de fuera. Allí se depositaron los cadáveres

de los diez hijos de Neptuno, y congregados todos los años representantes de las diez regiones que respectivamente dominaron éstos, les eran hechos solemnes sacrificios a cada uno de ellos. Tenía el tal templo mil pasos de largo, quinientos de ancho y la altura correspondiente, siendo su disposición y figura a la manera de los que hoy tienen los bárbaros nuestros vecinos. Las paredes exteriores del mismo estaban plateadas, excepto los tejados y la cúpula, que eran de oro. Lo interior del techo estaba matizado de marfil, oro, plata y latón con sorprendente variedad y hermosura. Las estatuas allí erigidas eran de oro. La principal era la del dios Neptuno, sobre una carroza de caballos alados y tocando al techo con su soberbia cerviz. Alrededor estaba sentada una corte de cien nereidas, que tal se creía ser entonces el número de estas diosas. A más, había otras muchas estatuas y exvotos de muchos particulares. Fuera estaban las imágenes doradas de todos los reyes y reinas que descendieron del linaje de los diez consabidos hijos de Neptuno, y otros muchos y soberbios simulacros y dones de reyes y de particulares, así de la ciudad principal como de otras muchas sujetas a su Imperio. Había también un altar correspondiente en su grandeza y artificio a todo lo demás.

»Había en el palacio fuentes perennes, así calientes como frías, en cuyas aguas se lograba a la vez la salud y el deleite. En torno de las fuentes había habitaciones, árboles y estanques de agua, unos descubiertos, otros con techos acomodados y con aguas calientes para el invierno: unos para los reyes, otros para los caballos y demás animales, todos proporcionados en decencia a su respectivo ministerio. El agua sobrante que salía de ellos pasaba al Luco de Neptuno, notable por la fecundidad de su suelo, que estaba lleno de los árboles más maravillosos que jamás se hayan visto y de allí, por acueductos, se derivaba hasta el circuito exterior, donde había muchos templos de los dioses, jardines, etc., separados en la misma isla.

»En medio de la isla estaba también el hipódromo principal. Su latitud era de un estadio y su longitud la necesaria para semejante certamen ecuestre. A uno y otro lado de este edificio estaban situadas las casas de los guardias y soldados. En lo más angosto y el más vecino al Alcázar la guardia estaba encomendada a los más fieles y aún los mejores de entre éstos tenían sus moradas dentro de él. Los arsenales estaban suficientemente provistos de galeras con todo lo concerniente a ellas. Desde el arsenal que salía de los tres puertos exteriores se descubría en contorno un muro a manera de vallado, que empezaba desde el mar y que distaba del circuito exterior y del puerto cincuenta estadios por todas partes, junto a la boca del canal que estaba hacia el mar. Todos estos sitios tenían, entre

cultivos diversos, muchos edificios y el seno del inmenso puerto estaba lleno de naves y de mercaderes que venían de todas partes, y por ello de noche y de día se oía un continuo clamor de multitud. Tal era, pues, la disposición de la corte y principal ciudad del reino.

»Procuraremos también describir la naturaleza de la fértil región aquella. Al principio, y junto al mar, toda la costa era muy abrupta y llena de quebraduras, pero la región vecina a la capital era una llanura, como va dicho, cercada de monte, que empezaba a levantarse con fácil subida desde el mar. Su longitud mayor era de tres mil estadios, y hasta los montes de dos mil. La situación general se orientaba hacia el Austro y los sitios más elevados hacia el Septentrión. Sus montes excedían en número, elevación y grandeza a los que nosotros tenemos. En ellos había muchos lugares llenos de ricos moradores. La región era cuadrangular y rectilínea en su longitud, aunque había sufrido ésta ciertas alteraciones por la obra del canal, que no parecía deberse a manos de hombres, pues que tenía una yugada de profundidad, un estadio de ancho y una longitud de diez mil estadios, recibiendo en sí los ríos que bajaban de los montes. Por la parte alta otros canales pequeños de cien pies de anchura discurrían por los campos, entroncando luego con el canal grande. Por éstos se traían también a la capital las maderas y los frutos, de los cuales cada año se cogían dos cosechas, porque en invierno se fertilizaba la tierra con las lluvias del cielo, y en el verano se regaba con las aguas de los canales.

»Acerca del ejército, había este orden. Cada porción o territorio del llano elegía a su general, quien tenía que aportar la sexta parte de los carros de guerra necesarios, para los diez mil soldados de cada uno de los seis cuerpos de ejército, y para las doscientas mil naves de la escuadra. El servicio de cada carro era de dos caballos con sus jinetes, otros dos de repuesto con un soldado ligero, provisto de un escudo pequeño y otro para manejar las riendas, dos soldados más, armados, uno para cada lado, dos soldados flecheros o pedreros y otros seis con honda o dardo. El aparato bélico de las otras nueve ciudades no era uniforme como tampoco el numerosísimo e irregular de los montes, pero el referirlo sería demasiada prolijidad.

»La justicia se organizaba así: Cada uno de los reyes atlantes tenía derecho de vida o muerte sobre sus vasallos y la federación de éstos se regía por los preceptos de Neptuno, inspirados a éste por sus mayores y escrito en una columna de latón que estaba en medio de la isla y en el templo mismo de Neptuno. En este templo central se congregaban cada cinco o seis años los reyes juzgándose entre sí, si por acaso habían delin-

quido. Cuando la asamblea tenía que dictar sentencia todos se ligaban con juramento. Desataban en el templo algunos toros y los diez jueces apartados de los demás y solos, ofrecían en holocausto a la Divinidad a aquel a quien se lograba domeñar sin hierro ni espada, cazándole con palos y lazos. Llevado el animal junto al pedestal de la columna le degollaban sobre su cornisa, como mandaba su inscripción. En la columna, además de las leyes, estaba escrito el juramento y la execración terrible fulminada contra los inobedientes. Cuando todo estaba ya dispuesto para el sacrificio, daban a beber a cada juez en un vaso sagrado de la sangre del toro, antes de quemar sus miembros en la hoguera sagrada, sobre la que hacían todos libaciones de sangre de la víctima, jurando al par los jueces que jamás quebrantarían este rito al tenor de lo escrito en la columna, ni aplicarían otras leyes que las establecidas por su padre y protector Neptuno. Después de diversas deprecaciones, bebida ya la sangre y consagrado el vaso a la Divinidad, se sentaban a cenar, y cuando el fuego estaba extinguido, vestidos todos de cerúleas túnicas, juzgaban y eran juzgados según las leyes. Hecho el juicio, y así que amanecía, se escribían las sentencias en una lámina de oro, dejándola pendiente, en unión de las túnicas, para memoria perpetua.

»Otras muchas leyes tenían los atlantes respecto a la majestad real. Las principales eran, que nunca habían de tener guerra los diez reyes entre sí, so pena de ser raído su linaje de la isla. El rey supremo no podía condenar a muerte por sí a ningún jefe de sangre real si no reunía en favor de su fallo cinco votos de los diez. Así los atlantes, obedeciendo durante muchos siglos estas sagradas leyes de sus mayores, vivieron felices muchos siglos, mientras les duró esta su naturaleza leal y religiosa. Eran entonces magníficos en sus ánimos, modestos en los casos propios, prudentes en los ajenos y despreciando cuanto no era la virtud, menospreciaban asimismo todas las cosas de la presente vida. No se ensoberbecían, antes bien, tenían por la más pesada carga la del oro y las demás riquezas. Exentos de vicios, no caían en la incontinencia ni en la demasia, viviendo en la amistosa comunidad de la virtud... Pero después que todo lo profanaron con el abuso, manchando sus conciencias con míseros afectos a las cosas mundanas y caducas, fueron cayendo lentamente en las mayores simas del oprobio y el descrédito, «hasta que fueron sumergidos por la cólera del cielo».

—¡Esto es aplastante!—dijo Cotta, sin poder contener sus entusiasmos—. Detalles tan concretos, tan personalísimos, tan abundantes corresponden a la historia por derecho propio, y no a la fábula y a la mera poesía.

—Todos lo creemos así—añadió el doctor—. Ved, sino, nombres extranjeros atlantes o de *lenguas bárbaras*, como solían decir aquellos cretinos griegos que quisieron sacrificar a Anaxágoras cuando se atrevió a sospechar que el Sol era un poco más grande que la mitad del Peloponeso, nombres, digo, traducidos al egipcio por los sacerdotes safticos y vueltos a su significación primera por Platón para verterlos al lenguaje de Atica. Ved el hilo de la tradición, desde aquellos a Solón, de Solón a Critias el viejo y de Critias el joven a Platón mismo. Ved descripciones completas de geología, geografía, mineralogía, botánica, zoología, religión, costumbres, política, etc., de los Atlantes. Ved, también, veladas alusiones a los primeros reyes divinos de aquel país a los que tantas referencias tienen asimismo el Paganismo mediterráneo y los libros de Oriente, reyes de los que estotros apuntes de Diodoro Sículo que aún nos quedan por leer, dan minuciosa cuenta. Ved, en fin, y esto es quizá lo más curioso, el mismo sacrificio de la Vaca Sagrada, característico de los brahmanes, los hebreos, los mahometanos, los gentiles europeos y cien otros pueblos, como no se le habrá escapado a la perspicacia de nuestro querido cronista, que ha hecho de todas estas cosas un extraño libro.

—Tenéis razón, que no me ha pasado ello inadvertido—dije con toda sinceridad—y aun sospecho, según voy viendo las cosas ya, que hasta nuestro celebrísimo e *indestructible* circo laurino (para no hablar de los hipódromos y de otros espectáculos ingleses que son también herencia atlante) no es sino una supervivencia ancestral de aquella fiesta de sacrificio atlante que con tal lujo de detalles nos da el relato leído, con aquellos toros sueltos, en el ruedo del templo de Neptuno, toros a los que no se le rendía brutalmente, como hoy, con picas y espadas, sino con lazos y otras artes, digámoslo así, de clásica tauromaquia, para, vencida ya aquella fiera y simbólica bestia, inmolarla en honor de los dioses de la Atlántida, quienes, cual el propio Neptuno, eran ya gentes lunares o de IO, no gentes solares como las de la Edad de Oro primitiva.

—Tan estáis, a mi juicio, en lo cierto—observó el doctor—que hoy me confirmo más en la sospecha que siempre tuve de que el clásico arte taurómico, que tiene el triste privilegio de sorber el seso al noventa por ciento de nuestros compatriotas, arrastrándoles a pesar suyo, cual el célebre canto drúida o *jina de le zanz del vaches* alpino a los desertores franceses, es algo iniciático y relacionado con el culto o contra el culto de la Vaca Sagrada. Ved: el ruedo atlante y el actual no son sino un *Zodiaco* en el que constelado, se sienta el público; el iniciador o hierofante, es el maestro, los banderilleros de a pie, son los *compañeros*, y los picadores,

a su vez, los *aprendices*. Por ello estos últimos van sobre *el caballo*, es decir, con todo el lastre encima de su no domado cuerpo, que suele caer muerto en la brega; los compañeros, al poner las banderillas o bastos ya empiezan a sentirse superiores a la fiera, es decir, que son ya a la manera del Arjuna de *Bhagavad-Gitalos perseguidores del enemigo*, mientras que el Maestro, con la capa de la ilusión o sea con el dominio de *Maya* y con la espada del Conocimiento iniciático, resulta, a la manera del dios Krishna de aquel poema, no los perseguidores, sino los *matadores* de la fiera, de la simbólica *bestia bramadora*, que también viese en el *Kameloc* o *Kama-loca* el propio rey Arthus, jefe de los caballeros de la *Tabla Redonda*, «toreros de lo astral» que yo diría, si no temiese vuestras sonrisas...

Un abrazo del nervioso Cotta premió, en nombre de todos, la donosa improvisación del genial doctor, y como la noche iba avanzando, suspendimos nuestras lecturas en busca de descanso, pero no sin dirigir después de cenar una anhelante mirada hacia las neblinas de la sierra, que en el obscuro seno de la noche nos parecían fantasmas diversos, uno de los cuales ¡ay! acaso no era sino nuestro presidente querido.

¿Sería realidad? ¿Sería ilusión? Ninguno de nosotros podría decirlo, pero todos hubiéramos jurado en aquel momento que en la indecisa vaguedad de las tinieblas nocturnas, dos lucecitas, una más grande que otra, vagaban por la falda de la montaña fronterera, camino de la Peña... Cotta quiso, *incontinenti*, que echásemos a andar en aquel punto hacia la altura, pero el sensato doctor, con ademán cariñoso, le dijo:

—¡Quieto, mi siempre *inquieto Cotta!* ¡Amanecerá Dios, y medraremos!

CAPÍTULO XVII

UNA LEVITACIÓN ESPIRITISTA Y SUS CONSECUENCIAS

Al toque de diana.—Al asalto de la Peña.—Huellas delatorias.—¡OLISIS!—La célebre caña de los siete nudos.—¿Filtrados por la roca viva?—Otra vez en el Huerto de Getsemani.—Los terrores del sobrino del asceta.—Un hermano mayor de los vargueños de marras.—¿Ocultismo o espiritismo?—La levitación inteligente del arcón y el tesoro de sus libros.—Mil pesetas a cuenta.—El cuitado del sobrino se resigna.—El jina Hermógenes Casas y su Arca de la Alianza, camino de Sevilla.—Lo que sostió en uno de aquellos libros viejos el sabio doctor de Brin.

A las siete de la mañana ya estaba en pie Cotta haciéndonos levantar más que deprisa a todos y, sin dejarnos tomar ni una mala taza de café, nos obligó a tirar repecho arriba, camino de la Peña de la Ermita, sin pasar siquiera por el *Huerto de Getsemani*, como había dado en llamar al retiro de nuestro asceta.

El doctor, sonriente y benévolo siempre y siempre rápido en el obrar ocultista, le dejaba hacer de guión, yendo él y todos nosotros detrás a un paso más que militar, como si al asalto fuésemos de una fortaleza. Así que en muy breves minutos enfrentamos a campo-través con la boca de la cueva.

—¡Eureka!—gritó Cotta así que puso el pie en la entrada—. Por aquí han pasado hace poco los dos. Las huellas de sus pisadas están frescas.

En efecto, al punto pudimos comprobar, estampadas en el barro de la caverna, las huellas de dos clases de pisadas. Unas, no muy pequeñas, las de Peinado, sin duda; otras diminutas, como los pies del asceta, que desde el primer momento nos había llamado la atención en el huerto. Siguiéndonlas, llegamos hasta el sitio en que la especie de túnel que hace la gruta presentaba una bifurcación. Allí Cotta, como herido por un rayo, se detuvo exclamando:

—¡Las pisadas no pasan de aquí, y sin embargo no se advierten huellas de retroceso!

Y un instante después añadió.

—Pero en cambio, ¡Ved lo que aquí está escrito!

Todos quedamos estupefactos. Sobre la tersa superficie del lodo aparecía escrita con pulso firme y letras latinas esta palabra: OLISIS.

—¡Él es, sin duda, quien lo ha escrito, trazando además esta flecha que parece apuntar hacia la roca viva!—continuó Cotta preso casi de un accidente nervioso—. ¡Aquí está, en efecto, su célebre «caña de los siete nudos» que tanto daba que pensar en Sevilla!

Montalvo, el doctor, el *jina* y yo, que seguíamos ansiosos con la mirada todo cuanto nos iba mostrando espantado Cotta, quedamos sencillamente aplastados. Nuestro amigo mariposa no se equivocaba un punto, porque la misteriosa palabra estaba escrita allí y estaba también su bastón de siete nudos.

—¡Esto es maravilloso!—clamó Montalvo.

—¡Maravilloso, maravilloso!—repetimos a coro.

Pasados aquellos momentos de sorpresa, y convencidos de que no había pisadas de retorno, quedamos confundidos.

—A Olisis, pues, señores, no hay otro camino. Pero puesto que ustedes no hallarán medio, ni yo tampoco, de filtrarse roca adentro como gnomos, ya que no se descubre posibilidad alguna de seguir más por esta covacha, pese a la flecha misteriosa, opino que debemos volver a nuestro albergue y disponerlo todo para partir hacia Olisis al modo humano, ya que no al modo *jina*—dijo, siempre sensato, el doctor.

—No hay otro remedio—asentimos todos saliendo al exterior y emprendiendo el descenso de la Peña silenciosos y llenos de preocupación ante lo acaecido.

Al cruzar bien pronto por frente al *Huerto de Getsemani*, nos sorprendió el verde abierto igual que la tarde antes. Pero esta vez se hallaba allí el simpático sobrino del asceta, extrañadísimo, como era natural, por la inopinada ausencia de su tío.

—¿Le vieron ustedes?—interrogó ansioso.

—No, hijo mío. Tampoco nosotros le hemos vuelto a ver desde el día que usted mismo nos condujo aquí.

—Es raro que nada me haya dicho de que iba a ausentarse, pero mi tío las gasta así. No es la primera vez que esto ocurre—respondió el joven sin dar gran importancia al caso—. Pasen un rato si quieren.

Entramos en la cabaña que ya conocemos, del asceta, pero esta vez hubo de sorprendernos, medio cubierto por una de esas telas impermeables que se usan para la recogida de la uva o de la aceituna, un viejo

arcón, que, si bien no tenía el mérito de los vargueños de marras, era mucho más grande que ellos.

—Es un arcón lleno de libros—nos dijo el joven—. Mi tío era muy sabio. Leía mucho...

No lo creas, lector, si se te hace duro lo que voy a narrar, pero juro en mi conciencia que no voy a axagerar ni a mentir, sino a cumplir fielmente mis deberes de puntual cronista, porque es el caso, caso que yo me libraré muy bien de comentarle, que no había acabado el sobrino de pronunciar la última frase cuando el pesado arcón crujió como tabla vieja que era, y cual si levantado fuese por una grúa invisible ascendió majestuosamente por sí mismo hasta poco más de un metro de altura y abriéndose su tapa, cual por un resorte, dió la vuelta, volcando suavemente y sin desorden ni estrépito el centenar de libros que albergaba su entraña... Los libros quedaron apilados, sin caerse ninguno, como el contenido de un molde que se vacía, y el arcón, ya sin ellos, quedó bocabajo y abierto allí, al lado mismo. Un espiritista habría dado gustoso la mitad de su vida por poder comprobar, como nosotros lo hacíamos espontáneamente o sin buscarlo, tamaño fenómeno de levitación inteligente.

—¡Esta sí que es buena!—balbuocé Cotta poniéndosele de punta todos los pelos de su larga y atusada cabellera, mientras que el sobrino temblaba con frío de cuartana acurrucado y muerto de miedo en el rincón contrario. Los demás nos habíamos transformado en estatuas como la mujer de Lot.

—¡Por el amor de Dios, señores, váyanse!—gimió acobardado el sobrino—. ¡Ya sí que no me cabe duda de que mi tío era un brujo y de que ha muerto! ¡Sólo él podía hacer, desde el otro mundo, una cosa como esta!

Y tomando un momento de respiro añadió, presa aún de mayor terror:

—¡Tengáis piedad de mí! ¡Llévense, si quieren, ese arcón y esos mal-ditos libros causantes, sin duda, de la desgracia de mi tío!

Y rompió a llorar como un niño, con muestras como de no estar en su juicio.

El doctor tuvo un momento de reflexión mientras acariciaba con la izquierda el montón y su perilla murmurando entre dientes... —No sé hasta qué punto...

Y luego, con el aire casi marcial que solía tomar así que maduraba sus resoluciones, dijo al sobrino:

—Tranquilizaos. Esto no es nada. Sí, es cosa de los elementales o de los malignos. Yo estoy dispuesto a recibir y llevarme el arcón con sus libros, pero con dos condiciones: una la de restituirlos si su tío retorna y

los desea; otra el pagároslo un día a doble precio del que marquen los libreros tasadores de Sevilla. Tomad, si os place pues, a cuenta—terminó alargándole un *palacio real*, como por su estampado los llamaba Cotta, es decir, un flamante billete de a mil pesetas.

Nada pudo inventar mejor el oportuno doctor para acallar los lloros y los temores del buen sobrino quien, alargando la mano, tomó el billete y sin decir palabra se le guardó en el seno abrochándose bien la chaqueta mientras nosotros nos despedíamos de él dándole nuestras señas de Sevilla. Torres marchó hacia el pueblo, de donde no tardó en venir con seis cargadores que, en un abrir y cerrar de ojos, sacaron el arcón a la carretera montándolo en un carro del país.

—Y vos, gran *jina*, a vuestro puesto, es decir, sentado sobre el arcón al que no desampararéis un instante y caminito en el acto para Sevilla—dijo el doctor a Hermógenes Casas dándole un cariñoso golpecito en las espaldas amén de unos billetes para el camino—. Yo quedo en telegrafiar al querido profesor Castro para que os reciba en Sevilla por la puerta trasera de mi casa que da al Campo del ferial, ¿y que sea de noche, eh? ¡No tengamos bromitas ni cuentos como los de marras con los vargueños, es decir, gentendéis?, que no se entere ni la tierra.

El mozo Hermógenes no precisaba tantas explicaciones según lo avisado que era, y aunque le costase trabajo separarse de nosotros, obedeció en el acto al doctor como buen *jina* servicial que siempre fuera. El *Arca de la Alianza*, como la bautizó al punto el pícaro Cotta, fué depositada solemnemente sobre el carronato y envuelta todo lo disimuladamente posible en el capotón de viaje y la manta de Peinado arrancando al paso lento del vehículo, camino de Sevilla, con el *jina* de Hermógenes canturreando encima.

—¡Buen viaje, elemental artificial!—le dijo Cotta a voces—. ¡Mira no se levante otra vez el *Arca de la Alianza* y te tire por las orejas de las mulas!...

—No estáis conocido, doctor—dijo a su vez Montalvo al retirarnos a casa—. ¿Sois vos, o es otro doctor Brin el que consiente en facturar unos libros sin detenerse siquiera a leerlos con vuestra acostumbrada ansia de bibliófilo?

—Ni yo, ni ellos, sino las circunstancias. ¡Hay que partir al punto para Olisis! Sólo siento que el profesor Castro, más ratón de bibliotecas que yo, va a gozar de las primicias de estos incunables oculistas; porque no os figuréis que las mil pesetas son nada para su verdadero valor, si la quinta parte de ellos son como los diez o doce cuyos títulos furtivamente he leído. ¡Uno de ellos tan solo, os diré para que abráis boca, es nada me-

nos que la obra de cierto español que fué llevado por los temporales hasta las costas de América antes de ser ésta descubierta! Prisionero de los Incas, logró evadirse, y tras dos años y pico de penalidades, volvió a España y escribió su odisea inverosímil. Los papeles de este hombre extraño se dice que a la muerte de aquél pasaron a manos de Cristóbal Colón, determinando así el descubrimiento del Nuevo Mundo...

—¿Cómo diablo podéis saberlo, si no habéis leído el libro?—observó Montalvo.

—Muy sencillo—replicó el doctor—; de pasada he leído el título, que es el mismo de un ejemplar *único* que posee en Madrid mi gran amigo el poeta Gonzalo Morenas de Tejada, quien tiene, además, escrito sobre ello un trabajo preciosísimo. Ya os hablaré de ello otro día. El libro se titula *Comentarios reales de la vida de los Incas.—Refutación a la obra del Inca Garcilaso de la Vega*, por D. Manuel de los Santos Rodríguez, si mal no recuerdo.

Con esto, despidiéndonos del dulce *Huerto de Getsemani*, con la tristeza honda con que solemos alejarnos de los lugares queridos que acaso no hemos de volver a visitar nunca, regresamos a nuestro albergue bien pasado mediodía.

CAPITULO XVIII

FOR EL CAMPO DE LOS CLÁSICOS GNÓSTICOS Y GRECOLATINOS

Detención forzosa.—Opiniones de Crantos, Marsilio Ficino, Porfirio, Proclo y el anónimo autor de *El Libro de las Maravillas*.—Thetis y Océano, en las obras de Homero.—Los periplos cartagineses de Himilción y de Scilax.—Séneca y su tragedia *Medea*.—Tertuliano, Ortelio, Parmelio, Paragallo, Gomara, Zárate, Pellicer y el padre Kircher.—Los poetas Lucano y Silio Itálico.—Estrabón, Philón de Byblos, Evemero, Ennio y Lactancio en sus opiniones acerca de la Mitología.—Otros autores.—La meritísima obra del doctor de la Huerta y Vega.—«¡Cosas oïredes del Cid!...»—En camino de esclarecer un inmenso misterio.—Preocupaciones de Cotta y del doctor.—Los descubrimientos de Schlieman.—«¡Seal!»—Otra vez la signatura oculista.

Una contrariedad nos aguardaba en casa; la de no poder partir aquel día, como era nuestro propósito, para Olisis. El guía que nos habría de conducir, y sus mulas, eran los únicos que Torres había podido encontrar disponibles para llevar el arcón a Sevilla. La cogida de la aceituna tenía empleados todos los brazos, y fué preciso que el mismo sobrino del asce-ta, agradecido porque le librásemos del arcón embrujado y le diésemos encima mil pesetas, se ofreciese a ir a Orullos para traernos nuevas cabalgaduras. Forzosamente, pues, teníamos que entretener la tarde y la noche en la lectura, con gran placer del doctor y alguna contrariedad del siempre impaciente Cotta, quien se contentó con decir:

—¡Es karma! Hasta mañana no se cumplen los tres días del plazo caballeresco.

—Tenéis razón, no lo he olvidado yo tampoco—replicó el doctor.

A todo esto, ¡oh eterna y compleja ley de conjugación entre la materia y el espíritu!, no habíamos probado bocado, y eran las dos de la tarde, sin que nos diésemos ni cuenta de ello, como tampoco se la diera al partir el buen *jina*. Así que, después de comer y de deliberar acerca de la partida al otro día, tornamos a enfrascarnos en la lectura, cosa a la que convidaba lo desagradable de la tarde, aún más que la vispera, amén de la exci-

tación de nuestros nervios por los dos fenómenos que habíamos experimentado de pleno sabor espiritista o, mejor dicho, ocultista.

Acurrucentes en la camillita de marras, como Cotta decía; fumando, dormitando a ratos, o charlando, en vez de apelar a las consabidas cartas como hacen otros, seguimos curioseando los legajos, hermanos, por lo que se ve, de los demás que el arcón contenía.

—Hasta este pasaje que ayer leímos se conserva, según nota del libro veintitrés del *Critias*—dijo el doctor empalmado la lectura—. Ya veis, pues, si cabe dudar del carácter histórico de la isla Atlántida, teniéndola por mera fábula como con frescura increíble pretenden algunos. Aquí, en Huerta y Vega, donde voy siguiendo paso a paso estos apuntes que no parecen sino que han servido para dicha obra, tropiezo con atinadas consideraciones de este ignorado sabio de los tiempos de Felipe V, que no puedo menos de leerlos a mi vez y que dicen: «Crantos, el primero de los comentaristas de Platón, admite sin género de duda la existencia de la Atlántida, y Marsilio Ficino, al estudiar estos pasajes de los diálogos platónicos, ha dicho: La historia de la Atlántida fué verdadera, lo uno, porque al no serlo, el mismo Platón, siguiendo su costumbre, la hubiera denominado *fábula*; lo otro, porque asegura en su *Timeo* que es *historia maravillosa*, pero del todo verdadera, dando detalles de los monumentos y autores fidedignos de quienes la recibió». Además, lo afirma también Proclo, el famoso historiador de los etíopes. «El joven *Critias* del relato, habla de su abuelo el viejo *Critias*, y aquél, de Solón su tío, que así lo dejó escrito; y Solón, a su vez, lo oyó de labios de los sacerdotes egipcios... Y aunque ninguno de los platónicos niega que sea historia verdadera, sin embargo, Porfirio, Proclo, y antes que ellos Orígenes, quieren que en su contenido se oculte alguna alegoría física; mas juzgo, por el contrario, que Platón mismo, en su *Fedro*, se burló de este género de alegorías, mientras que en el diálogo en cuestión, antes de relatar lo que a Solón contaron los sacerdotes egipcios, pone en boca de *Critias* el joven estas palabras: «Oyó Sócrates una maravillosa historia, pero llena de verdad, la cual refería Solón, el más sabio de los Siete, porque era muy amigo y doméstico de Dropides nuestro bisabuelo, como él refiere en sus versos, y que algunas veces dijo a nuestro abuelo *Critias*, cómo este anciano nos contaba cuando él tenía noventa años y yo solamente diez.»

Además las noticias de Platón sobre la Atlántida fueron confirmadas por el anónimo autor de *El libro de las Maravillas (Liber Mirabilium)*, libro en que su autor, bien fuese él Aristóteles, o Theofrasto u otro, con-signa estas palabras: «Fuera o más allá de las *Columnas de Hércules* se

dice que fué hallada por los cartagineses una isla desierta, que tenía selvas de todo género de árboles, abundante en mil frutos y con ríos navegables maravillosos. Semejante isla distaba del camino de Cádiz muchos días. Esta isla que muchos modernos quieren fuese Cuba o la Española, está también descrita en el libro quinto de Diodoro Sículo...»

—Alto ahí—exclamó Montalvo que también se disponía a leer, según turno—. La continuación de eso la tengo ya aquí, en estos extractos de los libros cincuenta y seis al sesenta de este autor último, y por cierto que parecen ampliar enormemente los datos de Platón, como si a él hubiesen llegado más informaciones que a nosotros acerca de las obras del Maestro.

—Leed, leed, pues—indicamos todos y Montalvo con gran esmero nos leyó lo siguiente, que también coincidía en gran parte con otros pasajes de la obra de Huerta y Vega, obra a la que los legajos parecían haber servido como de apuntes muchas veces.

«Los atlantes primeros habitaban una comarca muy fértil y marítima. Diferían de todos sus vecinos por su piedad hacia los dioses y por lo hospitalarios que siempre eran. Pretenden ellos que todos los dioses han nacido en su nación. El más famoso de los poetas griegos, Homero, parece haber sido de la misma opinión cuando pone en boca de Juno estas palabras:

«Quiero ver en los confines de la terrestre mansión
al Océano y a Thetis, a quien debemos la existencia.»

Uno de estos dioses era Neptuno, a quien sucedió su primogénito Atlas o Atlante. Por su parte Scilax, geógrafo insigne que floreció en tiempos de Darío Notho, al referir la navegación del cartaginés Hannón, afirma que llegó hasta la isla *Cerne*, que se cree sea la de Madera, y dice: «Lo que hay de la otra parte del Cerne no es navegable por la poca profundidad del mar, el cieno y las algas que hay en él»—y por esta razón, continúa Huerta y Vega—según decís, Dionisio Periegetes y Prisciano en su Geografía llamaron a Cerne lo último del Océano. ¿Qué otro cosa es este mar, sino el que a la Atlántida sumergiese? Por ello Rufo Festo Avieno, copiando el periplo de Himilcón dice: «El vulgo navegaba estos mares entre las Columnas de Hércules, los cuales, según el cartaginés Himilcón no se pueden atravesar en cuatro meses. Aquí las naves no son agitadas de viento alguno; aquí lo perezoso del mar y del agua espanta a los marineros, y entre las aguas, añade, hay un pavimento de algas marinas que a veces, como yerba, detiene a los navíos.» Esto concuerda con Séneca cuando en su *Medea* cantó: «Vendrán tiempos en los cuales el

Océano desatará sus prisiones y se manifestará una gran tierra y entonces no será Thule la última del mundo.» Y por eso Tertuliano, en el capítulo veinticinco de su réplica contra Hermógenes escribe: «Habrá, pues, que dar crédito a Sileno, quien, en presencia del rey Midas afirmaba porfiadamente que había otro orbe, según lo que escribió Theopompo (Libro tercero, capítulo 18 de los *Varones ilustres*, de Elianus); a lo que Orígenes agrega: «Clemente, discípulo de los apóstoles, hace mención también de aquellas gentes a quienes los griegos llaman antípodas, y de aquellas partes del orbe adonde ninguno de nosotros puede ir ni de los que están en ellas pueden pasar acá y a los cuales aquel llamó mundos, porque nadie puede atravesar el Océano ni navegar entre ellos y nosotros.» La misma autoridad de San Clemente fué seguida por San Jerónimo, libro primero, capítulo segundo a los de Epheso.

—Sí—añadió el doctor al llegar aquí la lectura—todo eso está también inserto en la obra de Huerta y Vega: vedlo, con más las citas siguientes, que son de gran valor, y nos mostró el precioso libro, del que yo tomé esta nota bibliográfica:

«Abraham Ortelio (Geografía Universal); Arnobio, *Adversus Gentilium* (libro 1); Tertuliano, *De Palio*; Herbelot, *Biblioteca orientalista*; Ortelio, *in Tubal*; Pamelio, *in Notae ad Tertuliano*; Antonio Agustín, *Diálogo 8 acerca de las medallas*; Paragallo, *Rogionam*; Kircher, *in Aedipus* (tomo 2), *et in Mundo subterráneo* (libro 2, capítulo 12); Gomara, *Historia de Indias*; Zárate, *Proemio a la Historia del Perú*; Huecio, *Demonstracione Evangélica* (capítulo 7, proposición 4); Pellicer, en su *Aparato bibliográfico para la Historia de España* (libro 2, nota 8).»

También copié, por lo curiosos, estos párrafos del autor acerca de la Fábula y la Historia:

«Alguno nimiamente crítico nos dió a entender que no deberíamos fiarnos de la Mitología, y por tanto de los poetas, quienes, como tales, no merecen fe en la Historia. Y es cierto que cuando citamos a los poetas, procuramos afianzar su dicho con los mayores historiadores. Además que no todos los poetas deben excluirse, pues unos escribieron con tal legalidad y verdad que toda la erudición moderna confiesa merecen más bien el nombre de historiadores que el de poetas, y en este número son contados nuestros Lucano y Silio Itálico. Otros poetas hay que aunque interpolaron fábulas lo hicieron sólo como adorno o disfraz, quedando verdadera la sustancia de su narración. De esta clase son Homero, Hesiodo y demás antiguos, los cuales, aunque mezclaron alguna mitología, historiaron a verdaderos sucesos y príncipes, constituyendo a algunos de estos

en clase de Dioses, y a otros en la de Héroes, según sus méritos. Así expresamente consta de Estrabón, Philón de Byblos, Evehemero, Ennio, Lactancio y otros muchos, de suerte que es crasísima minerva el idear que la Mitología y los poetas fueron fábula sola sin fundamento histórico. Los mismos Padres de la Iglesia nos desengañan, tales como Tertuliano, Lactancio, Clemente de Alejandría, Justino, Orígenes, San Agustín y otros que escribieron contra los gentiles e hicieron demostración de que todos sus dioses habían sido príncipes mortales, cuyos sucesos escribieron los poetas con el velo de la Mitología. El correr este velo ha sido hasta hoy el empeño de las primeras plumas. Apolodoro, ateniense, empezó a enseñar este camino, y aun con más propiedad Palefato Pario. Lo mismo intentaron y consiguieron Higinio, los dos Fulgencios, Phornuto, Albrico y Natal Comite.»

—Verdaderamente que la tal obra del doctor de la Huerta y Vega es una verdadera maravilla, y que no se concibe cómo ha podido ella desaparecer de la circulación siendo de tanta erudición e importancia. No me lo explico poco ni mucho—dijo el ingenuo Montalvo.

—«Cosas oiredes del Cid, que farán hablar las piedras.» ¡Es la historia, la historia eterna de las riquezas de Español—replicó intencionadamente el doctor—. Si no hubiese tratado así, tan a las claras de la Atlántida.

—¡La cena!—entró diciendo la *carrosa* Maritornes de la fonda.

—Sí, cenemos, que después tenemos que deliberar—terminó nuestro guía.

—Preveo, en efecto—dijo muy preocupado Cotta—que con los extrañísimos sucesos que nos vienen acaeciendo desde Madrid y Sevilla, coronados por la desaparición de nuestro presidente y la aventura de esta mañana misma, hemos dado de bruces, como vulgarmente se dice, con algo tremebundo, con la *galería astral* que conduce a un gran misterio de las edades, y en la que, si penetramos un paso más, nos va a ser imposible retroceder. Es más, me figuro que en ello arriesgamos, no sólo la vida, sino hasta nuestros futuros destinos mismos de ultratumba. ¡Cuán pobres somos y qué poco valemos ante tamaños problemas, amigos míos!...

Precisamente por eso os proponía una deliberación, en la que ¡ay! faltan ya los votos de dos de los siete que de Sevilla salimos tan contentos. En cuanto a mí, ya conocéis mi carácter, que no suele retroceder ante obstáculo alguno, pero os confieso hoy que estoy avergonzado de mí mismo, pues que me asaltan idénticos o mayores temores que al gran Cotta. Es innegable que nos encontramos frente a un problema terrible, gual, sino peor al que se dice cortó el paso al célebre doctor Schliemann

al acabar de descubrir unas debajo de otras sus siete Troyas, correspondientes a otras tantas épocas históricas.

—¿Qué fué ello?—interrogó Torres.

—Pero, ¿de veras no tenéis noticias de este acontecimiento, memorable ya en los fastos de la Arqueología?

—No. No las tenemos—aseveramos todos—. Es más, como no hay por qué deliberar, sino que obrar, desechemos todos nuestros temores actuales y los que venir después pudieran, en un *no ha lugar a deliberar*, que dicen los parlamentarios.

—¡No esperaba yo otra cosa de vosotros, como aspirantes a teóricos ocultistas!—replicó el doctor—y pues que así lo queréis y así os lanzáis a la indefinida e indefinible aventura. ¡SEA!

—¡Sea!—repetimos todos extendiendo nuestras manos en el más solemne y tácito de los juramentos.

Y luego, como si en aquel instante no nos jugásemos nuestro porvenir, nuestra honra y nuestra vida, nos sentamos a cenar, transfigurados y felices, pero antes el doctor había lanzado una exclamación de sorpresa y de triunfo.

Al dorso de uno de los legajos, y también en una de las tapas del libro de Huerta y Vega había visto la signatura famosa: $\infty = 5$.

¡No cabía duda! Los libros del arcón, hermano gemelo de los vargueños de marras eran de Arias Montano. El asceta del *Huerto de Geisemaní* y el *ario del monte*, eran discípulo y Maestro, como discípulo y Maestro eran ya también nuestro ex presidente Peinado y el asceta...

El simbolismo de $OO = 5$ parece ser, según el señor Montalbán, que se encuentra también en pinturas rupestres de Cuevas Viejas en Cádiz, en la basílica de Cervatos de Caravia (Reinosa), a la cual en ciertos tiempos han pagado censos casi todos los obispados de España, incluso el de Toledo y, en fin, según el P. Aguilló en Felínix (?) Mallorca bajo esta otra forma de $(+)\oplus = 5$.

CAPÍTULO XIX

LA ESTUPENDA NARRACIÓN DEL ARQUEÓLOGO SCHLIEMANN

Cómo el sabio alemán encontró las huellas de la Atlántida, cuna de la civilización.—Un artículo del *New York Herald*.—Las leyendas de los Paraísos.—Los diluvios.—Dioses y diosas primitivos.—La cuna, según Schliemann, de la gran familia hindo-europea.—La estirpe de los descubridores de las siete Troyas.—Yucatán.—El seno del Atlántico.—La extraña historia del arqueólogo.—Un sobre lacrado y juramentado.—La civilización tiahuanaca.—Un análisis químico.—Una inscripción.—Manuscritos de los Mayas.—El eterno temor al ridículo y a las iras de los pseudos-sabios.—¿Un jarrón de la Atlántida?—Las ruinas del templo de Sais en el Delta del Nilo.—Un vaso troyano.—Monedas diversas.—El «Templo de las paredes de cristal».—En los archivos de Lhasa.—Más detalles sorprendentes acerca del arqueólogo.—Silencio solemne.

A los postres, Montalvo, el explorador de las cien peligrosas aventuras americanas, rogó al doctor que nos refiriese la anunciada narración del arqueólogo Schliemann.

—No creí las ignoraseis—contestó aquél—, según el ruido, que ellas han hecho en el mundo, desde la publicación de un famoso artículo de hace unos dos años en el *New York Herald*, traducido al castellano por Edelmiro Félix, e inserto en infinidad de revistas teosóficas, bajo el título de «*Cómo encontré la perdida Atlántida, fuente de toda civilización, por el doctor Pablo Schliemann*». El artículo, que le recuerdo bien, dice así, poco más o menos:

«La Atlántida fué la región donde primero se elevó la humanidad desde el estado salvaje hasta una civilización más avanzada que la nuestra.» Esto es cierto sólo en parte, puesto que el estado primitivo de la humanidad fué la inocencia de la Edad de Oro, y muchos siglos antes de la civilización atlante, existió con caracteres análogos la Lemuria, pero aquí me abstendré de mezclar comentarios míos, cual si os leyese el artículo en cuestión, que tan grabado le tengo en la memoria como si ahora le leyese.

«Llegó a ser la Atlántida—continuó recordando con su prodigiosa memoria el doctor—una nación tan poderosa que, en el transcurso de

cientos de miles de años, conquistó al mundo; colonizó a Egipto, las costas occidentales de Africa y Europa, Centro-América, con los contornos del Golfo de México, valle del Mississipi y costa del Pacífico; el Mediterráneo, el Báltico, el Cáucaso, el Mar Negro, etc.

El recuerdo de la Atlántida, por otra parte, se encuentra en las leyendas del Jardín del Edén de la Biblia, en el Jardín de las Hespérides de los Griegos, el Asgard de los Escandinavos, el Tir n'Og de los Celtas y en todas las leyendas de una tierra misteriosa y maravillosa, en la que moraban dioses o mortales semejantes a dioses.

La historia del Diluvio, cuyas versiones se encuentran en las tradiciones de casi todas las razas antiguas y modernas, son simplemente el recuerdo de la estependa catástrofe que hizo desaparecer la Atlántida, y cuya desaparición fué llevada por los supervivientes a todas las colonias de la perdida tierra, representando éstas toda la civilización del mundo en aquella época.

De la misma manera, la huida de algunos de los atlantes por un estrecho puente de tierra que unía la Atlántida con lo que es actualmente Bretaña, se conserva en las leyendas del Peligroso Puente del Arco Iris, con su filo de navaja, que los escandinavos creían ser el único camino que conducía a Asgard, la morada de los dioses; en la famosa «Calzada del Infierno» de los libros religiosos de la Edad Media, en las leyendas similares de los Hindús, Mayas y Turanios.

Los dioses y las diosas de los antiguos griegos, los fenicios, hindús y escandinavos son simplemente los Reyes, Reinas y héroes de la Atlántida, y los hechos que se les atribuyen en la mitología son un confuso recuerdo de sucesos históricos reales.

Las religiones de Egipto, Perú y de los Mayas—la desaparecida raza que construyó las enterradas ciudades de la América Central y sobre las ruinas de cuya civilización construyeron su imperio los aztecas—, fueron las primitivas religiones de los atlantes.

Fué la colonia más antigua de las fundadas por los atlantes el Egipto, cuya civilización resultó una basta reproducción de la madre tierra. La seguían en orden de antigüedad Perú y Centro América.

El alfabeto fenicio, padre de todos los alfabetos europeos, se derivó de un alfabeto atlante, que fué también transmitido a los Mayas por los Atlantes. Los símbolos y jeroglíficos de los egipcios y de los mayas provienen de la misma fuente, y así se explica su semejanza, demasiado grande para ser casual.

La Atlántida fué el punto de partida de la familia hindo-europea de las

naciones, así como también de los semitas, y probablemente el de los turanios.

Los atlantes poseían un completo conocimiento de la electricidad, el vapor y otras fuerzas naturales. Tenían también aeroplanos, buques de máquinas y explosivos. Eran ingenieros prodigiosos y los primeros trabajadores del hierro. Usaban para la ornamentación el oro y la plata en grandes cantidades, y un metal precioso, ya desaparecido, conocido como «orichalcum».

El doctor Paul Schliemann, el distinguido nieto del difunto doctor Heinrich Schliemann, descubridor de la antigua Troya, y uno de los arqueólogos más grandes del mundo, hace aquí una de las narraciones más notables y fascinadoras que jamás se han publicado de un descubrimiento.

La Atlántida es el legendario continente mencionado por el filósofo griego Platón, quien en una de sus conversaciones dijo cómo los sacerdotes del templo egipcio Sais habían relatado a Solón, el gran legislador, la historia de su destrucción unos 9.000 años antes de Cristo. La Atlántida, según la historia, fué el hogar de una gran raza civilizada que conquistó y colonizó el mundo. Toda civilización ha partido de ella.

Lo que se conoce como «El Arrecife del Delfín» (Dolphin Ridge), una enorme meseta submarina que se extiende entre los 25 y 50 grados de latitud norte y los 20 y 50 grados de latitud oeste, se supone ser sus hundidos restos. Se cree que las islas Azores son la cima de sus más altas montañas: todo lo que actualmente queda sobre la superficie del agua del perdido continente.

Si el doctor Paul Schliemann puede probar sus manifestaciones, se aclarará el misterio más grande del mundo y se reconstruirá la historia de nuestra raza, descifrándose al fin muchos enigmas.

Es curiosa la coincidencia de que al mismo tiempo que el doctor Schliemann hace públicos sus descubrimientos, parte una expedición de Inglaterra para recobrar los tesoros de las ciudades hundidas en la bahía de Campeche, en Yucatán. Estas ciudades fueron localizadas por el doctor Ernst Marjolies, después de haber estado cuatro años en Centro América, el que también tiene evidencias que cree prueban que dichas ciudades fueron parte de una colonia de atlantes y que se hundieron por la misma convulsión que destruyó la tierra madre.

La historia del doctor Paul Schliemann es como sigue:

«Algunos días antes de que mi abuelo muriera, el doctor Heinrich Schliemann—el verdadero descubridor de la gran civilización miocena, cuya historia se conserva en los libros de Homero, murió en Nápoles en

1890—dejó un sobre lacrado al cuidado de uno de sus más íntimos amigos. El sobre tenía la siguiente inscripción: «Este sobre sólo podrá ser abierto por un miembro de mi familia que solemnemente jure dedicar su vida a las investigaciones que están bosquejadas y contenidas en él».

Una hora antes de que mi abuelo muriera, pidió papel y escribió con mano temblorosa: «Adición confidencial al sobre lacrado. Rómpace el recipiente con la cabeza de lechuga. Examínese el contenido. Conciérne a la Atlántida. Háganse investigaciones en el este de las ruinas del templo de Sais y en el cementerio del valle Chacuna. Importante. Demuestra el sistema. La noche se acerca.—Adiós».

Encerró lo escrito en un sobre y dijo a la enfermera que enviara al amigo a quien había confiado el otro paquete, lo que se hizo así.

Aunque todo el mundo tenía curiosidad por saber lo que contenían los misteriosos paquetes, ninguno de los niños o de los amigos se atrevió a romper los sellos. Nadie deseaba dedicar su vida a algo que no podía saber lo que era hasta que no fuera demasiado tarde para retroceder. Los sobres se depositaron en los Bancos de Francia. Después de haber estudiado yo durante algunos años en Rusia, Alemania y en el Oriente decidí hacerme cargo de la obra de mi ilustre abuelo, convencido de que lo que él había estimado tan importante y guardado de tal manera, ameritaba la dedicación de una vida a ello. En 1906 hice juramento y rompí los sellos. Dentro había varios documentos y fotografías. El primer papel decía:

«Quien abra este sobre debe jurar solemnemente terminar la obra que dejé empezada. He llegado a la conclusión de que la Atlántida no era meramente un gran territorio entre la América y las costas occidentales de África y Europa, sino también la cuna de nuestra civilización. Ha habido muchas discusiones entre los científicos sobre este asunto. Según un grupo, la tradición de la Atlántida es puramente ficticia, basada sobre informes fragmentarios de un diluvio ocurrido miles de años antes de la Era Cristiana. Otros declaran que la tradición es totalmente histórica, pero imposible de comprobarse por completo.

»En las adjuntas compilaciones se encontrarán notas y explicaciones, las pruebas que del asunto existen en mi mente. Quien se haga cargo de esta misión se obliga solemnemente a continuar mis investigaciones y a formar una exposición definida empleando el material que dejo con ésta y acreditándome mi justa participación en el descubrimiento. Hay depositado un fondo especial en el Banco de Francia que será pagado al que presente el adjunto recibo y que cubrirá los gastos de las investigaciones. ¡Que el Todopoderoso acompañe en esta gran obra!»

No puedo copiar todos los documentos en este limitado espacio, ni tampoco me interesa hacerlo. Pero si uno de los más importantes, que desde el punto de vista de la narración dice:

«Cuando en 1873 hice las excavaciones de las ruinas de Troya en Hisarlik y descubrí en la Segunda Ciudad el famoso «Tesoro de Priam», encontré entre ese tesoro un famoso jarrón de forma peculiar y de gran tamaño. Dentro de él se hallaban algunas piezas de alfarería, varias imágenes pequeñas de un metal peculiar, monedas del mismo metal y objetos hechos de hueso fosilizado. Algunos de estos objetos y el jarrón de bronce tenían grabada una frase en jeroglíficos fenicios. La frase decía: «Del Rey Cronos de la Atlántida».

«El que esto lea podrá imaginarse mi emoción. Era la primera evidencia material de que existía el gran continente cuyas leyendas han perdurado a través de las edades por todo el mundo. Guardé en secreto este objeto, ansioso de hacerlo la base de investigaciones que creía serian de importancia infinitamente mayor que el descubrimiento de cien Troyas. Pero tenía que terminar primero el trabajo que había emprendido y estaba aún más deseoso de ello, porque tenía la seguridad de encontrar otros objetos que procedieran directamente del perdido continente. Fuí recompensado por mi fe, según puede verse en el documento marcado B.

»En 1883 encontré en el Louvre una colección de objetos desenterrados en Tiahuanaca, en Centro América, y entre ellos descubrí piezas de alfarería exactamente de la misma forma y material y objetos de hueso fosilizado que reproducían punto por punto los que yo había encontrado en el jarrón de bronce del «Tesoro de Priam.» La semejanza no podía ser una coincidencia. Las formas y decoraciones eran demasiado complejas para ello. Está fuera del rango de las coincidencias que dos artistas en dos países tan separados como Centro América y Grecia hicieran dos jarrones—sólo menciono uno de los objetos—exactamente de la misma forma, del mismo tamaño y con curiosas cabezas de lechuga colocadas justamente en igual forma en ambos.

»Los jarrones centroamericanos no tenían caracteres fenicios ni escritura de ninguna clase. Corrí a examinar de nuevo mis propios objetos, y después de pruebas y de exámenes sin cuento, me convencí de que las inscripciones habían sido hechas por otras manos después que los objetos se hubieron fabricado.

»Conseguí algunos de estos objetos de Tiahuanaca y los sometí a análisis químicos microscópicos. *Estas pruebas demostraron concluyentemente que tanto los jarrones centroamericanos como los de Troya ha-*

bian sido hechos con la misma arcilla peculiar y supe más tarde, segura y definitivamente, que esta arcilla no existe ni en la antigua Fenicia ni en Centro América.

»Analiqué los objetos de metal, porque no podía reconocer de qué estaban hechos. El metal no se parecía a ninguno de los que había visto. El análisis químico demostró que el material estaba compuesto de platino, aluminio y cobre; una combinación que nunca se había encontrado en los restos de las antiguas ciudades desconocidas hoy día.

»Objetos, pues, perfectamente semejantes y teniendo incuestionablemente una fuente común han sido encontrados en países tan separados como estos. Los objetos no son fenicios, miocenos ni centroamericanos. ¿Cuál es, entonces, la conclusión? Que llegaron a ambos lugares de un centro común. *La inscripción en mis objetos daba ese centro. ¡Era la Atlántida!*

»Que los objetos se conservaban con gran veneración se demuestra por su presencia entre el «Tesoro de Priam» y el receptáculo especial que los contenía. Su forma no dejaba duda de que eran objetos destinados a ceremonias sagradas y procedentes del mismo templo. ¿Eran los restos de un culto que existía en la Atlántida y que esa gran tierra había impreso en colonias y países tan lejanos como la antigua Creta y Centro América? ¿Eran estos objetos enviados por la tierra madre de la misma manera que se envían las Biblias hoy día a la cristiandad y como las estatuas de Isis y su altar parafernalia eran enviados por Egipto a sus colonias?

»Este extraordinario descubrimiento y mi salud decadente me indujeron a apresurar más rápidamente mis investigaciones. Encontré en el museo de San Petersburgo uno de los rollos de papiro más antiguos que existen. Había sido escrito durante el reinado de Faraón Sent, de la Segunda Dinastía, o sea 4571 años A. C. Contiene una descripción de cómo el Faraón mencionado envió una expedición al Occidente en busca de rastros de la Tierra de la Atlántida, de donde hacía 3.350 años habían llegado los antecesores de los egipcios, trayendo con ellos toda la sabiduría de su tierra nativa. La expedición volvió al cabo de cinco años informando que no habían encontrado ni personas ni objetos que pudieran darles una pista para hallar la desaparecida tierra. Otro papiro del mismo museo, escrito por Manethon, el historiador egipcio, hace referencia a un período de 13.000 años como el reinado de los sabios de la Atlántida. El papiro coloca éste al principio mismo de la historia egipcia: aproximadamente hace unos 16.000 años.

»Una inscripción que desenterré a la Puerta del León, en Miocenia,

Creta, dice que Misor, de quien según la inscripción descendían los egipcios, era el hijo de Taaut Thoth, el Dios de la Historia, y que Taaut era el hijo emigrado de «un sacerdote de la Atlántida», quien, habiéndose enamorado de una hija del rey Chronos, escapó y desembarcó en Egipto después de muchas aventuras. Construyó el primer templo en Sais y enseñó la sabiduría de su tierra nativa. «Toda esta inscripción es muy importante y la he conservado en secreto. La encontraréis entre los papeles marcados D».

No puedo agregar aquí más que una pequeña parte de la enorme masa de evidencias—y son evidencias materiales—de este continente de la Atlántida, las que mi abuelo ha reunido. Debo pasar al final de este notable documento.

»Una de las tablas de mis excavaciones en Troya da también un tratamiento médico de los sacerdotes egipcios—pues existió comunicación entre Creta y Egipto durante muchos siglos—para quitar la catarata de los ojos y las úlceras de los intestinos por medio de la cirugía. *He leído una fórmula casi similar en Berlín en un manuscrito español, cuyo autor lo había aprendido de un sacerdote azteca en México. El sacerdote lo había aprendido a su vez de un manuscrito de Maya.*

»Para concluir, debo decir que ni los egipcios ni la raza Maya que formó la civilización de Centro América antes que los aztecas, eran grandes navegantes. No tenían barcos para cruzar el Atlántico ni tampoco lo hicieron. Podemos descartar la intervención de los fenicios como una unión real entre los dos hemisferios; y sin embargo, la semejanza de la vida y civilización egipcias y mayas es tan perfecta, que es imposible pensar que sea casual. No encontramos esas casualidades en la naturaleza o en la historia. La única posibilidad es que existiera, como dice la leyenda, un gran continente que uniese lo que hoy llamamos el Nuevo Mundo con el que llamamos antiguo. Quizá entonces la Europa y la América actual estuvieran habitados por monstruos. Probablemente África tendría una raza semejante al mono. El hombre—según hoy lo conocemos—no los había invadido. Pero existía una tierra donde florecía una civilización tan superior a la nuestra actual y quizá más. Sus confines eran los límites del salvajismo. Era la Atlántida. De la Atlántida vinieron las colonias que se establecieron en Egipto y Centro América».

Comprendí que tenía ante mi un serio problema a pesar de toda la asombrosa evidencia, mayor de la que nadie puede soñar, que me había dejado mi abuelo. Había también otras notas y alusiones a las pruebas materiales que estaban en lugar secreto en París, y además de esto, se me

daba la orden expresa y estricta de conservar todo en secreto hasta que hubiera seguido sus instrucciones y terminado mis investigaciones.

Durante seis años he trabajado infatigablemente en Egipto, en Centro y Sur de África y en todos los Museos arqueológicos del mundo. He descubierto la Atlántida, he comprobado la existencia de este gran continente y el hecho de que de él surgieron, sin duda alguna, todas las civilizaciones de los tiempos históricos.

En mis investigaciones he tenido como principio retirarme a tal reclusión, que ningún periódico pudiera llegar a mí, que la curiosidad del público no pudiera molestarme en este serio e importante trabajo. Seguiré el mismo método hasta que haya terminado mi libro. Por este motivo he evitado hasta el presente toda notoriedad por la prensa y toda asociación con ninguna expedición científica. Soy individualista y haré mi trabajo con mi método individual. Sin embargo me he decidido a aceptar la invitación de este periódico y revelar este secreto de mi ilustre abuelo y exponer algunos de los hechos que he descubierto y por los cuales pretendo ser el descubridor de la Atlántida. Voy ahora a relatar lo que sucedió después de haber leído los documentos de Heinrich Schliemann.

Procedí en seguida a examinar la colección oculta en París. El jarrón con la cabeza de lechuga era único en su clase, de origen evidente y extraordinariamente antiguo, y en él leí la inscripción en caracteres fenicios: «Del Rey Cronos, de la Atlántida». Vacilé varios días para romperlo, pues pensaba que la última carta de mi abuelo podía haber sido el resultado de una mente debilitada por la proximidad de la muerte. No podía comprender por qué debía romperse. Parecía vacío. No puedo hasta ahora decir cómo él llegó a saber que debía romperse. Puede ser que hubiera encontrado otros jarrones similares en Hissarlik y que los hubiera roto. Puede haber guardado este último jarrón porque creyera que el que continuara su trabajo debía tener una prueba absoluta de sus aseveraciones. Vacilo al escribir esto, porque parece saber a romance puro... Y sin embargo, es un hecho absoluto.

Al fin, lo rompí y no fué poca mi sorpresa cuando del jarrón cayó un trozo de metal blanco, parecido a la plata, sobre el que estaban grabadas extrañas figuras y una inscripción que no se parecía a ninguno de los jeroglíficos o escritos que yo había visto. Esto estaba en el anverso de la moneda o medalla. En el reverso había grabadas en fenicio antiguo las siguientes palabras: «Emitido en el Templo de las paredes transparentes.» ¿Cómo se introdujo el metal en el jarrón? No lo sé. El cuello era demasiado pequeño para su inserción, y no obstante, allí estaba y había sido fija-

do en la arcilla del fondo y mi abuelo evidentemente sabía que estaba allí.

Si el jarrón era de la Atlántida, el metal debía de haber venido de allí también. Y, sin embargo, el examen me demostró que las letras fenicias habían sido grabadas después que el objeto había estado bajo el troquel que hizo las figuras del anverso. Esto es todavía un misterio para mí. Pero ahí está la evidencia.

Además de esto, encontré en la colección los otros objetos materiales que mi abuelo había dicho provenían de la Atlántida. Uno era un aro del mismo metal peculiar que las monedas o medallas. Había un elefante de hueso fosilizado de extraña apariencia, un jarrón sumamente anticuado y otros objetos que no necesito describir. También estaba el mapa por el cual el capitán egipcio había buscado la Atlántida. Prefiero no mencionar los otros objetos y conservarlos para mi extenso trabajo, pues no puedo, según instrucciones de mi abuelo, describirlos. Baste decir que ningún científico podrá refutarlos. El jarrón con la lechuga, el jarrón anticuado, el jarrón de bronce y el aro de metal, tienen las inscripciones fenicias. El elefante y las monedas, no.

Mi abuelo había escrito que debía primero dedicar mi atención a las ruinas del Templo de Sais y al Valle de Chucuna, en América. Me dirigí primero a Egipto y empecé a excavar alrededor de las ruinas de Sais. Trabajé largo tiempo en vano. Encontré interesantes objetos dedicados a antiguos usos religiosos y astronómicos: pero ningún vestigio de los que deseaba.

Pero un día entré en relaciones con un cazador egipcio que me enseñó una colección de medallas antiguas que se había encontrado en un sarcófago, en una de las tumbas de los alrededores. ¿Quién podría describir mi sorpresa al ver en su colección dos medallas de la misma forma y tamaño que la que había encontrado en el jarrón de Troya? Las figuras no tenían tantos detalles y carecían de inscripción, pero eran indudablemente de origen común a la mía. Las obtuve del cazador y examiné el sarcófago. ¡Era de uno de los sacerdotes de la Primera Dinastía! Uno de los más antiguos. Pero no había en él nada de interés para mí.

Sin embargo, ¿no estaba yo progresando? Tenía la moneda del vaso de Troya, que, si mi abuelo tenía razón, vino de la Atlántida; y había encontrado dos de la misma clase en un sarcófago de un sacerdote de la Primera Dinastía del Templo de Sais, el Templo que conservaba la tradición de la Atlántida y cuyo sacerdote la había relatado a Solón, el Templo que había sido fundado por un hijo de la Atlántida que había huído con

una hija de Cronos, el nombre que estaba en el jarrón de Hissarliik que tenía la moneda. ¿Cómo explicar esto?

Llamé en mi ayuda dos grandes expertos geólogos franceses y examinamos la costa occidental de Africa y los puntos donde mi abuelo había indicado y por donde él creía que la antigua Atlántida estaba unida con esa tierra, y encontramos que esos lugares estaban cubiertos por restos volcánicos. A alguna distancia de la costa cesaban estas señales; pero en muchas millas a lo largo de ella parecía como si la acción volcánica hubiera separado la tierra de la costa. Allí encontré un objeto de inestimable valor para mis investigaciones. Era una cabeza de niño hecha con el mismo metal que el empleado para la construcción del arco y de las medallas. Estaba bajo una capa de cenizas volcánicas de gran antigüedad. El análisis químico demostró que era de la misma extraña aleación que ya he descrito.

No puedo dar aquí todos los detalles de esta investigación. Fueron inmensamente importantes y están apoyados por más testimonios que el mío.

Fui a París y busqué al poseedor de la colección de objetos centroamericanos a que mi abuelo había hecho alusión. Consintió en que rompiera su jarrón con la cabeza de lechuga para ayudarme en mis investigaciones, y así lo hice.

¡Y de él extraje una medalla exactamente del mismo tamaño y material que la que yo tenía, con la única diferencia de que era distinta la colocación de los jeroglíficos!

Tenía, pues, cinco eslabones: las monedas de la colección secreta de mi abuelo; la moneda del jarrón atlante; las monedas del sarcófago egipcio; la moneda del jarrón centroamericano y la cabeza encontrada en la costa de Marruecos.

Partí en seguida para Centro América, México y Perú. He cavado en los cementerios y excavado en las ciudades. El cementerio del valle de Chucuma, donde están enterrados los antiguos Chimus, me proporcionó cuantioso material para nuevos horizontes. Debo decir que aun cuando encontré fragmentos de jarrones con cabezas de lechugas, no pude hallar más medallas; pero lo que encontré tenía tanta importancia como esto. Hay allí inscripciones que asombrarán al mundo; y en la pirámide de Teotihuacán, en México, encontré otras medallas del mismo metal, pero con diferentes inscripciones.

Tengo razones para decir que las extrañas medallas se usaron como dinero en la Atlántida hace unos cuarenta mil años. Estas razones están basadas, no solamente en mis propias investigaciones, sino también en

otras de mi abuelo que no he mencionado. El «Templo de las Paredes Transparentes» era una de las Tesorerías Nacionales del perdido Continente. Como los atlantes y más tarde los egipcios, los mayas y los chimus eran naciones sacerdotales y es natural que los templos fueran considerados como el centro y base de la vida política y social, así como también la cuna del arte, de la ciencia, de la educación y de la religión. Entre los hechos que voy a revelar en mi libro hay claras indicaciones de la Ciudad de las Puertas de Oro, como se le llama, y dos claras referencias al Templo de las Paredes Transparentes.

Este Templo atlante de las Paredes Transparentes era generalmente un importante lugar de reunión pública. Sus trabajos podían ser presenciados por las masas. ¿Tenía la palabra «transparente» un significado simbólico, o existía realmente un edificio con paredes transparentes? No lo sé. Sin embargo, puedo probar que los fenicios aprendieron a hacer vidrio del «pueblo que vivía más allá de las Columnas de Hércules». Es necesario decir que el país que empleaba las antiguas medallas como equivalente del trabajo, tenía un sistema más adelantado de circulación que el que tenemos nosotros actualmente.

Paso por alto, por falta de espacio, sobre los jeroglíficos y otras evidencias que he descubierto y que demuestran que las civilizaciones de Egipto, Miocena, Centro América, Sur América y el Mediterráneo tuvieron un origen común. Esto es incontestable. Paso a transcribir la traducción de un manuscrito maya que es parte de la famosa colección de Le Plongeon, los manuscritos de Troano, y que puede verse en el Museo Británico. Dice así:

«En el año 6 de Kan, el 11 Muluc, en el mes Zrc, ocurrieron terribles terremotos que continuaron sin interrupción hasta el 13 Chuen. El país de las lomas de barro, la tierra de Mu, fué sacrificada. Después de dos conmociones, desapareció durante la noche, siendo constantemente estremecida por los fuegos subterráneos, que hicieron que la tierra se hundiera y reapareciera varias veces y en diversos lugares. Al fin la superficie cedió y diez países se separaron y desaparecieron. Se hundieron 64 millones de habitantes 3.000 años antes de escribirse este libro.»

En los archivos del antiguo templo budhista de Lhassa, puede verse una antigua inscripción caldea escrita unos 2000 años a. C., y que dice:

«Cuando la estrella Bal cayó en el lugar donde ahora sólo hay mar y cielo, las Siete Ciudades con sus Puertas de Oro y Templos Transparentes temblaron y estremecieron como las hojas de un árbol movidas por la tormenta. Y he aquí que una oleada de fuego y de humo se elevó de

los palacios: los gritos de agonía de la multitud llenaban el aire. Buscaron refugio en sus templos y ciudades y el sabio Mu, el sacerdote de Ra-Mu se presentó y les dijo: «¿No os predije todo esto?» Y los hombres y las mujeres, cubiertos de piedras preciosas y brillantes vestiduras, clamaron diciendo: «¡Mu, sálvanos!» Y Mu replicó: «Moriréis con vuestros esclavos y vuestras riquezas, y de vuestras cenizas surgirán nuevas naciones. Si ellos se olvidan de que deben ser superiores, no por lo que adquieren sino por lo que dan, la misma suerte les tocará». Las llamas y el humo ahogaron las palabras de Mu, y la tierra se hizo pedazos y se sumergió con sus habitantes en las profundidades en unos cuantos meses.»

¿Qué puedo decir de estas dos historias, una del Tibet y otra de Centro América, que relatan ambas el mismo cataclismo y que se refieren ambas a la misma tierra de Mu?

Cuando yo publique todos los datos que tengo, no habrá misterio en ello.

Permítaseme volver por un momento al documento de mi abuelo, que he citado antes, y que ha sido la base de mis investigaciones. Después de hablar de la inscripción que había encontrado en las Tumbas-Gúpulas de Mioceno, él dice:

«La religión de Egipto es preeminente de adoración al Sol. Ra era el dios-sol de los egipcios. La religión de los mayas de Centro América era la misma. Ra-Na era el dios sol de los antiguos peruanos.

»Mis largos estudios arqueológicos de las diversas naciones han probado que todas ellas tienen su infancia y pubertad. Pero no he podido encontrar trazas de un Egipto tosco y salvaje o de una raza maya muda y bárbara. He encontrado ambas naciones en madurez aun en su tiempo más remoto: hábiles, poderosas y sabias. No he podido encontrar época en la cual carecieran de habilidad para organizar su trabajo, ni para abrir canales, ni para construir carreteras, pirámides y templos, ni para regar campos, ni época en que no supieran medicina, astronomía y los principios de un gobierno excelentemente organizado. Al igual que los mayas, los egipcios practicaban la monogamia y construían sus ciudades y templos en la misma forma, demostrando un conocimiento técnico y habilidoso que es aún un problema para nuestros actuales ingenieros. Ni los egipcios ni los mayas eran negros, sino amarillos. Ambas naciones tenían esclavos y una casta intelectual; pero las relaciones entre las distintas clases eran cordiales y humanitarias. Su principio básico de gobierno era el mismo.

»Lepsius encontró los mismos símbolos sagrados en las ceremonias

de los egipcios y de los peruanos. Le Plongeon, el gran arqueólogo francés, recobró en Chichen-Itza (Yucatán), la figura de un dios que era patibuelto y que ostentaba en todos sentidos los mismos atributos que el gran dios Thoth de los egipcios.

»La parte exterior de las pirámides egipcias y americanas está cubierta por una capa de cemento bruñido y brillante, de una solidez que no han podido conseguir nuestros constructores. Humbolt consideraba la pirámide de Cholula del mismo tipo que el Templo de Júpiter en Belus.

»Tanto en América como en Egipto se construían las pirámides en la misma forma. He encontrado que las pirámides a ambos lados del Atlántico están construídas con sus cuatro lados colocados astronómicamente como los brazos de una cruz y en la misma dirección. En todas ellas la línea que atraviesa su centro está sobre el meridiano astronómico. La construcción en forma de grada es la misma y en ambos casos las pirámides mayores estaban dedicadas al sol.»

—Sólo me queda ya—añadió el doctor—deciros quién era el doctor Heinrich Schliemann.

«Heinrich Schliemann, cuyo trabajo fué dar un nuevo ímpetu al estudio de los orígenes griegos, ser el principio de la revelación de un modo desconocido de los tiempos antiguos, nació en New Buckow, Mecklenburg-Schwerin, Alemania, el 6 de enero de 1822. Era hijo de un sacerdote rural. Cuando apenas tenía siete años, cayó en sus manos una historia del mundo para niños, y la descripción de la destrucción de Troya le hizo una profunda impresión, y entonces hizo el propósito de buscar esos lugares «cuando fuera rico». Cuando tenía unos diez años escribió un ensayo sobre la guerra de Troya, que fué premiado.

Pero su padre era pobre, y Schliemann tuvo que trabajar prosaicamente para realizar sus sueños. Durante la guerra de Crimea, se casó secretamente en San Petersburgo con una noble dama rusa. Por mediación de ella llegó a ser agente-comprador del ejército ruso e hizo fortuna. En 1850 se vió obligado a salir de Rusia y vino a América; fué a California y se hizo ciudadano americano. Hizo una nueva fortuna en América y en 1868 partió para Grecia para realizar sus ambiciones.

»Siendo el más brillante arqueólogo de su época y dotado de curiosas intuiciones que se oponían a las creencias corrientes y que eran valiosas por su seguridad, alcanzó un rápido éxito. Uno de sus ilustrados colegas ha dicho de él «que si no pareciera un absurdo, podría decirse que Schliemann es una encarnación de algún antiguo mioceno y que recuerda dónde debe buscar». Costare lo que costare, empezó a cavar la tierra en

Hissarlik en 1870 y en 1873 descubrió el «Gran Tesoro de Priam». Se ha dicho siempre que Schliemann no reveló nunca este tesoro y la maravillosa historia de su nieto, aquí relatada, confirma este dicho.

»Schliemann empezó por la tierra virgen y, por supuesto, la primera ciudad que encontró fué la más antigua. En la segunda ciudad fué donde descubrió el tesoro. Esta ciudad él creyó que era la de Troya. *Pero sobre ella había restos de otras siete ciudades.* Más tarde se comprobó que la sexta de las siete ciudades que estaban sobre la segunda que él encontró era la verdadera y antigua Troya. La segunda ciudad encontrada era inmensamente más antigua, y, *muy moderadamente, su destrucción puede fijarse en el año 20000 a. C.* Había sido una ciudad grandísima, con arquitectura ciclópea y con un alto grado de civilización. Todo esto es inmensamente importante, en vista del anuncio de haberse encontrado allí el jarrón «Del Rey Chronos, de la Atlántida». Los sacerdotes de Sais dijeron a Solón que la Atlántida había sido destruída 9000 años antes de su conversación con él. *Esto parece probar que la segunda ciudad encontrada por Schliemann era la metrópoli de una colonia atlante y que el continente existía aún, cuando se depositó el Tesoro en la segunda ciudad.*

»Una controversia que surgió con el Gobierno turco acerca del Tesoro, hizo que suspendiera sus trabajos en Hissarlik, y dirigió su atención a Micenea, en la Isla de Creta, la histórica capital del Agamemnon de la Iliada. Excavó la maravillosa Puerta del León, las famosas Tumbas-Cúpula y Tumbas Subterráneas, pero hasta ahora no se había hecho pública la inscripción atlante que encontró en las Tumbas-Cúpula. También encontró en las Tumbas Subterráneas la cantidad más notable de tesoros que jamás han contemplado los ojos de un descubridor. En ellos había oro en profusión del que estaban construídas mascarillas y cientos de artículos.

»*Puede decirse que en este tesoro había otros objetos inmensamente más valiosos y que tenían una relación directa con la Atlántida y que el doctor Schliemann conservó en secreto, como hizo con los descubrimientos obtenidos en la segunda ciudad. Lo que todo esto era, se dirá oportunamente por su nieto.*

»Los otros extraordinarios descubrimientos hechos por el doctor Schliemann en Creta, pueden ser encontrados en sus notas.

»Murió en 1890.

»Este breve bosquejo es necesario para explicar cuán grande autoridad y descubridor fué el hombre de quien su nieto habla en estas pági-

nas, y para demostrar los fundamentos reales sobre los que basa este artículo, cuyas asombrosas aseveraciones podrán despertar alguna incredulidad en mentes poco preparadas para estas altas cosas que exceden a todo cuanto ensoñar puede nuestra fantasía.»

Terminó el doctor su larga narración y todos nos quedamos largo rato silenciosos. Si aquello era una realidad, no cabía duda que era una realidad archimaravillosa, llamada a revolucionar la Historia entera. Si era, por el contrario, mera fábula, había que convenir en que la fábula resultaba hermosísima y digno remate, al par, de aquellos *Diálogos* celeberrimos del Maestro Platón... ¿Quién nos había de decir, sin embargo, que a nosotros nos estaba reservado por el Destino «jugar en ello nuestro cuarto a espadas», como suele decirse?, según encontrará el bondadoso lector, si se digna seguirnos en las increíbles correrías nuestras, que verá en los capítulos que subsiguen.

CAPÍTULO XX

LA OLISIS DE LOS JINAS

En camino para Olisis.—Nostalgias de tres días de encantos.—¿Fraternidad ocultista tartesia?—Un piadoso recuerdo al amigo desaparecido.—La primera parte del viaje.—La segunda y más dolorosa parte.—Perplejidad mortal de Torres y del guía.—Un pinar que no está en el mapa.—¿La ciudad encantada?—¡Perdidos!—Un pobre guía que cree volverse loco.—Alarma general.—«¡Adiós o a dicha!»—Montalvo se cree ya en los Andes del Cauca o del Magdalena.—Un pueblo misterioso y un posadero no menos misterioso que el pueblo.—La cena más extravagante que he hecho en mi vida.—¿Campanas astrales tocando a rebato?—Por el prado encantado adelante.—A la vista del dolmen druida.—Un émulo del Melchisedec.—El templo sepultado.—Las campanas de Edgard Poe.—¡Olisis!—Silencio del que no hay idea en la tierra...

Hasta bien mediada la mañana no llegó el guía de Orullos con sus cabalgaduras, por manera que después de comer emprendimos la caminata hacia los llanos aquellos donde es fama que existió un día la Olisis famosa, *la vieja Isis*, como el doctor decía haciendo una mezcla de nórticas y de ibéricas etimologías con las componentes hipotéticas de *old*, «viejo o vieja», e «Isis» la eterna diosa IO.

Todo fué bien en un principio. Embebecidos nosotros en el recuerdo de aquellos siempre memorables tres días pasados en la *althaja* de Alájar, hablábamos poco, pero nuestros pensamientos barajaban en extraña asociación de ideas las estupendas revelaciones del doctor acerca del polígrafo e iniciado Arias Montano, *el ario del monte*, que no parecía sino que había hecho una región de misterio y de magia de aquella Gruta de las Maravillas por donde habíamos pasado subterráneamente hasta el cerro de San Ginés, el templo jina donde habíamos creído ver una extraña asamblea de ancianos leyendo en sendos libros de piedra, y adonde habíamos sido conducidos por no menos inquietantes lucecitas: *et lux perpetua luce at eis*... Luego *la loca de la casa*, que tan cuerda y salvadora es siempre cuando se sabe dirigirla e interpretarla en su divina grandeza, nos representaba vivido el encuentro en la mañana primera del asceta del

Huerto de Getsemaní, aquel *idiota*, como a sí mismo se decía imitando a San Pablo, que alguna vez se le escaparon en francés típicas frasecitas con giros de extraño políglota, frases a las que el anciano ponía sordina con inocentadas como la de... «esto lo oí en un barco cuando iba a Santiago de Cuba», «aquello lo aprendí por casualidad en la hoja de un calendario», «esotra no tiene nada de particular, lo sabe cualquiera», y cosas por el estilo que demuestran que el saber, como el amor y el dinero, no puede estar oculto mucho tiempo.

Y una vez posada la imaginación en la personalidad proteica, nobilísima, adorable de aquel asceta o aquel *jina*, del Salomón de España, que sin duda alguna vivía astralmente en aquellos sus rincones queridos donde tres siglos antes la Inquisición le prendiese por Mago y ocultista, no había medio de evitar la sospecha de que una especie de Fraternidad iniciática se desarrollaba, acaso desde tiempo inmemorial, por aquellos sitios tan apartados del comercio del mundo. Las gentes de Olisis; los templarios del medioevo; Arias Montano, el asceta del Huerto, ¡ay! y pronto también, quizá, nuestro presidente Peinado, que tan inopinadamente se había retirado para siempre del mundanal ruido a nuestra propia vista y dejándonos tan estupefactos como doloridos, eran los eslabones que nosotros conocíamos de la Cadena santa, en la que tal vez nosotros íbamos a ser eslabonados también cuando de ello fuésemos dignos. Pero, ¿cuántos otros eslabones tartesios no se habrían también engastado en los pasados siglos? Aquellos gloriosísimos Trajano, Séneca, los dos Balbos, San Isidoro, San Leandro y demás glorias similares, amén de cien otros para nosotros desconocidos, ¿formarían también áureos eslabones en la Cadena aquella?... La tierra bendita, la *Tierra de María Santísima* tiene en efecto algo en su entraña que no puede menos de gozar de inmensa raigambre ocultista y algún día lo sabríamos.

Por añadidura, a estas premoniciones íntimas se ligaban racimos de ideas nacidas al calor de aquellos tres días de lecturas, en los que habíamos visto redivivas las glorias de la Atlántida; pasado revista a los textos platónicos del *Timeo* y el *Critias*, corroborados por otro centenar de textos ulteriores; comentado la gran catástrofe de las edades, aprendido lo que no sabíamos, gracias a la munificencia del asceta y, en fin, llegado a poseer libros de elocuente signatura ocultista. Esto sin contar el misterio de las huellas de la cueva y la levitación inteligente de un mueble que apenas si podían moverle media docena de cargadores.

Y en cuanto a nuestros afectos íntimos, ¡qué dolor no nos causaría el vernos separados para siempre de aquel hombre todo corazón y sacrificio

que presidía en Sevilla las deliberaciones de la sin par *Sociedad de amigos de los hiperfísico*, y privados también de la compañía de aquel sano muchachote de Hermógenes Casas, que a aquellas horas estaría dando tumbos con el arcón por la carretera de Sevilla!

Así, abstraídos y silenciosos, hicimos buena parte de la jornada sin que nos acaeciese nada que digno de que contado sea. Ya el sol se acercaba a su ocaso en una de esas dulces tardes de invierno que sólo hay en Andalucía, cuando a nuestra vista, cautivada por la serena calma del paisaje, se comenzó a presentar un pinar de lo más pintoresco que darse puede, pinar que nos sorprendió no poco, dado que nosotros esperábamos tropezar ya de un momento a otro con los cerrados encinares vecinos al pueblo de San Bartolomé, en cuya demanda íbamos guiados por un vecino de aquellos contornos que se sabía palmo a palmo la comarca toda, según en Alájar nos habían dicho.

Torres, que también se preciaba un tanto de conocer todo aquello, iba siempre en la vanguardia con el guía y lo mismo a uno que a otro los vimos varias veces detener sus caballos al llegar al pinar, mirar inquietos a derecha e izquierda, rodear varias veces las primeras matas de pino, observar la situación del sol, quedarse, al fin, perplejos, después de cambiar entre sí breves frases de duda y desmontar junto a una enorme mole rocosa de apariencia ultrafantástica que parecía irnos a cortar el paso a modo de vetusta y ciclópica poterna de un castillo. Algo parecido al arco cretáceo que da paso a la *Ciudad encantada*, de Cuenca, que yo había visitado varias veces.

—¡Que me maten, si no estoy loco o borracho sin haber probado alcohol alguno!—exclamó exasperado Torres, rindiéndose a la evidencia—¿Sabéis, doctor y amigos míos, que estamos extraviados del modo más inesperado e increíble?

—¡Sí, estamos extraviados sin yo saber cómo!—corroboró el guía—. Tengo cuarenta y seis años, he nacido en San Bartolomé, me he criado en dicho pueblo y en Orullos y Almonáster, pero jamás he visto ni oído hablar siquiera de este pinar, que no parece sino que le veo en sueños—¡El diablo me lleve si yo entiendo esto poco ni mucho!

—¿Qué es lo que decís, buen hombre?—replicamos todos alarmadísimos.

—Lo que digo—respondió con todo aplomo y nobleza el simpático guía—, es que durante tres horas, las necesarias para haber llegado bien despacio a San Bartolomé antes de ponerse el sol, venimos siguiendo el camino real que yo he recorrido mil veces desde Alájar. Además, sí, yo

he visto hace media hora los alrededores de Santa Ana la Real; el encinar que queda más allá, hacia la Fuente del Oro; yo he visto también, hace un momento, las lejanas humaredas de la misma Almonáster y les he traído corriente abajo de la torrentera que entra en Riba Seca por bajo de San Bartolomé y, sin embargo, por arte del diablo que quiere perder mi alma y matar mi cuerpo, sin duda no se diría sino que estamos en un pinar, como los que yo vi cuando era soldado, en la sierra de Guadarrama, en un pinar que yo juraría y pondría las manos en el fuego de que nunca ha existido aquí, según lo conocidos que tengo todos estos sitios.

—Digo igual que este amigo, a quien yo conozco como hombre honrado hace bastantes años—corroboró Torres.

—No os chanceéis, mi querido guía—observó, archipreocupado el doctor.

—Señor, yo soy hombre de bien, o al menos así me criaron mis padres—contestó con aplomada sinceridad el interpelado—. Yo no me chanco nunca, y menos en esta ocasión. Sólo, sí, repito, que ninguno de los sitios que estamos recorriendo hace un cuarto de hora, desde que empezaron los pinos, los he pisado nunca y, sin embargo, por el camino andado hasta hace poco y por el cortísimo que nos quedaba por andar, debemos estar muy cerca del pueblo de San Bartolomé. Ahora sólo les digo que desde este momento no respondo de mí y que haréis bien en no considerarme vuestro guía; antes bien, os ruego, por vergüenza que ello me cause, que me guiéis a mí mismo—dijo, faltándole poco al buen hombre para echarse a llorar.

—En fin, a Dios o a dicha—terminó Torres—, toda senda lleva a alguna parte. Sigámosla, pues.

Y seguimos el hermoso camino cautivados por la creciente majestad del pinar, el más hermoso de cuantos en todos los días de mi vida llevo visto. El sol no tardó en ocultarse entre las espesuras de aquel templo de la Naturaleza, con gran alarma nuestra, sobre todo de Cotta, que bailaba literalmente en la silla.

—¡Así, como ahora, me vi yo más de una vez entre el Cauca y el Magdalena en una de las más peligrosas gargantas de los Andes!—exclamó Montalvo, que comenzaba a sentir despertarse ante aquel misterio sus dormidos instintos exploradores, al par que las sombras de la noche nos invadían.

—¡El Cauca, los Andes, en los llanos de Orullos!—murmuraba el doctor tratando en vano de esclarecer aquel enigma peligroso.

—De todos modos deberíamos estar ya muy cerca de San Bartolomé, repito—insistió el guía.

—Tan cerca, como que por entre esos pinos de la izquierda veo salir humo y hasta columbro ya las luces del pueblo—dijo Montalvo.

—Eso es imposible, os lo aseguro—replicó el guía—. El pueblo tenía que aparecer por la parte de la derecha.

—Ello será así—dije a mi vez—, pero Montalvo tiene razón. Mirad, si no, por esa pendiente abajo.

En efecto, había que rendirse a la evidencia, pues torciendo a la izquierda del camino se nos presentó, contra todas las predicciones de Torres y del guía, un declive bastante áspero, por el que en cortos minutos bajamos hasta el pueblo mientras que el guía humillado, rumiaba:

—Sí, será un pueblo, pero este no es mi San Bartolomé ni Cristo que lo fundó, ni es tampoco ninguno de los de por aquí en veinte leguas a la redonda...

Y sin más comentarios ni incidentes, entramos por la primera calleja del pueblo, pedregosa y oscura como suelen serlo todas ellas, desmontando, como la cosa más natural del mundo, frente a un caserón medio ruinoso, antigua mansión señorial, sin duda, que deputamos, sin embargo, por posada, como en realidad así era.

—¡Cama y cena!—exclamó Torres al oído del posadero, un hombre feísimo, rechoncho y medio enano, más sordo que una tapia y que salió a recibirnos.

—¿Sordo y con esas hermosas orejas?—añadió festivo Cotta.

En efecto, la nariz, y sobre todo las orejas del huésped, eran, más que deformes sencillamente espantosas, hasta el punto de que jamás individuo alguno de la casta de los indios orejones del Orinoco pudo envanecerse de tenerlas más espléndidas.

Por toda respuesta el posadero hizo extrañas señas a una moza poco menos fea y rechoncha que él y, en menos tiempo del que se tarda en decir, nos fué servida una abundante cena en la que, por cierto, ni Torres ni el guía quisieron probar bocado.

—¿Os sentís enfermos?—les dijo el doctor temiéndose cualquier cosa del estado de excitación en que se encontraban ambos. Pero ni en uno ni en otro, aparte de la excitación, halló nada patológico.

Cotta y yo comimos por todos aquellas exquisitas coliflores con azafrán, aquella tortilla de espárragos con miel y zumo de acederas y, sobre todo, aquel arropo *eclesiástico*, que me río yo de las mieles de Castelar, aquellas libadas por las mismas abejas áticas en las canteras del Pentélico. Vamos,

que aunque no eran platos como los usados, nosotros juramos no haber comido cosa mejor en la vida.

—¡Estas recetas, sin embargo, no las conoció Brillat-Savarín, ni están insertas en las docenas de excelentes libros culinarios de mi gran amigo Ignacio Doménech!—dijo el doctor escamadísimo de todo cuanto veía en derredor.

A poco de comer, fatigados como estábamos por los incidentes del día, perdonamos a nuestros torpes guías todas sus inexperiencias y nos cremos *bona fide* en el propio San Bartolomé de Orullos al vernos acostados en unas camas raras que parecían hechas de plumas y algodón cardado, donde al punto caímos en el sueño más profundo.

—¿Oís?—dijo Cotta que reposaba en la cama de al lado, despertándome bruscamente.

—¡Oigo campanas, pero no sé dónde!—contesté medio dormido todavía.

—¡Ni yo tampoco sé dónde, aunque estoy bien despierto!—respondióme.

Hice un supremo esfuerzo por sacudir la invencible modorra que me dominaba y, en efecto, oí a lo lejos, aunque clara y distintamente, un campaneo extraño de notas argentinas y dulces que no se parecían a las groseras cataratas sonoras de cuantas campanas tengo oídas en mi vida.

—«Las campanas de la gloria
por Delgadina tocaban;
las campanas del infierno,
por su padre repicaban.»—

dijo Cotta, no poco maravillado con aquellos repiques tan a deshora lanzados por el campanario de la iglesia, sin duda.

Y en aquel mismo momento resonó la enérgica voz del doctor que nos decía:

—Montalvo, Torres, Cotta, ¿escucháis, amigos míos?

Torres no respondió a la llamada del doctor. Sin duda, al oír las campanas que acaso tocaban a fuego o a rebato, pese a sus notas argentinas, había ya salido.

Igual hicimos en un periquete nosotros tres, pero nuestra sorpresa no tuvo límites cuando al doblar una esquina de la posada, nos vimos casi en pleno campo y no obstante quedar todo el pueblo con su iglesia vetusta a la espalda, las campanas sonaban más y más hacia la llanada de un

hermoso prado, cuyos límites, esfumados en la lejanía por la luz de la luna se perdían al fin en el pinar de la vispera. Un gallardo bulto caminaba también hacia allí. Era Montalvo, el intrépido.

Recorrimos como autómatas prado adelante cual si surcásemos un tranquilo lago de esmeralda, en el que nuestras sombras proyectadas por la luna, parecían nimbadas por una luz extraña de la misma naturaleza que las que tan familiares ya nos eran, pero dotadas al par de tal y tan indefinible fosforescencia, que en vez de destacarse en gris como todas sombras honradas, se destacaban en cárdenas siluetas, ante las que yo empecé a sentir pavor aunque nada dije.

Pero mi pavor llegó hasta el paroxismo cuando llegamos como dos kilómetros prado adelante, hasta un druidico dolmen, ante el cual el doctor nos reunió a los tres y en voz baja nos dijo emocionado:

—Este es un dolmen *jina*. Estamos bajo el influjo de la más inauditas de las *mayas* o ilusiones sugestivas. ¡Torres y el guía tenían razón en dudar de que estuviésemos en San Bartolomé, pues que hemos oído ya el repicar de las campanas astrales! Donde efectivamente nos hallamos desde ayer tarde es en una maravillosa ciudad de los *jinás*, ligada mágicamente con la ibérica Olisis que nos designó nuestro inolvidable hermano Peinado. Para llegar hasta aquí, nos ha conducido desde lo astral el mismo protector invisible que con él se filtró acaso como un gnomo por la viva roca de la Peña de los Angeles. ¡Sigamos, pues, confiados y contentos!

—Sí, sigamos—respondimos los tres.

El prado, sin tener el menor accidente de árbol, piedra ni hondonada, terso como un lago helado, se enlazaba luego con una suave pendiente recortada cual en rectángulo por la masa de la selva y en la que, como en las ruinas de la célebre *Casa de las Monjas*, de México, se alineaban hasta ocho series de monolitos, que al punto me recordaron los de Karnac y los de Luxor, tantas veces admirados en fotografía. Así, nos vimos al fin ante la imponente fachada de un templo hipóstilo, enteramente igual al célebre del Dios Chnoun, con sus columnas cuajadas de jeroglíficos y cuyos fustes estriados morían en unos capiteles monstruosamente ciclópeos, exornados por hojas del sagrado Loto, templo que se reflejaba en las tersas aguas de una gran piscina sagrada, bajo los cloróticos efluvios de la reina de la noche que por el otro lado se quebraban en tres estatuas gigantescas.

Las campanas sonaban más y más, como en la sublime escena del Grial en el *Parsifal*, pero no se veía por parte alguna campanario. Ellas eran sin duda las mismas que en su delirio oyera Edgard Poe, el ocultista-

borracho, cuando rimó esta onomatopeya inglesa acerca de *las campanas astrales de oro, de plata, de bronce y de hierro*:

THE BELLS

I

Hear the mellow wedding bells,
Golden bells!—
What a world of happiness
their harmony foretells!
Through the air of night
How they ring out their delight!
From the molden—golden notes,
And all in tune,
What a liquid ditty floats
To the turtledove that listens,
While she gloats
On the moon!
Oh, from out the sounding cells,
What a gush of euphony voluminously wells!
How it swells!
How it dwells
On the Future! how it tells
Of the rapture that impells
To the swinging and the ringing
Of the bells, bells, bells,
Of the bells, bells, bells, bells,
Bells, bells, bells —
To the rhyming and the chiming of the bells!

II

Hear the sledges with the bells—
Silver bells—
What a world merriment their
Melody foretells!
How they tinkle, tinkle,
In the icy air of night!
While the stars, that oversprinkle
All the heavens, seem to twinkle,

While a crystalline delight;
 Keeping time, time, time,
 In a sort of Runic rhyme,
 To the tinfabulation that so
 musically wells
 From the bells, bells, bells,
 Bells, bells, bells—
 From the jingling and the tinklin of the bells.

III

Hear the fond alarum bells—
 Brazen bells!—
 What a tale of terror, now, their turbulency bells!
 In the startled ear of night
 How the startled ear of night!
 Too much horrified to speak,
 They can only shriek, shriek,
 Out of tune,
 In a clamorous appealing to the mercy of the fire,
 Y a mad expostulation whith the deaf and frantic fire.

IV

Hear the tolling of the bells—
 Iron bells!—
 What a world of solemn thought
 their monody compels!
 In the silence of the night,
 How we shiver with affright
 A melancholy menace of their tone!
 For every sound that floats
 From the rust within their throats
 Y a groan.
 And the people—ah, the people—
 They that dwell up in the steeple,
 All alone
 And who tolling, tolling, tolling,
 In that muffled monotone,
 Feel a glory in so tolling
 On the human heart a stone—
 They are neither man or woman—

They are neither brute or human—
 They are Ghouls:
 And their king it is who tolls;
 And he rolls, rolls, rolls, rolls,
 A poean from the bells!
 And his merry bosom swells
 With the poean of the bells!
 And he dances and he yells;
 Keepin time, time, time,
 In a sort of Runic rhyme,
 To the poean of the bells—
 Of the bells:
 Keeping time, time, time,
 In a sort Runic rhyme,
 To the throbbing of the bells;
 Of the bells, bells, bells—
 To the sobbing of the bells;
 Keeping time, time, time,
 As he knells, knells, knells,
 In a happy Runic rhyme,
 To the rolling of the bells—
 Of the bells, bells, bells—
 To the tolling of the bells,
 Of the bells, bells, bells, bells,
 Bells, bells, bells,
 To the moaning and the groaning of the bells.

Entonces por entre aquellas ruinas que la luz de la luna parecía hacer transparentes y redivivas como en los días del esplendor del templo, un verdadero Melchisedec o sacerdote del Altísimo, se adelantó como un fantasma pronunciando, o mejor dicho, estereotipando en nuestros corazones, esta sola palabra:

—¡Atlántida! ¡Olisis!

caminando como quien se desliza sobre la superficie del lago sagrado, hasta perderse en un nimbo de violácea luz en la espesura, al par que el sonido de las campanas astrales cesaba, dejando aquel ámbito encantado del lago, templo, pinar, pradera y dolmen en el silencio más absoluto... ¡Un silencio del que no tenemos ni la menor idea en la Tierra miserable!

.....
